

FARDO BAZÁN

—
LOS PAZOS
DE ULLOA

25 PARTE
LA MADRE
NATURALEZA

1

R
37738

2
84113

R
37.738

p. 172

R
37.738

Quero 88 191 2305 I
NOVELISTAS ESPAÑOLES CONTEMPORÁNEOS

LA

MADRE NATURALEZA

(2.^a PARTE DE LOS PAZOS DE ULLOA)

POR

EMILIA PARDO BAZÁN

TOMO I

BARCELONA

DANIEL CORTEZO Y C.^a - EDITORES

CALLE DE PALLARS (Salón de S. Juan)

1887



Daniel Cortezo y Ca

LA MADRE NATURALEZA

DANIEL CORTEZO Y C.ª, EDITORES
CALLE DE PALLARS.
BARCELONA

IMPRESION Y DISTRIBUCION
EN
BARCELONA

NOVELISTAS ESPAÑOLES CONTEMPORÁNEOS

LA

MADRE NATURALEZA

(2.^a PARTE DE LOS PAZOS DE ULLOA)

POR

EMILIA PARDO BAZÁN

TOMO I

BARCELONA

DANIEL CORTEZO Y C.^a EDITORES

CALLE DE PALLARS (Salón de S. Juan)

1887

ES PROPIEDAD





Establecimiento tipográfico-editorial de Daniel Cortezo y C.^a

I



Las nubes, amontonadas y de un gris amaratado, como de tinta desleída, fueron juntándose, juntándose, sin duda á cónclave, en las alturas del cielo, deliberando si se desharían ó no se desharían en chubasco. Resueltas finalmente á lo primero, empezaron por soltar goterones anchos, gruesos, legítima lluvia de estío, que doblaba las puntas de las yerbas y resonaba estrepitosamente en los zarzales; luego se apresuraron á porfía, multiplicaron sus esfuerzos, se derritieron en rápidos y oblicuos hilos de agua, empapando la tierra, inundando los matorrales,

sumergiendo la vegetación menuda, colándose como podían al través de la copa de los árboles para escurrir después tronco abajo, á manera de raudales de lágrimas por un semblante rugoso y moreno.

Bajo un árbol se refugió la pareja. Era el árbol protector magnífico castaño, de majestuosa y vasta copa, abierta con pompa casi arquitectural sobre el ancha y firme columna del tronco, que parecía lanzarse arrogante hacia las desatadas nubes: árbol patriarcal, de esos que ven con indiferencia desdeñosa sucederse generaciones de chinches, pulgones, hormigas y larvas, y les dan cuna y sepulcro en los senos de su rajada corteza.

Al pronto fué útil el asilo: un verde paraguas de ramaje cobijaba los arrimados cuerpos de la pareja, guareciéndolos del agua terca y furiosa; y se reían de verla caer á distancia y de oír cómo fustigaba la cima del castaño, pero sin tocarles. Poco duró la inmunidad, y en breve comenzó la lluvia á correr por entre las ramas, filtrándose hasta el cen-

tro de la copa y buscando después su natural nivel. Á un mismo tiempo sintió la niña un chorro en la nuca, y el mancebo llevó la mano á la cabeza, porque la ducha le regaba el pelo ensortijado y brillante. Ambos soltaron la carcajada, pues estaban en la edad en que se rien lo mismo las contrariedades que las venturas.

—Se acabó...—pronunció ella cuando todavía la risa le retozaba en los labios.—Nos vamos á poner como una sopa. Caladitos.

—El que se mete debajo de hoja dos veces se moja—respondió él sentenciosamente.—Larguémonos de aquí ahora mismo. Sé sitios mejores.

—Y mientras llegamos, el agua nos entra por el peszcuezo, y nos sale por los pies.

—Anda, tontiña. Remanga la falda y tapémonos la cabeza. Así, mujer, así. Verás qué cerquita está un escondrijo precioso.

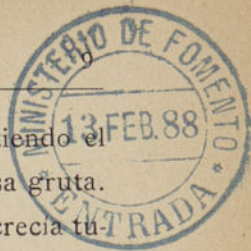
Alzó ella el vestido de lana á cuadros, cubriendo también á su compañero y realizando el simpático y tierno grupo de Pablo y

Virginia, que parece anticipado y atrevido símbolo del amor satisfecho. Cada cual asió una orilla del traje, y al afrontar la lluvia, por instinto juntaron y cerraron bajo la barbilla la hendidura de la improvisada tienda, y sus rostros quedaron pegados el uno al otro, mejilla contra mejilla, confundiéndose el calor de su aliento y la cadencia de su respiración. Caminaban medio á ciegas, él encorvado, por ser más alto, rodeando con el brazo el talle de ella, y comunicando el impulso directivo, si bien el andar de los dos llevaba el mismo compás.

Poco distaba el famoso escondrijo. Sólo necesitaron para acertar con él bajar un ribazo, resbaladizo por la humedad, y lindante con la carretera. Coronaban el ribazo grandes peñascales, y en su fondo existía una cantera de pizarra, ahondada y explotada al construirse el camino real, y convertida en profunda cueva; excelente abrigo para ocasiones como la presente. Abandonada hacía tiempo por los trabajadores la cantera, volvía á enseño-

rearse de ella la vegetación, convirtiendo el hueco artificial en rústica y sombrosa gruta. En la cresta y márgenes del ribazo crecía tupida maleza, y al desbordarse, estrechaba la entrada de lá excavación: al exterior se enmarañaba una abundante cabellera de zarzales, madreselvas, cabrifollos y clemátidas; dentro, en las anfractuosidades del muro lacrado por la piqueta, anidaban vencejos, estorninos y algún azor; los primeros salieron despavoridos, revoloteando, cuando entró la pareja. Siendo muy bajo el sitio, é impregnado del agua que recogía como una urna y del calor del sol que almacenaba en su recinto orientado al mediodía, encerraba una vegetación de invernáculo, ó más bien de época antediluviana, de capas carboníferas: escolopendras y helechos enormes brotaban lozanos, destacando sobre la sombría pizarra los penachos de pluma de sus vertebradas y recortadas hojas.

Aun cuando el escondrijo daba espacio bastante, la pareja no se desunió al acogerse



allí, sino que enlazada se dirigió á lo más oscuro, sin detenerse hasta tropezar con la pared, contra la cual se reclinó en silencio, al abrigo de la remangada falda. Ni menos se desviaron sus rostros, tan cercanos, que él sentía el aletear de mariposa de los párpados de ella, y el cosquilleo de sus pestañas curvas. Dentro del camarín de tela, los envolvía suavemente el calor mutuo que se prestaban: las manos, al sujetar bajo la barbilla la orla del vestido, se entretejían, se fundían como si formasen parte de un mismo cuerpo. Al fin el mancebo fué aflojando poco á poco el brazo y la mano, y ella apartó cosa de media pulgada el rostro. La tela, deslizándose, cayó hacia atrás, y quedaron descubiertos, agitados y sin saber qué decirse. Llenaba la gruta el vaho poderoso de la robusta vegetación semi-palúdica, y el sofocante ardor de un día canicular. Fuera, seguía cayendo con ímpetu la lluvia, que tendía ante los ojos de la pareja refugiada una cortina de turbio cristal, y ayudaba á convertir en cerrado

gabinete el barranco donde con palpitante corazón esperaban niña y muchacho que cesase el aguacero.

No era la vez primera que se encontraban así, juntos y lejos de toda mirada humana, sin más compañía que la madre naturaleza, á cuyos pechos se habían criado. ¡En cuántas ocasiones, ya á la sombra del gallinero ó del palomar que conserva la tibia atmósfera y el olor germinal de los nidos, ya en la soledad del hórreo, sobre el lecho movedizo de las espigas doradas, ya al borde de los setos, riéndose de la picadura de las espinas y del bigote cárdeno que pintan las moras, ya en el repuesto albergue de algún soto, ó al pie de un vallado por donde serpeaban las lagartijas, habían pasado largas horas compartiendo el mendrugo de pan seco y duro ya á fuerza de andar en el bolsillo, las cerezas atadas en un pañuelo, las manzanas verdes; jugando á los mismos juegos, durmiendo la siesta sobre la misma paja! ¿Entonces, á qué venía semejante turbación al recogerse en la gruta?

Nada se había mudado en torno suyo; ellos eran quienes, desde el comienzo de aquel verano, desde que él regresara del instituto de Orense á la aldea para las vacaciones, se sentían inmutados, diferentes y medio tontos. La niña, tan corretona y traviesa de ordinario, tenía á deshora momentos de calma, deseos de ociosidad y reposo, lasitudes que la movían á sentarse en la linde de un campo ó á apoyarse en un murallón, cuyo afelpado tapiz de musgo rascaba distraidamente con las uñas. A veces clavaba á hurtadillas los ojos en el lindo rostro de su compañero de infancia, como si no le hubiese visto nunca; y de repente los volvía á otra parte, ó los bajaba al suelo. También él la miraba mucho más, pero fijamente, sin rebozo, con ardientes y escrutadoras pupilas, buscando en pago otra ojeada semejante; y al paso que en ella crecía el instintivo recelo, en él sucedía á la intimidad siempre un tanto hostil y reñidora que cabe entre niños, al aire despótico que adoptan los mayores y los varones con las chiquillas,

un rendimiento, una ternura, una galantería refinada, manifestada á su manera, pero de continuo. Ayer, aunque inseparables y encariñados hasta el extremo de no poder vivir sino juntos y de que les costase todos los inviernos una enfermedad la ausencia, cimentaban su amistad, más que las finezas, los pescozones, cachetes y mordiscos, las riñas y enfados, la superioridad cómica que se arrogaba él, y las malicias con que ella le burlaba. Hoy parecía como si ambos temiesen, al hablarse, herirse ó suscitar alguna cuestión enojosa; no disputaban, no se peleaban nunca; el muchacho era siempre del parecer de la niña. Esta cortedad y recelo mutuo se advertía más cuando estaban á solas. Delante de gente se restablecía la confianza y corrían las bromas añejas.

Con todo eso no renunciaban á corretear juntos y sin compañía de nadie. Á falta de testigos, les distraía y tranquilizaba la menor cosa: una flor, un fruto silvestre que recogían, una mosca verde que volaba rozando

con la cara de la niña. Impremeditadamente se escudaban con la naturaleza, su protectora y cómplice.

En la gruta, lo que les sacó de su momentáneo embeleso, fué observar la vegetación viçiosa y tropical del fondo. La niña, gran botánica por instinto, conocía todas las plantas y yerbas bonitas del país; pero jamás había encontrado, ni á la orilla de las fuentes, tan elegantes hojas péndulas, tan colosales y perfumados helechos, tanto pulular de insectos como en aquel lugar húmedo y caluroso. Parecía que la naturaleza se revelaba allí más potente y lasciva que nunca, ostentando sus fuerzas genesiacas con libre impudor. Olores almizclados revelaban la presencia de millares de hormigas; y tras la exuberancia del follaje, se divisaba la misteriosa y amenazadora forma de la araña, y se arrastraba la oruga negra, de peludo lomo. La niña los miraba, estremeciéndose cuando al apartar las hojas descubría algún secreto rito de la vida orgánica, el sacrificio de un

moscón preso y agonizante en la red, el juego amoroso de dos insectos colgados de un tallo, la procesión de hormigones que acarreaban un cuerpo muerto.

Entre tanto llovía á más y mejor. Sin embargo, así que hubo pasado cosa de una hora, el chubasco se aplacó casi repentinamente, pareció que la gruta se llenaba de claridad, y una bocanada de fragancia húmeda la inundó: el tufo especial de la tierra refrigerada y el hálito de las flores, que respiran al salir del baño. También á los refugiados se les dilataron los pulmones, y á un mismo tiempo se lanzaron fuera del escondrijo, hacia la boca de la cueva.

Allí se pararon deslumbrados por inesperado espectáculo. La atmósfera, en su parte alta, estaba barrida de celajes, diáfana y serena: lucía el sol, y sobre el replegado ejército de nubes, se erguía vencedor, con inusitada limpidez y magnificencia, un soberbio arco-iris, cuyo arranque surgía del monte del Pico-Medelo, cogía en

medio su alta cúspide, y venía á rematar, disfumándose, en las brumas del río Avieiro.

No era esbozo de arcada borrosa y próxima á desvanecerse, sino un semicírculo delineado con energía, semejante al pórtico de un palacio celestial, cuyo esmalte formaban los más bellos, intensos y puros colores que es dado sentir á la retina humana. El violado tenía la aterciopelada riqueza de una vestidura episcopal; el añil cegaba con su profunda vibración de zafiro; el azul ostentaba claridades de agua que refleja el hielo, frías limpideces de noche de luna; el verde se tornasolaba con el halagüeño matiz de la esmeralda, en que tan voluptuosamente se recrea la pupila; y el amarillo, anaranjado y rojo parecían luz de bengala encendida en el firmamento, círculos concéntricos trazados por un compás celestial con fuego del que abrasa á los serafines, fuego sin llamas, ascuas, ni humo.

A la vista del hermoso meteoro, aproximó-

se la pareja, según la costumbre inveterada en los que se quieren, de expresarlo todo acercándose.

—¡El Arco de la Vieja!—exclamó en dialecto la niña, señalando con una mano al horizonte y cogiéndose con la otra á la ropa del muchacho.

—Nunca ví otro tan claro. Si parece pintado, así Dios me salve. Chica, qué bonito!

—¡Mira, mira, mira!—chilló ella.—¡El arco anda!

—¿Que anda? Tú estás loca... ¡Ay, pues anda y bien que anda!

El arco se trasladaba en efecto, con dulce é imponente lentitud, de manera teatral. Se vió un instante la cima del Pico recortada sobre el fondo de vivos esmaltes; luego, poco á poco, el arco dejó atrás la montaña y vino á coronar con su curva magnífica la profundidad del valle. Mas ya palidecían sus tintas espléndidas, y se borraban sus líneas brillantes, dejando como un vapor de colores, delicadísimo toque casi fundido ya con el firma-

TOMO I

DANIEL CORTEZO Y C.^ª; EDITORES
CALLE DE PALLARS.

BARCELONA
Biblioteca Nacional de España

mento, casi velado por la humareda de las nubecillas blancas, que vagaban y se deshacían también.

II

A caminar por la carretera, fastidiosa de puro cómoda, prefirieron seguir atajos en cuyo conocimiento eran muy duchos, y aun cruzar los sembrados, desiertos á la sazón, pero donde, durante la noche entera y la madrugada, cuadrillas de mujeres habían estado segando el centeno—á las horas de calor no se siega, pues se desgrana la espiga madura.—No se daban mucha priesa, al contrario, tácitamente estaban de acuerdo en no recogerse á techado hasta entrada la noche. Apenas comenzaba á caer la tarde. El campo, fresco y esponjado después de la tormenta y el riego de las nubes, oreado por suave vien-

tecillo, convidaba á gozar de su hermosura: cada flor de trébol, cada manzanilla, cada cardo, se había adornado el seno con un grueso brillante líquido; y grillos y cigarrones, seguros ya de que cesaba el diluvio, se atrevían á rebullirse en los barbechos, sintiendo con deleite la caricia del sol sobre sus zancas ya enjutas.

Vagaba la pareja sin rumbo cierto, cuando, casi debajo de sus cabezas, en un sendero que se despeñaba hacia el valle, divisaron una figura rara, que se movía despaciosamente. A un mismo tiempo la reconocieron ambos.

—¡El señor Antón el *algebrista*!

—¡El *atador* de Boán!

—¿A dónde irá?

—Aventuro algo bueno que á casa de la Sabia.

—¿Quién te lo dijo?

—Tiene la vaca más vieja muy malita.

—¿Vamos á ver?

—Corriente. Hay que bajar por las viñas; sino, es mucha la vuelta.

—Por las viñas. Ale.

—Dame la mano.

—¿Piensas que no sé bajar sola?

El descenso era casi vertical, y había que escalar paredones y tener cuidado de no desnucarse al sentar el pie sobre los guijarros; pero las cuatro piernas juveniles alcanzaron pronto al estafermo, que caminaba dibujando eses al tropezar en cualquier canto de la senda. Iba el señor Antón en mangas de camisa (por señas que la gastaba de estopa): chaqueta terciada al hombro, y un pitillo tras la oreja derecha. Los pantalones pardos lucían un remiendo triangular azul en el lugar por donde más suelen gastarse, y otros dos, haciendo juego con el de las nalgas, en las perneras; de puro cortos, descubrían el hueso del tobillo, cubierto apenas de curtida y momificada piel, y los zapatos torcidos y contraídos como una boca que hace muecas. Fuera del bolsillo interior de la chaqueta asomaba un libro empastado en pergamino, cuyas esquinas habían roído los ratones y cuyas hojas atesora-

ban grasa suficiente para hacer el caldo una semana.

Al sentir ruido de gente, volvió el rostro, que lo tenía mas arrugado que una pasa, más sequito que un sarmiento, y con todas las facciones inclinadas unas hacia otras, á manera de piedras de murallón que se derrumba: la nariz desplomada sobre la barba, ésta remontada hacia la boca, y las mejillas colgando en curtidos pellejos á ambos lados de la pronunciada nuez. En los pómulos parecía como si le hubiesen pintado con teja dos rosetas simétricas; los labios se le habían sumido; y de la abertura donde estuvieron partían innumerables rayitas y plieguecillos convergentes, remedando el varillaje de un paraguas. ¿Paraguas dijiste? No hay que omitir que bajo el codo izquierdo sujetaba el señor Antón uno colosal, de algodón colorado rabioso, con remates y contera de latón dorado; ni menos debe callarse que honraba su cabeza, por encima de un pañuelo de yerbas, un venerable y caduco sombrero de copa

alta, de los más empingorotados y de los más apabullados también.

—Buenas tardes, señorito don Perucho y la compañia...—dijo el vejestorio al alcanzarle la pareja. Era su voz opaca y aguardentosa, pero no tan cascada como pedían sus años.

—¿A dónde va, señor Antón?—preguntó la niña.

—Para servir á vustedes, señorita Manolita... ahí á curar una vaca en casa de la señora María la Sabia..!

—¿Qué le duele?

—Parece ser que le ha salido, dispensando vustedes, una *tumificación* muy atroz en los cadriles... con perdón, carraspo, aquí donde las personas humanas tenemos el hueso llamado *liaco*...

—¿Un lobanillo?

—Propiamente hablando, sí, señorito, un lobanillo.

Rióse Perucho, pues le hacía gracia la facha del algebrista y su manía de aplicar á todo los cuatro términos de anatomía mal

aprendidos en su libro ratonado. Moríase el vejete por dar explicaciones difusas acerca de los padecimientos de sus clientes, fuesen novillos, cerdos, canes, ó, como él decía, personas humanas, que á todos indistintamente les sabía reparar los desperfectos, con su ciencia heredada de encolar y recomponer la máquina animal. Ya llegaban al emparrado que sombreaba la casa de la Sabia.

Era una casuca baja y construída con piedras mal trabadas: adornábala principalmente un balcón ó *solana* de madera, al cual nadie podía asomarse, por obstruirlo una barricada de enormes calabazas, de amarilla corteza, rameada de verde; en una esquina colgaban á secar ropas de recién nacido, y al través de ellas se abría paso una soberbia mata de claveles reventones, rojo coral, que florecía en una olla desportillada, con las raíces escapándose de la tierra negruzca que las mantenía. A la puerta de la casa, una mujer moza, de rostro curtido ya, desgranaba habas en una criba; á sus pies dos chiquillos de corta

edad, con pelo casi blanco de puro rubio, se revolcaban por el suelo jugando con las vainas de las habas. Cuando vió asomar al algebrista y á los que él llamaba señoritos, levantóse la mujer con servilismo obsequioso, pegando un moquete á los chiquillos, sin duda con el fin de agasajar mejor á la visita; no contaban con él, y la misma sorpresa les impidió llorar.

La pareja entró. Tenía la casa piso de tierra; una escalera de madera conducía al sobrado ó cuarto alto; y en el bajo se notaba una pintoresca mezcla de racionales é irracionales. El *lar* y la chimenea con asientos de madera bajo su campana; la artesa de guardar el pan; el horno de cocerlo; algunos taburetes con cuatro patas muy esparrancadas; la cuna de mimbres de una criatura y el *leito* ó camarote de tablas en que dormía el matrimonio que la había engendrado, eran los muebles que pertenecían á la humanidad en aquel recinto. La animalidad invadía el resto. Al través de una división de tablones

mal juntos pasaba el hálito caliente, el lento rumiar y los quejumbrosos mugidos del ganado; gallinas y pollos escarbaban el suelo y huían con señales de ridículo terror, renqueando, al acercárseles la gente; dos ó tres palomas se paseaban, muy sacadas de buche y muy balanceadas de cuello, esperando á que cayese alguna migaja; un marrano sin cebar, magro y peludo aún como un jabalí, sopeteaba con el hocico, gruñendo sordamente, en una tartera de barro donde nadaban berzas en aguachirle; un perro de esa raza híbrida llamada en el país de *pajar*, completamente tendido en tierra, dormía; al respirar, se señalaba bajo su piel la armazón del costillaje, y de cuando en cuando, al posársele una mosca encima, un estremecimiento hacía ondular todos sus músculos, y sacudía, sin despertarse, una oreja. Por un ventanillo, abierto en el testero, entraban las avispas á comerse los gajos de cerezas maduras que andaban rodando sobre la artesa; y si fuese posible prestar oído á unas

trotadas menudas que allá arriba resonaban, se comprendería que los ratones no andaban remisos en dar cuenta del poco maíz restante de la cosecha anterior, ni de cuanto encontraban al alcance de los dientes. En medio de esta especie de arca de Noé, reposaba inmóvil, sentada al pie de la artesa, con los naipes mugrientos al alcance de la mano, la vieja bruja de la Sabia.

Era su figura realmente espantable. Háblele crecido el bocio enorme, hasta el punto de que se le viese apenas el verdadero rostro, abultando más la lustrosa y horrible segunda cara sin facciones, que le caía sobre el pecho, le subía hasta las orejas, y por lo hinchada y estirada contrastaba del modo más repulsivo con el resto del cuerpo de la vieja, que parecía hecho de raíces de árboles, y tenía de los árboles añosos la rugosidad y oscuridad de la corteza, los nudos, las berrugas. Al ver entrar al algebrista y *la compañía*, la bruja se enderezó y salió á recibirles, no sin echarse con sumo recato un pañuelo de algo-

dón sobre los mechones de sus greñas blancas.

La moza, entretanto, sacaba del establo á la paciente, una vaca amarilla, y picándola con la aguijada, la empujaba fuera de la casa, á sitio descubierto y claro. Cojeaba el infeliz animal, por culpa del gran tumor que tenía en el ijar derecho; sus ojos estaban profundamente tristes, como los de todo irracional ó niño enfermo. El sol pareció reanimar algo á la vaca, y se le dilató el hocico respirando aire puro. Ya salía tras ella el atador, poniendo la mano á guisa de pantalla ante los ojos, para que no le estorbase el sol que declinaba.

—Hace falta quien *treme* del animal—dijo, después de palpar aprisa el tumor.—Llama á tu hombre—añadió dirigiéndose á la moza.

Habiendo Perucho ofrecido su ayuda, convino el algebrista en que bastaría con él y con la moza para sujetar á la doliente, y ordenó que la señora María se encargase de preparar la bizma de pez hirviendo. Remangóse Perucho las mangas de chaqueta y camisa, y arrodillándose, asió con puño de hierro la pata del

animal, asentándola y afirmándola en tierra á fin de que no cocease con el dolor. El brazo del mancebo era membrudo, atendida su edad, y la cuadratura de los músculos se diseñaba enérgicamente: sobre el cutis, fino como raso, rojeaba á la luz moribunda del sol un vello denso y suave. Su compañera le miraba con disimulo y atención, como si viese por primera vez aquella cabeza cubierta de ensortijados bucles, aquellas perfectas facciones trigueñas y sonrosadas, aquel cogote juvenil y fuerte como testuz de novillo bermejo, aquellas espaldas fornidas donde la postura y el esfuerzo para mantener inmóvil la pata del animal hacía sobresalir el omoplato. De chiquita, la costumbre de ver á Pedro le impedía reparar su hermosura: ahora se le figuraba descubrirla en toda su riqueza de pormenores esculturales, cosa que la turbaba mucho y tenía bastante culpa de la cortedad y despego que mostraba al quedarse con él á solas. Se avergonzaba la niña de no ser tan linda como su amigo; de ser casi fea.

También se recogió el atador las mangas de estopa, y sacó de la faltriquera del pantalón una reluciente navaja de afeitar envuelta en un trapo. Agachóse bajo la paciente, y empuñando el instrumento, con brioso girar de muñeca y haciendo terrible fuerza en el pulgar, sajó casi en redondo el lobanillo. Bramó y resopló de dolor la vaca, intentando huir; pero estaba bien sujeta y el corte dado ya. Sin hacer caso de los mugidos angustiosos ni de las inútiles sacudidas de la bestia, el señor Antón comenzó á esgrimir la navaja casi de plano, desprendiendo la piel que cubría el tumor, y disecando poco á poco, con certera diestra, sus raíces, como quien desprende de un peñasco los tientos de un adherido pólipo. De rato en rato empapaba con trapos la sangre que corría y le impedía ver. Cada raíz encubría otras más menudas, y la navaja seguía escrutando los ijares del animal, persiguiendo las últimas ramificaciones de la fea excrecencia. Ya casi la tenía desprendida, cuando la vaca, que parecía resig-

nada con su suertè, dió de pronto un empuje desesperado y supremo, logró soltar las patas, derribó de una patada el sombrero de copa alta del algebrista y echó á correr furiosa. Ciega por el terror, fué á batir contra la muralla del emparrado, donde la alcanzó Perucho. La agarró del rabo primero, luego la cogió por los cuernos, y á remolque y á empujones y á puñadas la trajo otra vez á la clínica. El señor Antón acusaba á la moza de no valer nada, de haber aflojado la pata; y Manuela, con los ojos brillantes y la sonrisa en los labios, se ofrecía á sustituir ventajosamente á la aldeana.

—Jesús, alabado sea Dios, qué valiente de señorita!—tartamudeó la Sabia, apareciendo en la puerta.

—Las que nos criamos en la montaña...—murmuró la niña arrodillándose, y ciñendo con ambas manos, no muy blancas ni nada endebles, el corvejón del animal.

—No hay cosa como las montañesas—declaró dogmáticamente el atador, encasque-

tándose otra vez su abollada bomba, sin la cual, al parecer, no era dueño de todos los recursos de la ciencia quirúrgica.

—Remángate, Manola—aconsejó sin volver la cabeza Pedro:—sino vas á ponerte perdida.

Notando que él no la miraba, Manolita se remangó. Los chiquillos, rubios como el cerro, que presenciaban la operación absortos, con la pupila dilatada y chupándose el dedo índice, quisieron también cooperar al buen resultado, y vinieron á poner cada uno una manita en los corvejones de la mártir. Poco duró el suplicio. El señor Antón, con su rapidez y maestría acostumbradas, arrojaba ya triunfalmente hacia el campo más próximo una masa sanguinolenta é informe, que era el núcleo del lobanillo y su aureola de raíces. Entre un furioso y desesperado bramido de la vaca al sentir la pez hirviendo que le abrasaba los tejidos, y un ¡carraspo! del algebrista que se levantaba vencedor, se acabó la operación y la víctima fué de nuevo ence-

rrada en el establo. Echáronle en el pesebre un brazado de fresca yerba, y á poco su hocico húmedo, del cual se desprendía un hilo de baba, rumiaba con fruición la dulce golosina.

DANIEL CORTEZO Y C.^a, EDITORES
 CALLE DE PALLARS.
 BARCELONA

III

Sin embargo, aún le quedaban al señor Antón deberes facultativos que llenar en aquella casa. Le presentaron un ternero que andaba malucho de desgano y rehusaba las cortezas de pan y la hierba más apetitosa. Le abrió la boca al punto, sacóle de través la lengua, y declaró que tenía *el piojo*. Pidió los ingredientes de sal y ajo, que metió en una bolsita de lienzo; mojòla en vinagre, y frotó con ella los bordes de la lengua, para levantar las escamillas en que consistía el mal: sacó luego del bolsillo-estuche unas tijeras de costura, y cortó las escamas, dejando al

choto en disposición de zamparse todos los prados comarcanos. Tras el ternero vino un buey, cojo de la mano derecha: el doctor reconoció que tenía *el pulgón* y que era preciso meterle entre la pezuña un puñado de pólvora amasada y prenderle fuego. El caso era que no se encontraba pólvora allí.

—Que vayan por ella á los Pazos—exclamó servicialmente Perucho.

—Mientras van y vuelven llega la noche, señorito—exclamó el atador,—y de aquí á Boán hay camino. Ya pasará por aquí mañana ó pasado lo más tarde, que me cumple verle la yegua al señor Angel. No hay duda, que no muere el buey por eso.

Quedó aplazada la voladura del pulgón, pero no consintió la Sabia en que se partiese el algebrista sin *tomar un taco y echar un clorís*. Limpiándose el copioso sudor con el pañuelo de yerbas, sentóse el señor Antón á la mesa, ante el zoquete de pan de centeno y el jarro de vino. Entabló conversación con el ama de casa, no habiendo querido los seño-

ritos sentarse ni probar cosa alguna, porque les divertía más presenciar la cómica escena y oír, cruzando ojeadas y risas, la plática donosa que avivaban con sus preguntas. Estaba de buen humor el vejete, como siempre que terminaba felizmente una operación y se veía con el pichel de mosto delante. A las quejas de la Sabia, que se lamentaba de las enfermedades de los animales con tono de abuela cuando deplora achaques de sus nietos, respondía jocosamente el algebrista que, si no tuviese *una riqueza* en ganado, no se le pondría el ganado enfermo nunca.

—A que á mí no se me mueren las vacas ? En no las teniendo... catá.

La bruja respondía á tan atinada observación con otra muy filosófica y cristiana :

—Todos habemos de morir, si Dios quiere.

De tal respuesta tomó pie el algebrista para procurar insinuarse, hablando del bocio de la vieja, y comprometiéndose á extirpárselo con tanta prontitud como el tumor de la vaca, *fuera el alma*. Contó que precisamente

acababa de realizar la misma operación en un labrador rico de Gondás. De cuatro ó cinco tajos de navaja ¡ *zis, zas!* (y al decir *zis, zas* pasaba el dedo por delante del cuello deforme de la Sabia) le había sajado el bocio perfectísimamente, plantándole, para atajar la *morragia*, un emplasto donde se misturaban trementina, diaquilón, confortativo, minio, litargirio, incienso, pez blanca, pez dorada y pez negra...

—Vamos, pez de todos los colores—dijo Perucho riendo.

—No haga burla, señorito, no haga burla... Pues emplasto fué aquel que apretó, apretó, apretó (y el algebrista cerraba y apretaba el puño con toda su fuerza) y á los quince días...

—Al campo santo ?

—Quedó como si tal cosa, más contento que un cuco! La sabiduría puede mucho, señorito!

La bruja no se resolvía á empecinarse. Tantos años con aquello, y al fin *iba durando*:

luego no era cosa de muerte. Los animales... no tiene que ver con las personas: si no se cuidan y se asisten, ni trabajan, ni dan leche, ni... En vista de que allí no necesitaban médico las *personas humanas*, el algebrista, después de dejar temblando el jarro, sacó el pitillo que llevaba tras la oreja, encendiólo en las brasas del lar, se terció la chaqueta, y con andar más que nunca dificultoso, tomó el camino del valle.

Acompañóle la pareja, divertida con su charla. Era el señor Antón uno de esos personajes típicos, manifestación viviente, en una comarca, de los remotos orígenes y misteriosas afinidades étnicas de la raza que la habita. En el país se contaban muchos que ejercían la profesión de *algebristas*, componiendo con singular destreza canillas rotas y húmeros desvencijados, reduciendo lujaciones y extirpando sarcomas, merced á no sé qué ciencia infusa ó tradición comunicada hereditariamente, ó recogida de labios de algún *compostor* viejo á quien el mozo había *tomado*

los moldes; pero ninguno tan acreditado y consultado en todas partes como el *atador de Boan*, que tenía fama de poner la ceniza en la frente á los médicos de Orense y Santiago, habiendo persona que vino expresamente desde Madrid, cuando todavía se viajaba en diligencia, á que el señor Antón le curase una fractura. No desvanecían al vejete las glorias científicas; pero sí le daban pretexto á descuidar la labranza de sus tierras y entregarse á sabrosa vagancia cuotidiana por riscos y breñas. Con su chaquetón al hombro en el verano, su montecristo de pardo monte en invierno, y siempre el pitillo tras la oreja, la chistera calada sobre el pañuelo, el paraguas colorado bajo el brazo y el libro grasiento en la faltriquera, recorría haciendo eses los senderos del país, sintiendo en la cabeza y en la sangre la doble efervescencia del aire puro y vivo de la montaña y de la libación de mosto ó aguardiente hecha á los dioses lares de cada enfermo. La atmósfera candente, el cierzo glacial, las claras maña-

nas primaverales, las templadas noches, la borrasca, la bonanza, le tenían seco y oreado como un fruto de cuelga, como esas manzanas tabardillas cuya piel se arruga y contrae y adoba más que el mejor pergamino; y también, lo mismo que en ellas, la pulpa se concentraba guardando toda su virtud y sabor. No había viejo mejor conservado, más templado y *rufo* que el señor Antón: asegurabanlo las mozas trocando maliciosos guiños, y lo confirmaban los mozos haciendo con la mano alzada y el pulgar inclinado hacia la boca el ademán del que se atiza un buen traguete. Nunca se le encontraba que no estuviese bajo la alegre influencia del jarro, ó del sol, que tenía la virtud de hacerle fermentar en las venas la reserva de espíritus alcohólicos. Entonces se desataba su locuacidad, y le gustaba sobre todo platicar con los curas ó con los aldeanos viejos y duchos, en quienes, á falta de instrucción, la experiencia de una larga vida ha desarrollado cierta inteligencia práctica, haciéndoles depositarios del

caudal del saber popular, ancho cauce de arena donde á trechos brilla alguna partícula de oro ó algún diamante en bruto. El señor Antón tenía su filosofía allá á su modo, mitad bebida en tres ó cuatro librotos viejos, en tomos descabalados de *Feijóo*, en el *Desiderio* y *Electo*, mitad inspirada por el espectáculo y la sugestión incesante de la madre naturaleza, de árboles y estrellas, ríos y nubes. En su cráneo estrecho y prolongado, verdadero cráneo céltico, bullían á veces viejas ideas cosmogónicas, bocetos confusos de panteísmo y restos de cultos y creencias ancestrales. Por lo cual, al meterse en honduras, solía decir muchos y muy peregrinos despropósitos, mezclados con dictámenes y sentencias que sorprendían al verlos salir de aquella boca plegada como la jareta de un bolsón, envueltas en vaho aguardentoso y subrayadas por la risa de polichinela que establecía inmediata comunicación entre su nariz y su barba.

Encontrándolo más alumbrado que de cos-

tumbre, moríase Perucho por tirarle de la lengua, y le seguía, llevando el dedo meñique enganchado en el de Manuela y columpiando el brazo á compás, por hábito inveterado de contacto cariñoso.

Chupaba el señor Antón su apestoso pape-lito, sumiendo la boca de tal manera que, más que con los labios, parecía aspirar el humo con la laringe. Al mismo tiempo iba filosofando sobre las enfermedades, la vejez y la muerte.

—Mire, señorito, que esto de estar enfermo (aquí un traspies), le tiene su aquel, carraspo! Lee uno en libros, á lo mejor, que el hombre es, como quien dice, un gusano, y viene la soberbia, y replica: —No, gusano, no, que yo tengoóó (ahuecó la voz enfáticamente), lo que no tiene un gusanoooo! Pero llega la enfermedad, *maina mainita* (y remedaba los movimientos del que se acerca muy cautelosamente á otro), y ya no se diferencia el *verme* del hombre... carraspo! Porque díganme: uso yo una navaja para *estripár*, con

perdón, las *tumificaciones* de las vacas y otra para las personas humanas? No señor, que uso la misma, que aquí la llevo en el bolsillo (y se golpeaba con fuerza el pecho). El emplasto ó la cataplasma, ¿se misturan de otro modo? No señooooor! Y en vista de ello...

—Resulta, señor Antón, que á usted no le parece diferente un buey de un cristiano? Eh? Usted y yo valemos tanto como un jumento?

—No sea tan *materialista*, señorito, carraspo!... Son poquitos los que se hacen cargo de estas cosas *perfundas*... ¡Hay que abrir el ojo! ¿Tiene ahí un misto? Se me apaga el condenado del pitillo. Estimando la molestia... Vamos al decir de que la gente como usted y como yo, y las bestias, dispensando vustedes, padecen de los mismos males, y en la botica no hay diferencias de remedios, y la vida se les viene y se les va del mismo modo, y todos pasan su tiempo de chiquillos, porque los perritos pequeños lloran y enredan como las criaturas, y luego á las personas humanas les

llega la de andar tras de las mozas, y andan que *tolean*, y también los perros se escapan de casa para perseguir á las perras, con perdón, y las buscan, y riñen por causa de ellas, y las obsequian como los señoritos á las señoritas... ¡Carraspoó!

Al llegar á este punto el discurso del atador, Pedro soltó los dedos de Manuela para reír á carcajadas, y la montañesa le acompañó, sofocando la risa en la boca con la punta del pañuelo.

—Pero eso ya se sabe, señor Antón... Vaya unas noticias que da! Fresquitas!

—Poco y poco, poco y poco... (se ignora si el algebrista lo decía pensando en que el camino tenía muchas piedras y él más vino en el estómago, ó siguiendo la ilación de su tesis trascendental.) Vamos á la *custión*... Digo, señorito, y no miento: un hombre *valerá*, estamos conformes, más que los animales; pero poder... Vaya, poder, no puede más que un buey; y cuando le llega la de cerrar el ojo, aunque sepa más que el rey Salimón, lo

cierra... y abur. ¿Lo cierra ó no, señorito?

—Según y conforme.... También los hay que se quedan con él muy abierto—murmuró Pedro para hacer rabiar al atador.

—Desmasiado nos entendemos...—articuló éste escupiendo, por el sitio en que algún día tuvo los colmillos, un chorro de saliva negruzca, cuya proyección cortó limpiándose el agujero de la boca con el dorso de la mano. Señorito, escuche y perdone. —¡A lo que me da que pensar, carraspo! Esto del nacer, y del morir, y del enfermarse, y del comer, y del beber ¡atención! (hizo aquí una ese más arqueada que ninguna), es un... un... un aquel que puede más que los animales y los hombres juntos, á modo de una *endrómene* muy grande, muy graaaande....

El algebrista tendía la mano y la giraba en derredor, señalando con amplio ademán circular la profundidad del valle de Ulloa, el anfiteatro de montañas que lo cierra, el río que espumaba cautivo en la hoz, todo lo cual se dominaba desde el sendero alto y escar-

pado. Pedro y Manuela, que habían vuelto á enganchar los dedos por instinto, miraban hacia donde apuntaba el viejo, tratando de comprender la idea rebozada en báquicos vapores que desde el cerebro del señor Antón descendía trabajosamente hasta su lengua.

—Tan grande—añadía extendiendo ya los dos brazos para mejor expresar la inmensidad—que me parece á mí, señorito, con perdón, que es tan grande como el mundo... ¡Más aún, carraspo!

—¿Más que el mundo? ¡Quieto, vino, quieto!—exclamó Pedro, significando que por boca del algebrista hablaba la borrachera.

—Más aún, sí señor. ¿De qué se pasma? Desmasiado nos entendemos. Un hombre ha leído algo... ¿Tiene otro misto? Disimule.

—Ahí va la caja. ¿Con que se ha leído mucho?

Una sonrisa orgullosa dilató los plieguecillos de la consabida jareta.

—El saber, como dijo el otro, no ocupa lugar... No se burle, señorito, no se burle...

¿Desmasiado tendrá usted leído lo que llaman el Treato... el Trato...

—¿Alguna comedia?

—Comedia!! Lo compuso un fraile, hablando con respeto... un fraile de esta tierra, con más sabiduría que todos los de España y del mundo entero juntos... Pues allí dice, ¡si, señorito! que las estrellas del cielo son como nosotros... con perdón! como este universo-mundo de acá... y que también allí nacen, y mueren, y comen, y andan atrás de las muchachas...

Al llegar aquí guiñó picarescamente el algebrista el ojo izquierdo á la bóveda celeste, y como si obedeciese á un conjuro, el hermoso lucero de Venus comenzó á rielar con dulce brillo en el sereno espacio.

—Hay que desengañarse, hay que desengañarse!—prosiguió el viejo moviendo la cabeza, que, al oscilar sobre el seco pescuezo, parecía una pasa pronta á desprenderse del rabo. Por muchas vueltas que se le dé, esta cosa grande, grande, grandísima (y reiteraba

el ademán de abarcar todo el valle con los brazos), puede más que vusté, y que yo, y aquel, y que todos, carraspiche! Yo me muevo, verbo en gracia; bien, corriente, sí señor; ¿y después? La cosa grande se queda tan fresca. Yo me divertí mis carnes; pero de yo ya propiamente no soy nada; se crían repollos, y patatas, y ortigas, y toda *clas* de hortalizas... ¿me entiende?

—¿También de mi cuerpo se han de criar repollos?—preguntó Manolita.

—Y juy juy!—relinchó el algebrista, trompicándose en una piedra por culpa del arrechucho de galantería que le entró.—Del cuerpo de las señoritas buenas mozas se criará espliego, rositas de Mayo...

Adoptando de nuevo su gravedad filosófica, añadió:

—Pero no se ponga hueca... Le es igual... igualito... Qué más tiene volverse chirivía ó malva de olor, carrás... ¿Quiérese decir que las estrellas del cielo, y las tierras, y el *mainzo*, y el cuerpo de vusté, y el mío, y el del Papa,

con perdón, y el espliego, y los repollos, y las vacas, y los gatos, es todito lo mismo, disimulando vusté, y no hay que andar escoge de aquí y escoge de allí... Todo lo mismo señorita, todo lo mismísimo... La cosa grande!!

Al llegar aquí de su perorata le besó un canto en la espinilla, y llevóse la mano á la pierna, exhalando un *ay* doliente; pero al punto mismo, después de refregarse la parte dolorida y tirar con rabia del cigarro, que se apagaba de vez, volvió á su tema, balbuciendo con lengua todavía más estropajosa:

—La co... la cosa grande... se ríe de todo, sí señor, de todo... Allá anda, carraspo... haciendo la burla á quien nace... y á quien muere... y á los que buscamos las mo... mozas... de rumbo... ¡juj! La cosa... g... gran... no nació en jamás... ni se ha de morir... Buena gana tiene... A cada a...ño... está... más... fres... frescachona... juy! vivan las rap... rapazas... Arde, cigarro, arde, condenado, si quieres, que... te... par...to...!

—Echemos por las viñas, Manola—dijo Rec.

dro á su compañera. — El algebrista va hoy como un templo. Ya no se le sacan del cuerpo sino barbaridades.

—¿Y si tropieza y cae al río?

—¡Qué disparate! Estaría muerto ya un millón de veces, mujer, si fuese capaz de caerse. Anda así toda la santa vida.

IV

Libres ya del atador, tomaron un sendero más practicable, que por entre tierras labradas y viñedos conducía al gran castañar del solariego caserón de Ulloa. Aunque la luna, en cuarto creciente, dibujaba ya sobre el cielo verdoso una fina segur, todavía la claridad del crepúsculo permitía registrar bien el paisaje; pero al ir entrando bajo la tenebrosa bóveda formada por el ramaje de los castaños, se encontró la pareja envuelta en la oscuridad, y en no sé qué de pavoroso y sagrado, y fresco y solemne, como el ambiente de una iglesia. El suelo

estaba seco y mullido, como suele estar en verano el de los bosques, y el pie lo hollaba con placer. No se oía más ruido que el rumor de las hojas, melodioso como una música distante de la cual apenas se percibe el acompañamiento. Instintivamente, Pedro y Manuela se aproximaron el uno al otro, y sus dedos se engancharon con más fuerza; pero el sentimiento que ahora los unía no era el mismo que allá en la gruta, sino una especie de comunión de los espíritus, simultáneamente agitados, sin que ellos mismos lo comprendiesen, por las ideas de muerte, de transformación y de amor, removidas en la grosera plática del vejete borracho.

—¡Perucho!—murmuró ella alzando el rostro para mirar el de su compañero, que en aquella sombra veía pálido y sin contornos.

—¿Qué quieres?—contestó él sacudiéndole el brazo.

—Qué me dices de todo eso?... ¡Cuántas bobadas echó por aquella boca el señor Antón!

—Está peneque, y chocho además.

—¿Me volveré yo rosa? ¿Malvita de olor?

—No tienes que volverte... Ya Dios te dió rosa y clavel y cuantas flores hay.

—No empieces á meterte conmigo... ¡Que me enfado! Y eso que dice de una cosa muy grande, que está en el cielo, y en la tierra, y en todos los sitios?

—Muchos ratos también se me pone á mí aquí—murmuró Pedro deteniéndose y señalando á la frente—que hay una cosa muy grande.... y tan grande!... Mayor que el cielo. ¿Sabes dónde, Manola? ¿A qué no lo aciertas?

—Yo qué sé? ¿Soy bruja ó echo las cartas como la Sabia?

El mancebo le tomó la mano, y la paseó por su pecho, hasta colocarla allí, donde, sin estar situado el corazón, se percibe mejor su diástole y sístole.

—Aquí, aquí, aquí—repitió con ardiente voz, oprimiendo como para deshacerla la mano morena y fuerte de la muchacha, que se reía, tratando de soltarse.

—Majadero, brutiño, que me lastimas.

La soltó y ella siguió andando delante en silencio. De cuando en cuando se percibía entre las hojas el corretear de una liebre, ó resonaba el último gorjeo de un ave. A lo lejos arrullaban roncamente las tórtolas, bien alimentadas aquellos días con los granos caídos en los surcos del centeno. También se escuchaba, dominando la sinfonía con sordina del follaje, el gemido de los carros que volvían cargados de haces de mies á las eras.

—Manola, no córras tanto...—exclamó Pedro con voz tan angustiada como si la chica se le escapase.—¡Ave María, mujer! Parece que te van persiguiendo los canes. ¿Tienes miedo?

—No sé á qué he de tener miedo.

—Pues entonces, anda á modo, mujer... ¿Qué diversión se nos pierde en los Pazos? ¡Mira que es bonita! Padrino estará fumando un cigarro en el balcón, ó viendo cómo arreglan las *medas*; mamá por allí, dando vueltas en la cocina; papá en la era, eso de fijo... las

chiquillas ya dormirán... ¡va buena que dormirán! Oye, chica, la mano.

Trabáronse como antes por los dedos meniques y continuaron andando no muy despacio. El bosque se hacía más intrincado y oscuro, y á veces un obstáculo, seto de maleza ó valla de renuevos de árboles, les obligaba á soltarse de los dedos, á levantar mucho el pie y tentar con la mano. Tropezó Manola en el cepo de un castaño cortado, y sin poderlo evitar cayó de rodillas. Pedro se lanzó á sostenerla, pero ella se levantaba ya soltando la carcajada.

—Vaya una montañesa, que tropieza en cualquier cosa como las señoritas del pueblo! Por el afán de correr. Bien empleado.

—Pero si no se ve miaja. Rabio por salir pronto de aquí.

—Para irte á la cama, ¿eh? ¿Para dejarme solito?

—Podías dar un repaso á los libros, haragán.

—Mujer... para cochinos tres meses que tiene uno de vacaciones! Yo antes pasaba

contigo todo el año... ¿no te acuerdas? Siempre, siempre andábamos juntos... ¡Qué vida tan buena! Y bien aprendíamos reunidos, más de lo que aprendo ahora en clase... Apenas tenemos leído libros de la estantería! ¿Te acuerdas cuando te enseñé las letras por uno que tiene estampas?

—Pero de la mitad nos quedábamos á oscuras. De muchos sólo mirábamos las estampas, aquellos monigotes tan descarados.

—Bueno, el caso es que estábamos más contentos, ¿eh? Yo al menos. ¿Y tú?

Calló la niña montañesa, tal vez porque un haz de arbustos nuevos y un alto zarzal le cerraban el paso. Tuvieron que retroceder y buscar entre los castaños la senda perdida.

—¿No me contestas? ¿Vas enfadada conmigo?

—No hay humor de hablar mientras esté uno en estas negruras.

—Y después que salgamos al camino de la era, ¿me das palabra de que rodearemos por los sembrados?

—Sí, hombre, sí.

—Manola?

—¿Qué?

Deslizábase á la sazón la pareja por un estrecho pasadizo de troncos de castaño, que apenas daba espacio á una persona de frente. La oscuridad disminuía; acercábase á la linde del bosque. La niña alzó los ojos, vió la cara de su compañero y acompañó la interrogación de fingido mal humor con una sonrisa, y entonces él se inclinó, le echó las manos á la cabeza, y con una mezcla de expansión fraternal y vehemencia apasionada, apretóle la frente entre las palmas, acariciándole y revolviéndole el cabello con los dedos, al mismo tiempo que balbucía:

—Me quieres, eh? me quieres?

—Sí, sí—tartamudeaba ella casi sin aliento, deliciosamente turbada por la violencia de la presión.

—¿Como antes? ¿como allá cuando éramos pequeñitos? eh? ¿Como si yo viviese aquí?

—Ay! me ahogas.... me arrancas pelo—

murmuró Manola, exhalando estas quejas con el mismo tono que diría:—Apriétame, ahógame más.—No obstante, Pedro la soltó, contentándose con guiarla de la mano hasta que salieron completamente del bosque y en vez de árboles distinguieron frente á sí el *carrerito* que llevaba en derechura á la era de los Pazos. Pero el mancebo torció á la izquierda, y Manola le siguió. Iban orillando un sembrado de trigo, que en aquel país abundan menos y se siegan más tarde que los de centeno. Si á la luz del sol un trugal es cosa linda por su frescura de égloga, por los tonos pastoriles de sus espigas, amapolas, cardos y acianos, de noche gana en aromas lo que pierde en colores, y parece perfumado colchón tendido bajo un dosel de seda bordado de astros. Convida á tomar asiento el florido ribazo alfombrado de manzanillas, cuya vaga blancura se destaca sobre la franja de yerba; y allá detrás se oye el susurro casi imperceptible de los tallos que van y vienen como las ondas de una laguna.

Dejóse caer Manola en el ribazo, sentándose y recogiendo las faldas, y Pedro se echó enfrente de ella, boca abajo, descansando el rostro en la mano derecha. Así permanecieron dos ó tres minutos, sin pronunciar palabra.

—Debe de ser muy tarde—articuló la muchacha agarrando algunos tallos de trigo y empuñándolos para sacudir las espigas junto á la cara de Pedro.

—Silencio... ¿No te da gusto tomar el fresco, *chuchiña*? Esta tarde no se paraba con el calor. ¿Ó tienes sed?

—No—contestó lacónicamente.

Transcurrió un momento, durante el cual Manola se entretuvo en arrancar una por una flores de manzanilla, y juntarlas en el hueco de la mano. Al fin la impacientó el obediente mutismo de su compañero.

—¿Qué haces, babeco?

—Te estoy mirando.

—Vaya una diversión!

—Ya se ve. Como á ti ahora te ha dado por

no mirarme... Parece que te van á enfermar los ojos si me miras. Te has vuelto conmigo más brava que un tojo.

Ella, entre arisca y risueña, siguió arrancando las manzanillas silvestres. Un céfiro de los más blandos que jamás ha cantado poeta alguno, un soplo que parecía salir de labios de un niño dormido, pasando luego por los cálices de todas las madre selvas y las ramas de todas las mentas é hinojos, se divertía en halagarle la frente, inclinando después las delgadas aristas de la espiga madura. A pesar de sus fingidas asperezas, Manola sentía un gozo inexplicable, una alegría nerviosa que le hacía temblar las manos al recoger las manzanillas. Con todo el alborozo de una chiquilla saboreaba la impresión nueva de tener allí, rendido, humilde y suplicante, al turbulento compañero de infancia, el que siempre *podía más* que ella en juegos y retozos, al que en la asociación íntima y diaria de sus vidas representaba la fuerza, el vigor, la agilidad, la destreza y el mando. Al sentirse investida

por primera vez de la regia prerrogativa femenina, al comprender claramente cómo y hasta dónde le tenía sujeta la voluntad su Pedro, se deleitaba en aparentar mal humor, en torcerle el gesto, en llevarle la contraria, en responderle secamente, en burlarse de él con cualquier motivo, encubriendo así la mezcla de miedo y dicha, el ímpetu de su sangre virginal, ardorosa y pura, que se agolpaba toda al corazón, y subía después zumbando á los oídos produciéndole deleitoso mareo, al oír la voz de Pedro, y sobre todo al detallar su belleza física. Justamente, mientras corría aquel tan halagüeño céfiro, Manuela se absorbía en la contemplación de su amigo, pero de reojo. La luminosa transparencia de la noche permitía ver los graciosos rizos del mancebo cayendo sobre su frente blanca y tersa como el mármol, y distinguir la lindeza de sus facciones y de sus azules ojos, que entonces parecían muy oscuros.

—¿Cómo me querrá tanto, siendo yo fea?
—decía para sus adentros Manola; y de re-

pena, cogiendo todas las manzanillas, se las arrojó al rostro.

—A casa, á casa enseguida, que son las tantas de la noche—murmuró arrodillándose, como si le costase trabajo incorporarse de una vez. Ya estaba allí Pedro para auxiliarla. Cuando eran chiquillos solía dejarla en el atolladero por algún tiempo hasta que pidiese misericordia, y reirse descaradamente de sus apuros.... Ahora no se atrevería á hacerla rabiar: él era el esclavo.

Volviéron á tomar el sendero. A poco se encontraron en la era, vasto redondel cercado por una parte de estrecha muralla y de manzanos gibosos. Por la otra, sobre el cielo estrellado, se destacaba la cruz del hórreo, y más arriba subían las ramas inmóviles de una higuera. Alrededor, las *medas* ó altos montículos de mies remedaban las tiendas de un campamento ó la ranchería de una india. Ya no había allí nadie: por el suelo quedaban todavía esparcidos algunos haces de la cosecha del día.

Un perro, ladrando hostilmente, se abalanzó contra la pareja; mas al reconocerla, trocó los ladridos de cólera en delirantes aullidos de alegría, se echó al suelo, se revolcó, gimió, y por último, zarandeando la cola de un modo insensato, con la lengua fuera de las fauces, trotando sobre la seca hierba del sendero, y volviéndose á cada segundo, los precedió hasta los Pazos de Ulloa.

V

Subía la diligencia de Santiago el repecho que hay antes de llegar á la villa de Cebre. Era la hora de mayor calor, las tres de la tarde. La persona de más duras entrañas se compadecería de los viajeros encerrados en aquel cajón, donde si toda incomodidad tiene su asiento, el que lo paga suele contentarse con la mitad de uno.

Venía atestado el coche, que era de los más angostos, desvencijados, duros y fementidos. En el interior, hombro contra hombro del vecino del lado, é incrustadas las piernas en las del frontero, se acomodaban cinco estudiantes

de carrera mayor en vacaciones, una moza chata, portadora de un cesto de quesos, el notario de Cebre, y la mujer de un empleado de Orense, con el apéndice de un niño de brazo. La atmósfera del interior era sol, sol disuelto en polvo, sol blanquecino, crudo, implacable, centuplicado por la oscura refracción de los puercos vidrios, que ningún viajero osaba bajar, por temor de ahogarse entre la polvareda. La respiración se dificultaba: gotas de sudor rezumaban de los semblantes, y moscas y tábanos—cuyo fastidioso enjambre había elegido allí domicilio—se agolpaban en los pescuezos y labios, chupándolas. No había modo de espantar á tan impertinentes bichos, porque ni nadie podía revolverse, ni ellos, enconados por el ambiente de fuego, soltaban la presa á dos tirones. Al desabrido cosquilleo del polvo en las fosas nasales se unía el punzante mal olor de los quesos, y aun sobresalía el desapacible tufo del correaje y el vaho nauseabundo tan peculiar á las diligencias como el olor del carbón de piedra á los vapo-

res. A despecho de todas estas molestias y otras muchas propias de semejante lugar, los estudiantes no perdían ripio, y armaban tal algazara y chacota, secundándolos el notario, que sus dichos, más picantes que el aguijón de los tábanos, habían parado como un tomate las orejas de la moza, la cual apretaba su cesta de quesos lo mismo que si fuese el más perfumado ramillete del mundo. La mujer del empleado, aunque nada iba con ella, creía-se obligada por sus deberes de buena esposa y madre de familia á suspirar á cada minuto levantando los ojos al cielo, mientras abanicaba con un periódico al dormido vástago.

No disfrutaban mayor desahogo los de la berlina. De ordinario era esta el sitio de preferencia; pero aquel día una especial circunstancia lo había convertido en el más incómodo. Al salir de Santiago muy de madrugada, los dos pasajeros que ya ocupaban las esquinas de la berlina entrevieron con terror, á la dudosa luz del amanecer, otro pasajero de dimensiones anormales, que se aproxima-

ba á la portezuela, sin duda con ánimo de subir y apoderarse del tercer asiento. Al pronto no distinguieron sino un bulto oscuro, gigantesco, que exhalaba una especie de gruñido, y se les ocurrió si sería algún animalazo extraño; pero oyeron al mayoral—viejo terne conocido por el *Navarro*, aunque era, según frase del país, más gallego que las vacas—exclamar, en el tono flamenco y desenfadado que la gente de tralla cree indispensable requisito de su oficio, y con la mitad del labio, pues el otro medio sujetaba una venenosa tagarnina:

—¡Maldita sea mi suerte! ¿Cura á bordo? Vuelco tenemos.

Casi al mismo tiempo el pasajero de la esquina izquierda, vivaracho, pequeño y moreno, tocó en el codo al de la derecha, que era alto, y le dijo á media voz:

—Es el Arcipreste de Loiro... Veremos cómo se amaña para pasar al medio... Nosotros no soltamos nuestro rincón... ¡Se prepara buen sainete!...

Miróle el otro viajero y encogióse de hombros, sin responder palabra. Entre el mayoral y el zagal procuraban izar la humanidad del Arcipreste hasta las alturas de la berlina: empresa hartó difícil, pues requería que el enorme vejestorio pusiese un pie en el cubo de la rueda, luego otro en el aro, y luego le empujasen y embutiesen dentro por la estrecha abertura de la portezuela. El viajero pequeño reía á socapa, calculando el fracaso probable de la tentativa, por estar ocupado el rincón. Grande fué su sorpresa al ver que el viajero alto llevaba la mano á su gorra de viaje, indicando un saludo; y en seguida se corría hacia el asiento del centro, para dejar paso franco; y después, viendo que ni aun así conseguían introducir al obeso y octogenario Arcipreste, alargaba sus enguantadas manos y tiraba de él con fuerza hacia el interior, logrando por fin que atravesase la portezuela y se desplomase en el asiento del rincón, haciendo retemblar con su peso la berlina y llenándola toda con su desmesurada corpulen-

cia, al paso que refunfuñaba un—Felices días nos dé Dios.

De soslayo—porque después de entrar el Arcipreste nadie podía rebullirse y todos se encontraban extrictamente encajados, prensados como sardina en banasta—el viajero chico insinuó á su compañero:

—¡Pero hombre, que se ha fastidiado usted! Ahora tiene usted que aguantarse en el medio todo el viaje. ¡Ha sido usted un tonto! El entremés era dejarle, á ver qué hacía.

Enarcó las cejas el viajero de los guantes, dudando si mandar á paseo á aquel cernicalo ó darle una lección. Al fin se volvió, como pudo, y dijo bajando la voz:

—Es un viejo y un sacerdote.

El viajero pequeño le miró con curiosidad, arrugando el gesto, y procurando discernir mejor, á la pálida luz del amanecer, las trazas del enguantado caballero. Parecíale hombre ya maduro, bien barbado, descolorido de rostro, alto de estatura, no muy entrado en carnes—sin ser lo que se llama flaco—y vesti-

do de un modo especialmente decoroso y correcto, por lo cual el observador pensó:

—Este me huele á título ó diputado de los conservadores. ¿Quién será, demonios, que no lo he visto nunca?—Y después de reflexionar breves instantes:—De fijo—decidió es algún forastero que va á la finca del marqués de las Cruces ó á la del de San Rafael... Claro. Allí todo el mundo se come los santos y les hace el *salamelé* á los curas... Pues el marqués de las Cruces no es, que á ese bien le conozco... El de San Rafael, menos... ¡ojalá! Nos haría reventar de risa con sus dichos... señor más ocurrente y más natural... ¿Será alguno de los maridos de las sobrinas? Cá! vendría la señora también con él. Pero, ¿quién rayos será?

Ya no tuvo punto de reposo el activo y bullidor cerebro del viajero chico, á quien no en vano daban amigos y adversarios (de las dos cosas tenía cosecha, á fuer de temible cacique) el sobrenombre significativo de *Trampeta*, queriendo expresar la fertilidad en

expedientes y enredos que le distinguía. Toda la potencia escrutadora del intelecto trampetil se aplicó á despejar la incógnita del misterioso viajero que cedía el asiento del rincón á los curas. Con más atención que ningún novelista de los que se precian de describir con pelos y señales; con más escama que un agente de policía que sigue una pista, dedicóse á estudiar é interpretar á su modo los actos de su compañero de viaje, á fin de rastrear algo. Después de que arrancó la diligencia, el viajero no había hecho sino bajar un cristal, el que le tocaba enfrente, con ánimo sin duda de mirar el paisaje; pero al convencerse de que no se veían por allí sino los hierros del pescante y los pies zapatudos del mayoral, volvió á subirlo, y se recostó en el respaldo, resignadamente, no sin lanzar una ojeada, de tiempo en tiempo, hacia las ventanillas. Transcurrido un cuarto de hora, cuando ya habían perdido de vista el pueblo, sacó una petaca fina, y abriéndola, la ofreció á ambos compañeros sin hablar, pero con

ademán cortés. Trampeta alargó sus dedos peludos y cortos y cogió un cigarrillo diciendo:—Se estima.—El Arcipreste entreabrió un ojo (iba como aletargado, resoplando y con la cabeza temblona) y dijo que no con las cejas; al mismo tiempo deslizó la incierta mano, que de puro gruesa parecía hidrópica, bajo el balandrán, y exhibió una tabaquera de forma prehistórica, un gran *fusique* de plata, que arrimó á la nariz, sorbiendo con notoria complacencia el rapé.

—No toma sino polvo... Está más viejo que la Bula... Yo no sé cómo no ha reventado ya —exclamó Trampeta, sin cuidarse de bajar la voz; por lo cual el otro viajero le amonestó algo severamente:

—Mire usted que este señor puede oír lo que usted dice de él.

—Cá! Más sordo que una tapia —gritó Trampeta, como para probar su aserto.— Aunque le dispare un cañón junto á la oreja, ni esto. Siempre fué algo *teniente*; pero ahora ¡María Santísima! La sordera, como usted

me enseña, es un mal que crece mucho con los años. Y vamos á ver: ¿dirá usted al verlo tan acabado, que este bendito Arcipreste fué un *remeje que te remejerás* de elecciones, que nos dejaba á todos tamañitos? Hoy no es ni su sombra... En sus tiempos era un demonio con sotana: no había quien se la empatase en toda la provincia. Cuentan que una vez dió un puntapié á la urna... Sin ir más lejos, allá cuando la Revolución, *la gloriosa*, ¿usted me entiende? que andaban los carlistas muy alterados, como usted me enseña, por poco entre ese condenado y otros de su laya me hacen perder una elección reñidísima, y me sacan avante al Marqués de Ulloa contra el candidato del gobierno.

Al nombre del Marqués de Ulloa, el viajero enguantado, que hasta entonces escuchaba como quien oye llover, y sin ocuparse más que del cigarrillo suave que fumaba, prestó atención y aun intentó volverse; pero esto no era factible, atendido que cada vez iban más apretados, porque el Arcipreste, reclinando

la cabeza en la esquina, y cubriéndose la cara con un pañuelo blanco, adoptaba postura más cómoda, y ocupaba todavía más sitio.

—¿Dice usted que las elecciones en que figuró el Marqués de Ulloa?...

—Sí señor, sí señor...—repuso Trampeta, todo esponjado y contento de acertar con algo que interesaba al viajero y le hacía dar señas de vida. Por cierto que después...

—El Marqués de Ulloa—interrumpió el viajero—es don Pedro Moscoso, verdad?

—El mismo que viste y calza. Por cierto que...

—¿El yerno del señor de la Lage?

No era sólo atención, era interés muy vivo lo que revelaba el semblante del enguantado, y no pudiendo volver el cuerpo, torcía la barba sobre el hombro, clavando en Trampeta sus ojos garzos y grandes, de párpado marchito y enrojecido, como suelen tenerlo las personas que leen mucho ó viven aprisa.

—Aajá—articuló Trampeta afirmando con cabeza y manos y con todo el rebullicio de

cuerpo que consentía la apretura:—¡aajá! El mismito. ¿Al parecer usted lo conoce?

No contestó el de los guantes, pero dijo con las pupilas:—Siga usted.—Trampeta, aunque tan observador y ladino, no era capaz de darse un punto á la lengua cuando ésta le picaba.

—¡Aquellas fueron unas elecciones... de la mar salada! Quedó que contar de ellas en el país para veinte años... Y como además de los líos que hubo en ellas, vino después la muerte del mayordomo del marqués, que fué una cosa atroz...

A pesar de la sordera del Arcipreste, aquí bajó la voz Trampeta, y sus ojos vivos, ratoniles, se posaron oblicuamente en el clérigo. Este roncaba ya, con ahogado resuello de apoplético. El cacique se tranquilizó y prosiguió:

—Lo despabilaron en un monte por mandato de los mismos suyos; ni visto ni oído... ¡Un balazo limpio, de esos que dejan sequito á un hombre!

—Ese mayordomo...—murmuró el de los guantes, fijando la vista en Trampeta, como si quisiera preguntarle algo; pero se contuvo y no prosiguió. Afortunadamente para él, Trampeta no era hombre de dejar cojo el cuento.

—Como usted me enseña, mi amigo, donde pasan ciertas cosas siempre hay misterios y demoniuras... ¿Usted conoce al marqués? Bueno: pues entonces ya sabe usted que vivía... mal arreglado, ó enredado, ó embrutecido, como se quiera decir, con la hija de ese mayordomo que mataron... ¡y qué moza era, me valga Dios! Como unas flores. Pues cuando el marqués determinó de casarse con la hija del señor de la Lage...

El enguantado hizo un movimiento.

—¿También lo conoció, eh?—preguntó Trampeta.

Dijo el viajero que sí con la cabeza, y el bueno del Secretario prosiguió:

—Pues ¿usted me entiende? la boda del señorito no le hizo maldita la gracia al tru-

chimán del mayordomo, que tenía más conchas que un galápago, y como no pudo vengarse de otro modo, fué, y qué hizo? Preparó las elecciones muy preparaditas, y cuando el marqués estaba cerca de triunfar, no sé cómo judas lo amañó...

Aquí la mirada de Trampeta se hizo más oblicua y casi torva.

—En fin, que vendió completamente á su amo, lo mismo que vende uno los cerdos en el mercado, con perdón: una jugarreta que le costó al señorito la diputación, ni más ni menos... Y como usted me enseña... al vengativo de Barbacana, que es más malo que la quina...

Pausa breve.

—¿Usted no sabrá quién es Barbacana? ¡Dios nos libre! Entonces era el tirano del país; uno de esos tiranones terribles, como usted me enseña... Ahora ya va de capa caída... los años le pesan... le tenemos metido el resuello en el cuerpo... vaya si se lo tenemos... ¿Usted irá á Orense? pues pregúntele

usted al gobernador qué apunte es Barbacana...!

Al decir esto observaba Trampeta el rostro del enguantado, á ver si la referencia al gobernador le producía efecto. Viendo que no, pensó para su sayo:—No debe de ser diputado, ni cosa así.—Y añadió:

—En fin, que se cree... ¿Usted me entiende? que fué Barbacana quien... (Ademán muy expresivo de despabilar una luz con los dedos.)

—¿Dice usted que mataron á ese hombre, al mayordomo del marqués de Ulloa?—preguntó por fin el viajero de los guantes.—¿Y dónde, y quién y por qué?

—¿Quién? Un satélite de Barbacana, un facineroso malhechor relajado que se llama el Tuerto... Así que Barbacana tiene un arachita, ya anda él muy campante por el país, metiendo miedos á todo dios... ¡Uno de tantos escándalos! Pero ahora les hemos de atar corto de vez. ¿Dónde? En un monte, propiedad del marqués... por el día y por el sol.

¿Por qué? Pues como dije, en venganza de que le hizo al marqués perder las elecciones.

—Y la hija de ese hombre... ¿qué ha sido de ella?—interrogó el viajero, acariciándose la barba con la enguantada mano, para simular indiferencia que no sentía.

—Ese es otro cantar... ¿Usted ya sabrá que el marqués enviudó de allí á poco?

Una tristeza, una angustia profunda se grabó en el rostro del viajero. Si Trampeta le mirase, ahora sí que vería la alteración de sus facciones. Pero Trampeta á la sazón encendía dificultosamente el cigarro.

—Enviudó, porque la señorita *se puso tisis*... Parece que le dió muy mala vida por causa de la raida de la moza, y que andaba San Benito de Palermo... Ella era poquita cosa; de poco estuche... Pss...

Aumentó la turbación del viajero al decir esto Trampeta, y la revelaron visibles señales. Sus ojos, que tenían más de pensativos que de brillantes, chispearon un momento; frunció el entrecejo, y por su frente despeja-

Carmina
x9 x 9/903

da corrieron una tras otra, como olas, tres ó cuatro arrugas bastante profundas. Respiró tan fuerte y hondo, que Trampeta, volviéndose, le miró con mayor curiosidad aún.

—Parece que la historia le toca á este señor de cerca... Tate... Hay que ver lo que se habla... ¡Me caso! No se me quita el vicio de ser parlanchín.

Había amanecido del todo, disipándose la niebla; el sol doraba ya con alegre reflejo las cimas de los árboles, las aguas de los manantialillos que brincaban del monte á la carretera, los cristales de las casitas que de trecho en trecho se asomaban curiosas con su cerca, sus dos manzanos, su emparrado de vid, su *meda* de centeno junto al hórreo. A aquella hora, en que el calor no hostigaba todavía á jacos ni á viajeros, y la tierra despertaba impregnada de rocío nocturno, y el sol se bebía la ligera *brétema*, no molestaría ir en la berlina, á no ser por los ronquidos del Arcipreste, más hondos y atronadores cada vez, por su estorboso volumen, por las blasfemias

del mayoral, por el olor desagradable del forro del coche. La claridad diurna alumbraba las facciones del viajero de los guantes, descubriendo en su barba corrida, bien recortada y no muy recia, unos cuantos hilos de plata; en su dentadura una mella; en sus sienes lo ralo del pelo; en sus mejillas, de piel fina y coloración mate, la azul señal de algunos granos de pólvora incrustados bajo el cutis. A un lado y á otro de la nariz, los quevedos de acero que solía gastar le habían labrado una especie de surco, rojo ó amorado. Su mirada, intensa, dulce, miope, tenía esa concentración propia de las personas muy inteligentes, bien avenidas con los libros, inclinadas á la reflexión y aun al ensueño.

El cacique, en guardia contra las preguntas que se le pudiesen dirigir, esperaba; pero pasó un rato, y el viajero nada dijo: suspiró como quien desahoga el pecho, y limpió con el pañuelo los quevedos, cerrándolos cuidadosamente para no romperlos. Trampeta le atisbaba receloso.

—¡Borríco de mí!—pensó.—Dice que conoce al marqués... Será su amigo, y no quedará más chismes... Aunque don Pedro Moscoso ¡qué ha de ser amigo de ninguna persona tan así... tan decente!

Ocupábase el viajero, después de bajarse con dificultad, en sacar de un cestito de paja un frasco blanco, forrado también de paja hasta el gollete, con reluciente tapadera de metal.

—Gusta usted un trago de vermut?—dijo al cacique.

—No señor... Se aprecia... Llevo anís es-trellado y buen aguardiente, que es lo mejor para el flato estando en ayunas... Pero ya maté el gusano antes de salir...

Bebió el enguantado por un vaso oblongo, recogió todo, y desabrochando mal como pudo las correas de su manta de viaje, tomó de dentro un libro, amarillo, con las hojas sin cortar. Abrió como unas veinte ó treinta sirviéndose de un cortaplumas, mirando á Trampeta como en espera de que terminaría

la crónica chismográfica tan brillantemente comenzada. Vacilaba y deseaba hablar. Se decidió por fin.

—La hija del mayordomo...—articuló.

Qué tentación tan fuerte para el cacique! Más fuerte que su virtud. Ya no pudo contenerse.

—Pues así que murió la señora, todo el mundo pensó que el marqués se casaba con ella... porque la muchacha tenía un chiquillo, y al marqués le había dado por tomarle un cariño atroz, de repente... así como á la hija verdadera, la que tuvo de su señora, no le hacía apenas caso... Y por cuanto salimos con que la moza apareció muy prendada y en tratos con un tal Angel, el gaitero de Naya, un buen mozo también, y jurando y perjurando que el chiquillo era hijo del gaitero dichoso... No hubo fuerzas humanas que la disuadiesen: que me caso, que me caso, y va y se casa con su querido, y el marqués, por no apartarse del chiquillo, los deja seguir de criados en casa, al frente de la labranza...

y le da carrera al muchacho, y me lo trae hecho un señorito... Y unos dicen que si esto, que si aquello, que si lo otro, que si lo de más allá... Las lenguas, como usted me enseña, no hay quien las ate, eh? y usted, un su-
poner, no va á ponerle un tapón en la boca á todos.

Al llegar aquí Trampeta, el viajero frunció las cejas otra vez. Después de dudar un instante, dijo reposada y cortésmente:

—Con permiso de usted...

Y tomando á sus pies, de entre el lío de la manta, un libro, se puso á leer sosegadamente, aprovechando el paso de procesión con que la diligencia subía ¡á la cumbre, á la cumbre!

Túvose Trampeta por chasqueado. Los indicios de curiosidad é interés del viajero prometían plática larga y tendida, de esas que de repente, en un coche de línea, convierten en amigos íntimos á los dos indiferentes que un cuarto de hora antes dormitaban hombro contra hombro. Y héteme aquí

que ahora el compañero se ponía á leer sin hacerle más caso. Echó una mirada sesga al libro, por si algo rastreaba: nuevo desengaño. El libro estaba en un idioma que Trampeta no conocía ni aun para servirlo.

¿Hay hablador curioso que se resigne á no chistar, dejando en paz á los que huyen de él refugiándose en un libro? Mil pretextos encontró Trampeta para distraer á su vecino y llamarle la atención. Ya le enseñaba un punto de vista, ya le nombraba un sitio, ya le bosquejaba en pocas palabras y muchos guiños de inteligencia la historia del dueño de alguna quinta. Fuese por cortesía ó porque le agradase, el enguantado atendía gustoso. Cerraba el libro metiendo el dedo índice por entre dos páginas para no perder la señal, y escuchaba, inclinando la cabeza, las indicaciones topográficas y chismográficas del cacique.

Habrían andado cosa de tres horas, y ya el sol, el polvo y los tábanos comenzaban á crucificar á los viajeros, cuando Trampeta tiró

repentinamente de la manga al enguantado.

—Á bajarse tocan—le advirtió muy solícito como quien presta un servicio notable.

—Decía usted?—exclamó el viajero sorprendido.

—¿No va á la finca del marqués de las Cruces? Pues aquel es el soto. Mayoral! Pára, mayoraal!

—No señor... Si no voy allí.

—Ah! Pensé.... Ha de dispensar.

La misma escena se repitió poco más adelante, en el empalme del camino que conduce á la soberbia quinta del marqués de San Rafael. Trampeta bien quisiera preguntar al enguantado—¿á dónde judas va entonces?—pero con toda su petulante grosería de cacique mimado por personajes muy conspicuos, dueño y señor feudal de un mediano trozo de territorio gallego, y por contera y remate, mal criado y zafio desde sus años juveniles, supo, á fuer de listo, notar en el semblante, modales y trazas del viajero misterioso cierto *no sé qué* sumamente difícil de

describir, combinación de firmeza, de resolución y de superioridad, que sin violencia rechazaba la excesiva curiosidad dejándola burlada.

V

Uno de los deleites más sibaríticos para el feroz egoísmo humano, es ver—desde una pradería fresca, toda empapada en agua, toda salpicada de amarillos ranunclos y delicadas gramíneas, á la sombra de un grupo de álamos y un seto de mimbrales, regalado el oído con el suave murmurio del cañaveral, el argentino cántico del riachuelo y las piadas ternezas que se cruzan entre jilgueros, pardales y mirlos,—cómo vence la cuesta de la carretera próxima, á paso de tortuga, el armatoste de la diligencia. Hace el pensamiento un paralelo (fuente de epicúreos goces, sazonados

por el espectáculo del martirio ajeno), entre aquella fastidiosa angostura y esta dulce libertad, aquellos malos olores y estas auras embalsamadas, aquel ambiente irrespirable y esta atmósfera clara y vibrante de átomos de sol, aquel impertinente contacto forzoso y esta soledad amable y reparadora, aquel despacible estrépito de ruedas y cristales y estos gorjeos de aves y manso ruido de viento, y por último, aquel riesgo próximo y esta seguridad deliciosa en el seno de una naturaleza amiga, risueña y penetrada de bondad.

No todos razonan y analizan esta impresión con lucidez; pero apenas hay quien no la sienta y saboree. Bien la definía y paladeaba el médico de Cebre, Máximo Juncal, entretenido en *echar* un cigarro, tumbado boca arriba en un pradillo de los más amenos que puede soñar la imaginación. El médico vestía tuina de dril y calzaba zapatos de becerro; ni cuello ni corbata tenía; su camisa de dormir, desabotonada, no tapaba unas clavículas duras y salientes como pechuga de gallo viejo ya

desplumado; en sus manos afianzaba el último número de *El Motín*, donde acababa de leer las picardigüelas de un *curiana* allá en Navalcarnero enviadas al periódico por un corresponsal rígidamente virtuoso, que escribía «lleno de indignación.»

Desde que por la carretera, bastante más elevada que el prado, vió Juncal asomar la nube de polvo que anuncia la proximidad de un coche de línea, interrumpió la para él sabrosísima lectura de los sueltos clérófobos, y alzando la cabeza, entre chupada y chupada, púsose á considerar atentamente las trazas del gran mamotreto. Oyó el repiqueteo de los cascabeles y campanillas, tan regocijado cuando el tiro trota, como melancólico cuando va á paso de caracol. Vió luego aparecer el macho delantero, y á sus lomos el flaco zagal, vestido de lienzo azul, con gorra de pelo encasquetada hasta la nuca, aletargado completamente bajo la influencia de un sol de brasa. Manteníase sin caer del caballo merced á un milagro de equilibrio y á la costumbre de an-

dar así, pero lo cierto es que dormía. Dormía también el mayoral; sólo que ese ya roncaba cínicamente, espatarrado en el pescante, con la bota casi desangrada bajo el sobaco, el mango de la tralla escurriéndosele de la mano, los carrillos echando lumbre y colgándole de los labios un hilo de baba vinosa. Y dormitarían los caballos del tiro, si se lo permitiesen los encarnizados y fieros tábanos y las pelmas de las moscas, infatigables en lancetarles la piel. Los infelices jacos se estremecían, coceaban, sacudían las orejas con frenesí, se mosqueaban con el rabo, y solían arrancar al trote, creyendo huir de la tortura.

—Bueno va—pensó en alto el médico, riéndose sin pizca de compasión.—El tiro campa por su respeto. Y apenas va cargado el coche! No entiendo cómo no vuelca todos los días.

En efecto, desde lejos era el aspecto de la diligencia sumamente alarmante. La base de la caja parecía angostísima en relación con la cúspide, que la formaba una inmensa vaca

ó imperial agobiada con cuádruple peso del que razonablemente admitía. Por todas partes emergían de la polvorienta cubierta enormes baúles, cajones descomunales, fardos de colchones, grupos de sillas, pues la mujer del empleado trasladaba su ajuar enterito. Del cupé, que también iba atestado de gente, sobresalían cestos con gallinas, y más líos, y más rebujos, y más maletas, y otra tanda de cajones. No se comprendía, al ver la penosa oscilación de la desproporcionada cabeza del carruaje sobre las endeble ruedas, que ya no se hubiese roto un eje, ó que la mole no se rindiese á su propia pesadumbre. Algo que entrevió Juncal al través de los cristales de la berlina, completó su malicioso regocijo.

—Y para más, dentro va el Arcipreste de Loiro! Diez ó doce arrobas de suplemento. Lo que es hoy.....

Al pensar esto el médico, llegaba el tiro á la revuelta de un puentecillo tendido sobre un riachuelo de mezquino caudal—el mismo que corriendo entre mimbrales y alisos re-

gaba la pradería.—Era la revuelta asaz rápida; el tiro, entregado á su propio impulso, la tomó muy en corto. Juncal se incorporó, soltando un terno. No tuvo tiempo á más, porque en un santiamén, sin saberse cómo, toda la balumba de coche y caballos se revolvió, se enredó, se hizo un ovillo, y al sentir el peso del carruaje, que se inclinaba con crujido espantoso, encrespáronse los caballos, relinchando de ira y susto, irguióse la lanza por cima del pretil del puente, y el macho delantero, con el zagal encima, y tras él un caballo de cortas, salieron despedidos con ímpetu, haciendo *plaf!* en mitad del riachuelo, lo mismo que ranas. Avínole bien á la diligencia, que la misma fuerza del empuje rompió cuerdas y tirantes, impidiéndole precipitarse con el resto del tiro desde una altura no extraordinaria, pero suficiente para hacerla añicos. Su peso descomunal la sujetó, volcada al borde del puente y recostada en él.

Dicen personas expertas en esta clase de lances, que ni los testigos oculares, ni las víc-

timas, son capaces de referir puntualmente las peripecias que se suceden en un abrir y cerrar de ojos, ni menos recordar de qué manera, guiado por el instinto de conservación, se pone en salvo cada quisque.

Yacía tumbado el coche; el mayoral había despertado rodando del pescante al suelo y abriéndose la cabeza, y sin duda por la descalabradura se le refrescó y disipó la mona, pues ágil ya y despabilado, se emperraba en aquietar y desenredar el tiro, metiéndose entre las bestias con intrépidez salvaje, lidiando cuerpo á cuerpo, á coces y puñadas, con mulas y machos, sin diferenciarse de ellos más que en las espantosas blasfemias que escupía. En ventanillas y portezuelas fueron asomando cabezas, brazos, hombros, hasta pies, pugnando por romper su cautiverio. Surgieron dos estudiantes, tiraron por la moza, y la sacaron arrastro; y como se empeñase en recoger sus quesos, vociferaron y la desviaron á empellones. La empleada salió pálida como la cera, apretando silenciosamen-

te al niño que lloraba sin consuelo; luego el notario, echando venablos; y por la portezuela de la berlina, poco menos amarillo que la empleada, saltó Trampeta con una mano sangrando de la cortadura de un cristal. Los del cupé, gente aldeana, descendían aturdidos de sorpresa. En el mismo instante llegaba Juncal, á todo correr, al pie de la diligencia volcada.

—¿Qué es eso, hombre? ¿qué es eso?—preguntó á Trampeta.

—Ya lo ve, Máximo... Hoy nacimos todos... —respondió el cacique sin poder hablar del susto.—Míreme aquí, hom, si tengo cortada la vena...

—Qué vena ni qué caracoles... Acudir á los que quedan dentro, hombre... ¿Queda alguien? A ver...

Con ayuda de los estudiantes, tenía ya el mayoral casi apaciguado el tiro, y sólo le faltaba reducir á una mula que, habiéndose cogido la cabeza entre dos correas, á fuerza de patear se empeñaba en ahorcarse. El médico miró hacia el fondo de la berlina. Salía de allí

un ahogado y entrecortado ronquido, tan hon-
do como el registro más grave de un órgano; y
el médico vió á un viajero de buenas trazas
metido en la ardua faena de mover la masa
gigante del señor Arcipreste, y empujarla
hacia la portezuela. Momentos antes Máximo
Juncal se sentía animado de los más sinies-
tros propósitos contra la Iglesia en general y
el clero diocesano en particular; pero la vista
del lastimoso cuadro le ablandó las entrañas,
que más que dañadas tenía curtidas por la
hiel de un temperamento bilioso, y sin hacer
caso de la herida de Trampeta, que éste liaba
con el pañuelo, acudió en auxilio del viajero
enguantado, á quien veía de espaldas, lla-
mando al notario para refuerzo.

—Empújelo usted hacia acá... Yo tiraré por
la pierna... ¡Eh! señor escriba, aguante usted
aquí... coja este pie... así... quietos... ya pasó
un muslo... ¡Arráncate nabo! Ey... que me
hundo, que me hundo! ¡Apuntáleme, escriba
de los demonios!

Salió en vilo, sostenida por los puños de

Juncal y los fuertes brazos del notario, la
mole del desventurado Arcipreste, que dor-
mido durante la catástrofe, no comprendía lo
que pasaba, y se veía con sus compañeros de
viaje encima, y una astilla de la destrozada
caja hincándosele en un costado. Tal fué su
estupor, que se le cortó el habla, y sólo ex-
halaba sordos ronquidos de agonía. Apareció
hecho una lástima, con el rostro amoratado
y congestionado, en desorden los venerables
cabellos blancos, la cabeza y manos no ya
temblonas, sino perláticas, y el balandrán ro-
to. Juncal torció el gesto, y falló para sí:

—A sus años, esto echa á un hombre á la
sepultura.

El caritativo viajero salió á su vez; tiempo
era ya. De la brega tenía destrozados los
guantes y descompuesto el traje; con los es-
fuerzos, se le había coloreado la tez y anima-
do el rostro, quitándole, como suele decirse,
diez años de encima, ó mejor dicho revelando
su verdadera edad, más alrededor de los
treinta y pico que de los cuarenta. Aproxí-

mósele Juncal muy solícito, y al fijar los ojos en él, se echó atrás admirado.

—Usted dispense...—pronunció.—¡Soy capaz de aventurar algo bueno á que es usted de la familia de la difunta señora de Ulloa, doña Marcelina Pardo!

El viajero se sorprendió también.

—Su hermano para servir á usted—contestó.—¿Tanto me parezco?

—Facción por facción, no señor: pero el aire, es una cosa, como dicen aquí, escupida... Con que es usted...

—Gabriel Pardo de la Lage, para lo que usted guste mandar. No cree usted que ahora convendría...

—Lo que conviene es que todos los pasajeros se vengán á Cebre, y allí se curarán los heridos, y los asustados tomarán un trago y un bocado para tranquilizarse... Al mayoral y al zagal les mandaremos gente que ayude á enderezar el coche, y á llevar los caballos á la cuadra, que falta les hace también... A bien que en Cebre ya de todas las maneras tenían

que mudar tiro... Hay herrero que empalme la lanza rota, y carpintero que eche un remiendo á la caja... El coche no ha sufrido grandes desperfectos... Fué más el ruido que las nueces... El que tenga que curar algo, á mi casa enseguidita... ¿Usted ha salido ileso, señor de Pardo?

—Noto un dolor en este codo... Alguna rozadura.

—Veremos... Usted no se va á la posada, que se viene á mi choza... Espero en Dios que podrá usted seguir el viaje.

—Mi propósito era bajarme en Cebre. Y en efecto me he bajado, sólo más aprisa de lo que pensé.

Sonrióse al decir esto, y Juncal le encontró «templado» y simpático. La caravana se puso en marcha: los estudiantes, de los cuales sólo uno tenía un chichón en la frente, iban locuaces y jaraneros, metiendo á barato el percance; la moza, antecogiendo su cestilla de quesos, que al fin había logrado rescatar; la mujer del empleado cargada con su rorro, que se

abría á puros llantos, sin que la madre le diese más consuelo que decirle—calla que se lo hemos de contar á papá... á papaito,— Trampeta con la mano liada, seguro ya de no desangrarse y nuevamente cebada la curiosidad al saber que el enguantado viajero era el propio cuñado del marqués de Ulloa; el notario de Cebre, tan arrimadito á la moza chata, como la moza á sus quesos; y el Arcipreste, cogido del brazo de Juncal, flaqueándole las piernas, temblándole el cuerpo todo, gimiendo y resoplando.

VII

Los que no tenían casa ni amigos en Cebre, hubieron de dar con sus molidos cuerpos en el mesón que allí toma nombre de fonda; el Arcipreste fué á pedir hospitalidad á su correligionario el cacique Barbacana; y al viajero de los guantes, ó sea don Gabriel Pardo, se lo llevó consigo el médico, sin permitir que se cobijase bajo otro techo sino el suyo, porque desde el primer instante le había *entrado* el cuñado del marqués,—y cuenta que no simpatizaba fácilmente con las personas el bueno de Juncal.

Agasajó á su huésped lo mejor que pudo y



supo, diciéndole á cada rato que su *señora* estaba ausente, pero volvería dentro de un ratito, y entonces se sentarían á *hacer penitencia*. A pesar de las ideas avanzadísimas de Juncal, que con la revolución se habían acentuado aún más en sentido anticlerical y biliosamente demagógico, guardóse bien de informar á don Gabriel de que la susodicha *señora* (nombre con que se llenaba la boca), había sido una panadera de las famosas del pueblo de Cebre: cierto que la de más almidonadas enaguas, limpias medias, rollizos mofletes y alegres y *churrusqueiros* ojos que tenía el país. Por sus muchos pecados, tropezó Juncal en aquel dulce escollo desde su llegada á Cebre, y al fin, después de unos cuantos años de enharinamiento ilícito, un día se fué, como el resto de los mortales, á pedir al párroco la sanción de lo comenzado sin su venia. Y justo es añadir que á su mujer, tan jovial y sencilla ahora como antes, se le daba un ardite de la posición social, y solía decir á menudo:—Cuando yo llevaba el

pan á casa de don Fulano, ó de don Zutano...

—Hasta por un resto de afición á las cosas del oficio, había persuadido á su esposo á que adquiriese y explotase un molino, poco distante del Prado en que el médico presenció el vuelco de la diligencia. Mientras el marido leía ó descansaba, la buena de *Catuxa*, que así llamaba todo Cebre á la señora de don Máximo, era dichosa ayudando al molinero á cobrar las maquilas, midiendo el grano, regateando la molienda á sus antiguas colegas, charlando con ellas á pretexto del negocio, y viviendo perpetuamente en la atmósfera de fino polvillo vegetal á que sus poros estaban hechos.

Envuelta venía aún en flor de harina cuando entró en la salita donde la esperaban Máximo y Gabriel; traía los brazos remangados y el pelo gris como si se lo hubiesen recorrido con la borla impregnada de polvos de arroz, lo cual hacía más brillantes sus ojos, más límpido el sano carmín de sus trigueñas mejillas. Saludó sin cortedad, con expansiva

lisura, y don Gabriel por su parte empezó á tratarla con tan reverente cortesía como á la más encopetada ricahembra; pero en breve comprendió que la complacería mudando de tono, y hablóle con llaneza festiva, sin renunciar por eso á mostrarse deferente y cortés. Ambos matices los notó Juncal, que no tenía pelo de tonto, y creció su inclinación hacia el viajero, que le parecía ahora tan discreto como caritativo antes.

Comieron en una ancha sala con pocos muebles: Catuxa cerró casi del todo las maderas de las ventanas, por las cuales se colaba una delgada cinta de luz, y ofreció á cada convidado una rama de nogal con mucho follaje, para que mientras comían no se descuidasen en espantar las moscas. No hizo ascos á la comida don Gabriel, y alabó como se merecían algunos platos muy gustosos, los pollitos tiernos aderezados con guisantes, las sutiles mantequillas trabajadas en figura de espantable culebrón, con ojos de azabache y una flor de borraja hincada de trecho en

trecho en el escamoso lomo. Tales primores gastronómicos revelaron á don Gabriel que la señora de Juncal trataba bien á su marido y le hacía grata la vida: así era en efecto, moral y físicamente, y por humillante que parezca esta confusión de fuerzas tan distintas, el genio apacible y las mantequillas suaves de Catuxa influían á partes iguales en sosegar la bilis del médico.

Mientras duró el festín, Juncal y su huésped hablaron mucho del lance del vuelco, del escándalo de que menudeasen tanto, de que en no multando á las empresas, éstas hacían su gusto, riéndose de quejas de viajeros y piernas rotas. Informóse don Gabriel de los antecedentes de su curioso compañero de viaje, y al referirle Juncal algunas de sus caciquescas hazañas, se rió recordando la indignación con que Trampeta condenaba en Barbacana otras muy parecidas. A los postres, notó el médico que su huésped parecía molesto, aunque haciendo esfuerzos para disimularlo.

—¿Usted no se encuentra bien?

—No es nada... Parece como si este brazo se me hubiese resentido un poco; me cuesta trabajo moverlo. No se apure usted ahora... Cuando nos levantemos de la mesa tendrá la bondad de reconocérmelo, á ver qué ha sido.

Quería Juncal verificarlo al punto, mas el huésped afirmó que no valía la pena de darse prisa, y el médico en persona preparó el café con una maquinilla de espíritu de vino, mientras Catuxa subía de la bodega una botella de ron muy añejo, guarnecida de telarañas. Tal regalo fué, como suele decirse, pedir el goloso para el deseoso; porque si bien don Gabriel no se negó á gustar el rancio néctar, el caso es que Juncal le hizo la razón con tanta eficacia, que se bebió de él casi la mitad. Siempre había sido Juncal, aun en tiempos en que no se le caía de la boca la higiene, grande amigo del licor de la Jamaica; pero desde que se unió en santo vínculo á Catuxa, la ignorante panadera le obligó á practicar lo que predicaba, cerrando

bajo siete llaves el ron y dándoselo por alquitara, ó en ocasiones muy singulares, como la presente.

Alzados los manteles, retiráronse Juncal y don Gabriel al despacho del primero, donde había estantes de libros profesionales, una cabeza desollada y asquerosísima, con un ojo cerrado y otro abierto, que representaba el *sistema venoso*, estuches y carteras de lancetas y bisturís, y no pocos números del *Motín* y *Las Dominicales* rodando por sillas, pupitre y suelo. Despojóse don Gabriel de su americana de paño gris á cuadros; desabrochó el gemelo de su camisa y la levantó para mostrar el brazo lastimado. Lo palpó Juncal, se lo hizo mover, y observó concienzudamente, por las manifestaciones del dolor, de qué índole y en qué punto residía la lesión. Dos ó tres veces notó en el semblante del viajero indicios de que reprimía un ¡Ay! Con seriedad é interés le dijo:

—No repare usted en quejarse... Estamos á saber qué le duele, y cuánto y cómo.

—Si he de ser franco—respondió sonriendo don Gabriel—me escuece unas miajas. Se conoce que al tratar de mover á aquel buen señor de Arcipreste, todo el peso de su cuerpo y del mío juntos cargó sobre este brazo, que hacía fuerza en la delantera de la berlina... Será una dislocación del hueso.

—No señor; creo que no tiene usted nada más que un tendón relajado, aunque el pronóstico de esta clase de lesiones es muy aventurado siempre, y se lleva uno cada chasco, que da la hora. Si usted fuese un labriego...

—¿Qué sucedería?

—Se lo voy á decir á usted con toda franqueza, por lo mismo que estoy hablando con una persona que me parece altamente ilustrada....

—Por Dios...

—No, no, mire usted que tengo buena nariz, y ciertas cosas se conocen en el olor. Pues lo que haría si usted fuese uno de esos que andan arando, sería llamar á un *atador* ó *algebrista*, de los infinitos que hay por aquí....

—Curanderos?

—Componedores; son al curandero lo que al médico el cirujano operador. Justamente aquí cerca tenemos uno, el más famoso diez leguas en contorno, que hace milagros. Cuando yo llegué de la Universidad, llegué lleno de fantasía, y me enfadaba si me decían que los algebristas pueden reducir una fractura sin dejar cojo ó manco al paciente; después me fuí convenciendo de que la naturaleza, así como es madre, es maestra del hombre, y que el instinto y la práctica obran maravillas.... Con cuatro emplastos y cocimientos, y sobre todo con la destreza manual, que esa raya en admirable...

Decía todo esto Juncal mientras aplicaba compresas empapadas en árnica y vendaba el brazo de don Gabriel.

—Creo—respondió el paciente—que usted habla así por lo mismo que domina su arte y no teme competencias. No todos los médicos pensarán como usted en ese punto...

—Pensar, tal vez, pero no quieren confe-

sarlo; hasta los hay que persiguen de muerte á los algebristas. Los más encarnizados aún no son los médicos, sino los veterinarios,—porque los atadores curan indistintamente á hombres y animales, no reconociendo esta división artificial creada por nuestro orgullo. Eh?

El médico miró á don Gabriel como reclamando su aquiescencia á este rasgo de osadía científica. Don Gabriel sonrió. Se había terminado la cura, y bajaba la manga para vestirse otra vez.

—Y decir—murmuraba el médico ayudándole á pasar un brazo por una manga—que se ha llevado usted ese barquinazo por meterse á redentor de un hipopótamo de cura,..... de un parroquidermo! Suerte tuvo en dar con usted. Yo lo dejo allí en escabeche para toda su vida.

Esto lo insinuaba Juncal con la secreta esperanza de provocar al viajero á espontanearse en política, para saber cómo pensaba y tener el gusto de discutir; pero se llevó chasco,

pues don Gabriel no se dió por aludido, contentándose con hacer un leve ademán, que podía significar:—Usted y cualquiera persona regular obraría como yo.

—Ahora—ordenó Máximo—procure usted no hacer con ese brazo movimiento alguno, pues estas lesiones las cura la paciencia. Quietud y más quietud.

—¡Qué diablura!—exclamó don Gabriel incorporándose.—El caso es que para montar á caballo, tendré sin remedio que usar de él... Porque es el izquierdo.

—Bah! Las caballerías de aquí, lo mismo se rigen con la derecha que con la zurda. Mejor dicho, con ninguna de las dos. Ellas hacen lo que les da la real gana, y salen disparadas así que ven una hembra, y muerden, y bailan el walse, y otros excesos.... ¿A dónde quería usted ir? Si no es indiscreción.

—De ninguna manera. Tengo que ir á la rectoral de Ulloa, y después á los Pazos, á casa de... mi cuñado.

En el rostro del médico se pintó un segundo

la irresolución, el temor de *sobrar* ó *faltar* que tanto acucia á los que llevan mucho tiempo de vida campestre, sin trato que pueda llamarse social. Al fin se determinó, y dijo con cordialidad suma:

—Don Gabriel, no me creará tal vez, pero desde que le ví me ha inspirado simpatía... vamos, yo soy así; soy muy raro; hay gentes que no me llenan nunca, y usted me llenó incontinenti... Estoy con usted ya como si le hubiese tratado toda la vida... No le pondero... Soy franco, y lo que ofrezco lo ofrezco de corazón... Hoy es muy tarde ya para ir á donde usted quiera; ni tampoco conviene que mueva el brazo, al menos en las primeras veinticuatro horas. Ya que está en mi pobre choza, tenga la dignación de quedarse en ella. Sábanas lavadas y cena limpia, no le han de faltar. Mañana por la fresca, después que descanse, le doy mi yegüecita, que la gobernará con la punta de un dedo, cojo otra hacanea, y le acompaño hasta la rectoral de Ulloa... ó hasta el cabo del mundo, si se precisa!

No era don Gabriel hombre capaz de contestar con mil y tantos cumplimientos á una improvisación semejante. Tomó la diestra del médico, la apretó, y dijo con sencillez afectuosa:

—Aquí me quedo, amigo Juncal... Y crea usted que doy por bien empleado el percance.

Sintió Juncal que se ponía colorado de placer... Para disimular la emoción, echó á correr hacia la puerta, gritando:

—Catalina.... Catalina!... Esposa.... Catalina!

Presentóse la lozana panadera, de mandil blanco lo mismo que en sus buenos tiempos, con el pelo alborotado y una sonrisa complaciente en su bermeja y apetecible boca.

—Prepararás la cama en el cuarto del armario grande... Don Gabriel nos hace el favor de se quedar esta noche.

La sonrisa del ama de casa fué al oírlo más alegre todavía; sus ojos chispearon, y pronunció con el acento gutural y cantarín de las muchachas de Cebre:

—De hoy en un año vuelva á quedarse, señor, y que sea con salú.

—Tray un pañuelo de seda, mujer...—murmuró su esposo.—Hay que hacerle un sostén para el brazo malo.

Con prontitud y no sin gracia se quitó *Caxtuxa* el que llevaba á la garganta, que era carmesí con lista negra, y ella misma lo ató al cuello del forastero, diciendo mimosamente, con suavidad del todo galiciana :

—¿Queda así á *gustiño*, señor ?

Don Gabriel agradeció sonriendo. El diminutivo, el calor de la seda que había estado en contacto con la piel de la arrogante moza, le produjeron el efecto de una caricia del país natal, á donde volvía por vez primera después de una ausencia muy prolongada.

VIII

El cuarto que dió Juncal á su huésped era en la planta baja, cerca del comedor, y tenía puertecilla de salida á una especie de patio ó corral, donde por el día escarbaba media docena de gallinas á la sombra de un emparrado. Don Gabriel, al retirarse después de una cena no menos regalada que la comida, sintió deseo de respirar el aire fresco de la noche; apagó la vela, y alzando el pestillo se encontró en el corral. Sentóse en el banco de piedra entoldado por la parra, y encendiendo un papelito y recostándose en la pared, tibia aún del sol de todo el día, empezó á mirar á la oscuridad. La cual era completa, intensi-

sima, sin que la disipase estrella alguna; una de esas noches como boca de lobo, en que le parece á uno más infinito el espacio, más alto é inaccesible el cielo, y la tierra menos real, pues al perder sus apariencias sensibles, sus variadísimas formas y colores, diríase que se funde y desvanece, sin que en ella quede existente más que nuestra imaginación soñadora.

En aquellas remotas y negras profundidades nada vió al pronto don Gabriel, pero al poco rato, fuese merced á los generosos espíritus del añejo ron de Juncal, ó á que era para don Gabriel uno de esos momentos en que hace crisis la vida del hombre, y éste se da cuenta exacta de que entra en un camino nuevo y el porvenir va á ser muy diferente del pasado, comenzó á alzarse del oscuro telón de fondo una especie de niebla mental, una nube confusa, blanquecina primero, rojiza después, y en ella se delinearon y perfilaron cada vez con mayor claridad escenas de su existencia.

Primero se vió niño, en un gran caserón de un pueblo triste, pero no en brazos de su madre, pues no recordaba haberla conocido jamás, sino en los de otra niña casi tan chica como él. Aquella niña era pálida; tenía los ojos grandes y negros, y algo bizcos; solía estar malucha; pero, sana ó enferma, no se apartaba una línea de él. Acordábase de que le llamaba *mamita*, y la hacía rabiar y desquerer con sus travesuras. Un recuerdo sobre todo estaba fijo en su mente. Además de la niña pálida, vivían en el caserón otras niñas sonrosadas, enredadoras y alegres, que le trataban con menos blandura, y aun le cascaban las liendres con el menor pretexto. Un día — podría tener entonces Gabriel cinco años, — se le había ocurrido entrar en el cuarto de la mayor de sus hermanas, Rita, la cual poseía un canario domesticado que cantaba á maravilla y á quien llamaban *el músico*. Gabriel se moría por el canario, y soñaba siempre con imitar á Rita: sacarlo de la jaula, montarlo en el dedo, darle azúcar, y que se

pusiese á redoblar y trinar allí. ¡Era tan gracioso cuando meneaba la cabecita á derecha é izquierda, cuando se sacudía erizando las plumas de oro! Para lograr su deseo, aprovechaba la ocasión de un domingo por la mañana: todo el mundo estaba en misa: momento decisivo y supremo. Escurriase al cuarto de su hermana, y divisaba la jaulita de alambre azul balanceándose ante la vidriera, con su hoja de lechuga entre los hierros, y el pájaro que saltaba de la varilla central, descendía al comedero á triturar un grano de alpiste, y vuelta á la varilla. Contempló ansiosamente el lindo avechucho. ¿Cómo llevarle? Ocurriósele una idea luminosa. Poner una silla sobre la cómoda de su hermana. Mi dicho, mi hecho. Colocarla más ó menos trabajosamente, trepar, encaramarse, echar mano al garfio que sujetaba la jaula, todo se hizo en un verbo. Sólo que la silla, mal afianzada no conservó el equilibrio al inclinarse. Gabriel, y ¡oh dolor! cuando ya tenía en sus manos el deseado *músico*, pataplín! se fué de ca-

beza al suelo, jaula en mano, desde una regular altura. Recibió el golpe en la frente, y quedóse breves momentos aturdido. Al recobrar los espíritus se encontró con que tenía asida la jaula por la argolla... La jaula sí: pero el músico? Gabriel miró hacia todas partes, y al pronto nada vió, ó por mejor decir, vió algo que le paralizó de terror: en una esquina, el gatazo de la casa, tendido en postura de esfinje que acecha, contemplaba inmóvil un punto de la estancia... Gabriel siguió la dirección de aquellas pupilas de esmeralda, y divisó al músico, todo anhelante aún del golpe y del susto, hecho un ovillo entre los pliegues del cortinaje que cubría la vidriera.... El niño perdió completamente la sangre fría, y loco de miedo, púsose á hacer lo más conveniente para el gato: sacudir la cortina y espantar al pajarillo. El aturdido músico revoloteó un momento, dió contra los cristales de la ventana, y dolorido y exánime, vino á caer sobre la almohada de la cama de Rita.... Horror!.... el gato en acecho

pega un brinco de tigre.... ¡Adiós, música!

Gabriel, como Caín después de matar á su hermano, había corrido á esconderse al cuarto más oscuro de la casa, en que se guardaban baúles y trastos, y donde no tardó en descubrirle Rita al volver de misa y encontrarse con la jaula por tierra y algunas plumas amarillas, espeluznadas y sanguinolentas, revoloteando sobre su lecho...—Pícaro, infame! te he de desollar vivo, muñeco del demonio! te he de estirar las orejas hasta que sangren!— Los oídos de Gabriel apenas pudieron recoger el sonido de estas ternezas, porque al mismo tiempo diez deditos recios y furiosos le tiraban con cuanta fuerza tenían de las orejas... Y luego pasaban á los carrillos, escribiendo allí los mandamientos, y después bajaban á parte que es ocioso nombrar, y se daban gusto con la mejor mano de azotaina que recuerdan los siglos; y en pos las uñas, por no quedar desairadas, se ejercitaron en pellizcar y retorcer la carne, ya hecha una amapola, hasta acardenalarla de veras, y en

seguida, sin darle al culpable tiempo ni á gritar, le asieron de las muñecas, le llevaron arrastrando al desván, le metieron allí, echaron la llave... Al punto mismo se oyó en la puerta el altercado de dos vocecillas, y en pos la brega de dos cuerpos... Giró la llave otra vez, y la *mamita* pálida, la hermana protectora, entró anhelante, desgñada y victoriosa, cogió en brazos á su niño, lo arrebató á su cuarto, lo curó, lo calmó, se lo comió á besos y á cariçias....

¡Qué ojeriza le profesó desde aquel día Gabriel á la hermana mayor! ¡Cómo se acostumbró á envolverse en las faldas de la pequeña, hasta que fué adquiriendo su autonomía al desarrollársele el vigor masculino, con el cual, á los diez ó docé años podía más él solo que lo que llamaba despreciativamente el gallinero de sus hermanas!

Se veía concurriendo al Instituto de segunda enseñanza, aprendiéndose por la noche de malísima gana la conferencia que había de dar al día siguiente, y merced á la fuerza

y precisión con que se nos presentan ciertos recuerdos, en la negra inmensidad nocturna veía destacarse, como en el cristal de un claro espejo, al estudiantillo inclinado sobre el libro enfadoso, dando tormento con nerviosa mano á los mechones de pelo que le caían sobre la frente, ó pintando soldados con fusil al hombro y barcos y todo género de monigotes sobre el margen de las páginas, mientras torturaba la memoria para incrustar en ella, por ejemplo, los *pretéritos* y *supinos* de la *segunda conjugación*, *moneo*, *mones*, *monere*, *monui*, *mónitum*, *avisar*... que los compañeros de clase se apuntaban unos á otros de esta manera: *mono*, *mona*, *monitos*, *monitas*, *micos*... Al recordar semejantes puerilidades, se sonreía don Gabriel... ¡Cuántas veces recordaba haberse levantado y llamado á su hermana!

—Nucha, tómame la lección, que me parece que ya la sé.

Luego una impresión imborrable: la marcha de Santiago, el ingreso en el colegio de

artillería de Segovia, los días terribles de la *novatada*, la sujeción al *galonista*, el llanto de furor reconcentrado que le abrasó las pupilas cuando por primera vez tuvo que limpiarle y embetunarle las botas... Y siempre el recuerdo de su hermana, para la cual, más bien que para su padre, se hizo fotografiar apenas vistió, radiante de orgullo y alegría, el uniforme del cuerpo, y de la cual hablaba á sus primeros amigos de colegio con tal insistencia y exageración, que alguno de ellos, sin conocerla, se puso á escribirle cartitas amorosas que leía á Gabriel... Luego, la confusión abrumadora de los primeros estudios serios, de las matemáticas sublimes, de tanta abstrusidad como tenían que meterse en la divina chola para los exámenes... Ahora que Gabriel reflexionaba acerca de tales estudios y mentalmente pasaba lista á sus compañeros de academia, maravillábase pensando que de aquella hueste nutrida desde sus tiernos años con tanta trigonometría rectilínea, tanta álgebra y tanta geometría del espacio, no ha-

bía salido ningún portentoso geómetra, ningún autor de obras profundas y serias, ni siquiera ningún estratégico consumado, y al contrario, por regla general, apenas se encontraba compañero suyo que al terminar la carrera se distinguiese por algún concepto, ó rebasase del nivel de las inteligencias medianas... Mucho caviló sobre el caso don Gabriel, y vino á dar en que la balumba algebraica, el cálculo, las geometrías y trigonometrías se las aprendían los más de memoria y carretilla, á fuerza de machacar, para vomitarlas de corrido en los exámenes; que los alumnos salían á la pizarra como sale el prestidigitador al tablado, á hacer un juego de cubiletes en que no toma parte el entendimiento; y que esta material gimnasia de la memoria sin el desarrollo armonioso y correlativo de la razón, antes que provechosa era funesta, matando en germen las facultades naturales y apabullando la masa encefálica que venía á quedarse como un higo paso. Todo esto se le había ocurrido á *posteriori*.

En el colegio estaba lleno su corazón de esa buena fe absoluta de los primeros años de la vida, y ni soñaba en discutir las opiniones admitidas y las fórmulas consagradas: creía cuanto creían sus compañeros, viviendo persuadido como ellos de que ciertos profesores eran pozos de ciencia, aunque no se les conocía lo bastante, por encontrarse un tantico *guillados* del abuso de las matemáticas... Con el pundonor innato que le obligaba en Santiago á repasar de noche la lección, Gabriel se aplicó á aprender todas aquellas diabluras del programa, y como su inteligencia era sensible y fresca su retentiva, adelantó, adelantó... Recordaba, no sin cierta lástima de sí mismo, que había hecho unos estudios brillantes. Le alabaron los profesores, despertósele la emulación, no perdió curso...

Sólo hubo una temporada, poco antes de salir á teniente, en que atrasó bastante, poniéndose á dos dedos de ser *perdigón*. Fue al recibir la noticia de la muerte de su mamita, su hermana Nucha... Se la escribió

su padre en persona, cosa que no ocurría sino en las ocasiones solemnes, pues el hidalgo de la Lage no se preciaba mucho de pendolista. Gabriel recordaba que en el primer momento sólo había sentido un asombro muy grande al ver que semejante desgracia no le producía más efecto. Con la carta abierta en la mano, miraba en torno suyo, pasando revista á todos los muebles del gran dormitorio artesonado, contando los hierros de las camas. Hasta recordaba haber acabado de abrocharse los botones de la levita de uniforme, faena interrumpida cuando llegó la carta fatal. Luego, de repente, daba dos ó tres pasos vacilantes, sepultaba el rostro en la almohada de su lecho, y empezaba á llorar á gotitas menudas, rápidas, que se le metían entre el naciente bigote y de allí se le colaban á los labios, con un sabor tan amargo!

¡Su pobre *mamita*! ¡Con qué vanidad le había él enviado su retrato; con qué orgullo había comprado, de sus economías, una sortija de oro para regalársela en su boda! ¡Qué

admiración gozosa, unida á unos asomos de infantiles celos, había sentido al saber que su hermana tenía una chiquilla... ¡Monada como ella! ¡Una chiquilla! Y ahora... fría, callada, apagados aquellos dulces y vagos ojos, metida en un ataúd, muerta, muerta, muerta!

Bien seguro estaba de no haber querido probar bocado en dos días. ¡Cómo le mortificaban los consuelos de sus compañeros y amigos! Eran bien intencionados, eso sí; pero indiscretos, inoportunos, fuera de sazón, como suelen ser los afectos en la zanza é ingrata edad de la adolescencia. Empeñábanse en divertirlo, en llevárselo al café, ó á ver una compañía de zarzuela... ¡De zarzuela! Gabriel necesitaba un médico. A los ocho días se le declaraba una fiebre nerviosa, en la cual le contaron que había delirado con su *mamita*, diciendo que quería irse junto á ella, al cielo ó al infierno, donde estuviese... Pronto convaleció, y quedó más fuerte y más hombre, como si aquella fiebre hubiera sido

la solución de una crisis lenta de pubertad tardía, acaso retrasada por estudios prematuros... Salió á teniente, y recordaba el orgullo de los galones y el de un hermoso bigote castaño, ya poblado, que se propuso no afeitar nunca.

Pasó de la academia al siglo con la entidad moral que imprimen los colegios de carreras especiales, y señaladamente el de artillería: segunda naturaleza, de la cual sólo se desprenden, andando el tiempo, los que poseen gran espontaneidad ó cierto instinto crítico, y que sobrevive aun en los que se retiran, aun en los mismos que reniegan de la carrera y manifiestan que les causa hondo hastío el uniforme... Volviendo atrás la vista, Gabriel se asombraba de ser aquel muchacho que salió del colegio tan artillero, tan imbuído de ciertas altaneras niñerías que se llaman espíritu de cuerpo, tan convencido de la inmensa superioridad del arma de artillería sobre todas las demás del ejército español y aun del mundo, y en particular tan arisco, tan dado

á esa cosa particular que en el cuerpo llaman *la peña*, tendencia mixta de orgulloso retraimiento y de feroz insociabilidad, que en él llegaba al extremo de pasarse tres horas en la esquina de una calle de Segovia, atisbando el momento en que saliesen de su casa unas señoras á quienes su padre le ordenaba visitar, para cumplir con dejarles una tarjeta en la portería.

¡Y que apenas era él entonces reaccionario, como los demás individuos del noble cuerpo! Sentía un odio profundo hacia las ideas nuevas y la revolución, la cual justo es decir que se hallaba en su más desatentado y anárquico período. Lo que Gabriel no le perdonaba á la setembrina maldecida, era el haberle echado á perder su España, la España histórica condensada en su cabeza de estudiante asiduo y formal, una España épica y gloriosa, compuesta de grandes capitanes y monarcas invictos, cuyos bustos adornaban el Salón de los Reyes en el Alcázar. Gabriel se tenía por heredero directo de aquellos

héroes acorazados, esgrimidores de tizona. Arrinconados el montante y la espada, la artillería era el arma de los tiempos modernos. ¡Qué de ilusiones y de fermentaciones locas producía en Gabriel el solo nombre de batalla! Á la idea de barrer á cañonazos un reducto enemigo, le parecía no caberle el corazón en el pecho, y un frío sutil, el divino escalofrío del entusiasmo, le serpeaba por la espina dorsal. En esta disposición de ánimo le incorporaban á una batería montada y le enviaban á la guerra contra los carlistas en el Norte....

Quince días á lo sumo recordaba que duraron sus fantasías heroicas. No eran aquellas las marciales funciones que había soñado. Si en las rudas montañas de Vasconia no faltaban las fatigas propias de la vida militar, los fríos, los calores, el agua hasta el tobillo, la nieve hasta media pierna, las raciones malas y escasas, el dormir punto menos que en el suelo, la ropa hecha girones, cuanto constituye el poético aparato de la campaña, en

cambio no veía Gabriel el elemento moral que vigoriza la fibra y calienta los cascos; no veía flotar la sagrada bandera de la patria contra el odiado pabellón extranjero. Aquellas aldeas en que entraba vencedor, eran españolas; aquellas gentes á quienes combatía, españolas también. Se llamaban carlistas, y él ama-deísta: única diferencia. Por otra parte la guerra, aunque civil, se hacía sin saña ni furor; en los intervalos en que no se disparaban tiros, los destacamentos enemigos, divididos sólo por el ancho de una trinchera, se insultaban festivamente, llamándose *carcas* y *guiris*; también se prestaban pequeños servicios, pasándose *El Cuartel Real* y *El Imparcial* de campo á campo; y en los frecuentes ratos de tregua, bajaban, se hablaban, se pedían fuego para el cigarro, y el teniente de artillería *guiri* fraternizaba muy gustoso con los oficiales *carcas*, tan buenos mozos y tan elegantes y marciales con sus guerreras orladas de astracán, á cuyo lado izquierdo lucía el rojo corazón del *detente*, y sus boinas con bor-

la de oro, gentilmente ladeadas. A menudo hasta le sucedía á Gabriel dudar si el deber y la patria estaban del lado acá ó del lado allá de la trinchera. A pesar de las burlas con que sus compañeros acogían los *pepinillos* carlistas, en el campamento se contaban maravillas de la improvisada artillería de don Carlos, organizada en un decir Jesús, por un par de oficiales que habían ingresado en sus filas y algunos cabos y sargentos listos; cosa que inducía á Gabriel á pensar que no se necesitaban tantas matemáticas de colegio para santiguar al enemigo á cañonazos. Sí; Gabriel cumplía con su obligación; pero sin calor ni fe. Batirse, corriente, para eso vestía el uniforme; otra cosa que no se la pidieran. Un casco de metralla saltaba los sesos á su asistente, aragonés más cabal que el oro, á quien Gabriel profesaba entrañable cariño, y su muerte le causaba la impresión de haber presenciado un aleve asesinato, más bien que un episodio bélico.

Entre la oscuridad nocturna, Gabriel Pardo

sonreía á la reminiscencia de un recelo que le apretó mucho por entonces. Al encontrarse tan frío en medio de las escaramuzas, al conocer que le hastiaba la guerrilla y la tienda, recordó que se había interrogado á sí mismo con un miedo atroz... de tener miedo.

—Si seré un cobardón? ¿Si tendré la sangre blanca?

Al ver cómo le felicitaban unánimemente los jefes y los compañeros por su *serenidad*, comprendió que lo que padecía era atrofía del entusiasmo. Y así le cogió la disolución del cuerpo de artillería por decreto revolucionario. Casi se alegró. Ya no tenía cariño al uniforme. Y sin embargo, todavía el *espíritu de cuerpo* le dominaba. Le cruzó por las mientes irse al campo carlista, y no lo hizo, porque los compañeros habían determinado «aguardar, estar á ver venir.» Se fué á Madrid, hospedándose en casa de unos parientes encumbrados, un título primo de su madre.

¡Cuántos recuerdos se le agolpaban! La noche oscura parecía poblarse de estrellas y

constelaciones, de centelleos misteriosos.... Gabriel sentía una impresión, frecuente en las personas á quienes la viveza de la fantasía y de la sensibilidad hacen pasar, durante una existencia relativamente corta, por muchas y muy variadas fases psíquicas. Admirábase del cambio producido en él por aquellos meses de residencia en Madrid, y al mismo tiempo, se sorprendía *ahora* de lo que se había realizado en él *entonces*, y no creía ser la misma persona, sino evocar la historia de otro hombre. Él no fué ni pudo jamás el brillante y frívolo mancebo á quien tan especiales agasajos y tan lisonjera acogida dispensaron las damas de alto copete, que le obsequiaban por oficial del cuerpo hostil á la Revolución y por hidalgo provinciano, pero de vieja cepa, de veintitantos abriles y gallarda figura. ¡Cuán dulces bromas le habían sido disparadas entonces por risueños labios, recalcadas por el guiño semi-altanero y semi-picaresco de algunos flecheros ojos de rica hembra, á propósito de su afición á *la peña*, entonces erigida en so-

ciudad reaccionaria, ojalatera del alfonsismo! Gabriel en el fondo se sentía muy *peñasco*, igual que antes, y abominaba de saraos y visitas de cumplido, de andar poniéndose el frac y el ramito en el ojal, de saludos en la Castellana y bailes por todo lo fino; pero el asunto es que iba, iba, iba, seguía yendo, arrastrado por una blanca mano cuya piel suave le causaba mareos deliciosos.... Era una viuda, hermana de la mujer de su primo, en cuya casa vivía; hermosa hembra de treinta y tantos, dotada de ingenio, oro y blasones... Gabriel no había tenido sino aventuras de alojamiento ó de días de salida en Segovia. Volvióse loco, y un día, con la mente y la sangre caldeadas, habló de bodas, para asegurar hasta el fin de la vida la dicha actual... Se le rieron blandamente, y como insistió, le pusieron de patitas fuera del paraíso. ¡Qué crujida, Dios! Gabriel, al pensar en ella, se admiraba de su juventud, de su sincera pasión y de sus románticos desvaríos. Lo de menos era no dormir, no comer, sufrir abra-

sadora calentura, beber y jugar para aturdirse.... ¿Pues no se le ocurrió cierta mañana mirar con ojos foscos y extraviados un par de pistolas inglesas?... Aquello sí que tuvo gracia! discurría hoy el hombre de pelo ralo acordándose de las fogosidades del teniente...

El caso es que con el desengaño amoroso, se había vuelto más peñasco que nunca. Por entonces, apartado ya del gran mundo y de sus pompas y vanidades, sin que le quedase más rastro que los buenos modales adquiridos, ese baño delicadísimo que sobre la corteza brusca del tenientillo recién salido de la academia derrama el trato con damas y el ingreso familiar en círculos selectos — baño permanente cuando se recibe en la primera juventud—empezaron para Gabriel estudios libres que se impuso á sí propio. Convencido de que podía beber bastante alcohol sin emborracharse, y de que la embriaguez en él jamás era completa, dejándole siempre cierta lucidez dolorosa; de que el *fatal tapete verde* no le divertía, y de que las mujeres, no que-

riéndolas mucho, le eran casi indiferentes, se dió á la lectura por recurso, y en ella encontró la deseada distracción, y la convalecencia de aquella herida al parecer tan profunda, y que en realidad no pasaba de la epidermis.

Con los libros sí que se había emborrachado de veras. Eran obras de filosofía alemana, unas traducidas al francés, otras en pésimo y bárbaro castellano. Pero Gabriel, más reflexivo que artista, más sediento de doctrina que de placer, no se entretenía con la forma; íbase al fondo, á la médula. Las matemáticas del colegio le tenían divinamente preparado para las peliagudas ascensiones de la metafísica y las generosas quintesencias de la ética. Eran sus actuales estudios lo que el riego á la planta tierna cuyas raíces penetran en terreno bien cultivado y removido ya. La inteligencia de Gabriel se abría, comprendiendo períodos enrevesados y diabólicos, y lisonjeaba su orgullo el que los demás afirmasen no poder entender semejante monser-

ga. Sus nuevas aficiones le pusieron en contacto con muchos jóvenes, prosélitos de la entonces flamante y boyante escuela krausista. Y resolvió que él era kantiano á puño cerrado, pero sin aplicar el método crítico del maestro, como entonces se decía, más que á las cosas de *la ciencia*; para las de *la vida* se agarró con dientes y uñas á la ética de Krause. No sólo renegó de las aventuras, los naipes y el absintio, sino que empezó á aquilatar con más que monjiles escrúpulos la trascendencia y móvil de sus menores actos, á tener por grave delito el asistir á una corrida de toros ó á un baile de máscaras. Ponía cuidado especial en que no saliese de sus labios ni siquiera una mentira oficiosa, en no defraudar á nadie, en vivir de tal manera que sus acciones fuesen claras como el agua, honradas y serias... ¡La seriedad sobre todo!... Por las noches hacía examen de conciencia; por las mañanas elevaba, al despertarse, el pensamiento á Dios—al Dios impersonal y sin entrañas! Reprimidos los impulsos y ar-

dores juveniles por la especie de fiebre filosófica que le abrasaba dulcemente el cerebro, sentía en las iglesias, á donde asistía con frecuencia suma, impulsos místicos, ternuras inexplicables, ganas de llorar, y entonces se creía *intimo con el sér...*

¿Cuánto había durado? ¿Cuánto? Las cosas políticas se encrespan; la demagogia y el cantonalismo escupen fuego y sangre; los carlistas medran, pululan, brotan por todas partes con armamento y municiones; Castellar llama á los artilleros; Gabriel duda, recela, se alarma ante la perspectiva de verter sangre humana; por fin sus nuevas ideas liberales y una carta de su padre le deciden; va otra vez al Norte. Rodéanle sus antiguos amigos; en la maleta del teniente vienen sin duda la *Analtica*, la *Crítica del juicio*, la *Crítica de la razón pura*, la *Teoría de lo infinito*; pero á la primer marcha forzada, á la primer bocanada de aire montañés, al primer encuentro, á la primer tertulia en la tienda de campaña, parecele que entre él y los maestros de su entendi-

miento se interpone una muralla, un velo oscuro, y que en su alma se derrumba, sin saber cómo, un edificio vasto. Y con el bienestar físico que producen el ejercicio y la actividad después de una vida contemplativa y sedentaria; y la reacción violenta, propia de los temperamentos nerviosos y los caracteres impresionables, á los pocos días el teniente no se acuerda de Kant, da al diablo los *Mandamientos de la humanidad*, y muy á gusto se deja arrastrar á las distracciones del compañerismo, á los lances de la campaña y los episodios de alojamiento. La guerra se hace ya con más empuje, en vista del desaliento y merma de las fuerzas carlistas: Gabriel bate el cobre con fe, persuadido de que el orden y la libertad están en las negras entrañas de los cañones de su batería; fraterniza con bandidos contraguerrilleros, lee con afán los periódicos políticos, vive de acción y de lucha, y todas las mañanas se levanta determinado á salvar á España... España le había dado en cambio la

efectividad de capitán. Mas el golpe de Estado de Pavía y luego la proclamación de don Alfonso, que tanto alegraron á todo el noble cuerpo, le cortaron las alas del espíritu á Gabriel Pardo, que era republicano teórico y andaba entonces vuelto tarumba por un orden de cosas muy recto y sensato, al modo sajón. Al otro día de recibir el grado de comandante, viendo la guerra próxima á su fin, desilusionado más que nunca y sin gusto para pelear, recordaba haber tomado el camino de la corte.

Qué vida tan sosa al principio la suya! Mal visto entre sus compañeros á causa de sus opiniones políticas; sin trato con sus antiguas relaciones; sin ánimos para volver á sepultarse en los libros de metafísica que eran hoy para él lo que la envoltura de la oruga cuando ya voló la mariposa, sintió de repente, convirtiendo los ojos hacia sí mismo, que no le quedaba en lo más íntimo sino descreimiento y cansancio. ¿Quién ó qué le había demostrado la inanidad de sus filosofías? Nadie. La

fe no se destruye con razones: es error imaginar que hay argucia que eche abajo un sentimiento. La fe es como el amor—bien lo advertía Gabriel.

¿Hay en el mundo del pensamiento algún asidero firme?—discurrió entonces. Casualmente empezaban las corrientes positivistas: hablábase de realidades científicas, de doctrinas basadas en hechos de experimentalismo. El comandante se propuso estudiar á fondo alguna ciencia, como se estudian las cosas para saberlas de verdad, y adquirir la suspirada certeza. Tenía un amigo, ex-profesor de geología en la Universidad, de donde le expulsara el decreto de Orovio. Se puso bajo su dirección, y consagró seis horas diarias á trabajos de pormenor. Hacía unos cortes en las piedras y luego se desojaba mirándolos al microscopio. Se cansó á cosa de medio año. La certeza consabida, por las nubes. Encontraba relaciones lógicas y armoniosas entre lo creado, leyes impuestas á la materia por voluntad al parecer inteligente, dependencia

y conexión en los fenómenos; pero el enigma seguía, el misterio no se disipaba, la sustancia no parecía, la cantidad de *incognoscible* era la misma siempre. Gabriel tenía sobrada imaginación para sujetarse á la severa disciplina científica sin esperanza ni objeto, y fueron disminuyendo sus visitas al laboratorio de su amigo. ¿Y no había otra razón?... Pues, á decir verdad....

Muy aficionado á la música, Gabriel estaba abonado á una butaca del Real—tercer turno. Resplandecía el regio coliseo con la animación que le prestaba la buena sociedad ya completa y la restaurada monarquía: y, más que teatro, parecía elegante salón cuajado de beldades. Al lado de Gabriel sentábanse un machucho brigadier de artillería y su joven esposa, deidad murciana, de árabes ojos, que á cada acorde de la música, ó á cada nota de los amorosos dúos, se posaban en los del comandante, deteniéndose un poco más de lo necesario. El brigadier, fumador empedernido, no recelaba salir en los entreac-

tos dejando á su esposa bajo la salvaguardia del subalterno. ¡Bendito señor, pensaba Gabriel, y cómo lo hizo Dios de confiado! Á lo mejor el brigadier fué destinado á Filipinas, y partió llevándose á su cara mitad. Gabriel, medio loco, según su costumbre en casos tales, habló de pedir el traslado... la hermosa brigadiera se negó, afirmando que su marido ya tenía sospechas, que el viaje era celosa precaución, y que si se encontraba con el comandante llovido del cielo en Manila, habría la de Dios es Cristo. Y el enamorado la vió partir sin que nublaste aquellos ojazos de terciopelo la humedad más leve... No, lo que es de esta vez, el comandante no hacía memoria de haber pensado en suicidios, pero cayó en misantropía amarga, rabiosa y prolongadísima que paró en un ataque de ictericia de los de padre y muy señor mío. Destinado á Barcelona... ¡qué temporada la que pasó en la ciudad condal! ¿Cómo es posible aburrirse tanto y quedar con vida? A enfrascarse otra vez en los libros: no de filosofía ya,

sino de ciencia militar, estudiando las propiedades formidables de las materias explosivas que nuestro siglo refina y concentra á cada paso, lo mismo que si el objeto supremo de tanto adelanto, de tanto progreso, fuese una conflagración universal. A leerse cuánto encontró sobre el asunto en revistas alemanas é inglesas, encargando obras especiales, y escribiendo dos ó tres artículos en que lo resumía y exponía con bastante claridad, publicados en los periódicos y que le valieron ser citado como una gloria del cuerpo. Por más señas que entonces fué cuando se le chamuscó la cara probando pólvora, y se le metieron unos cuantos granos en la mejilla. Ocurrióle la idea de gestionar que le diesen una comisión para el extranjero; lo consiguió, viajó por Francia, Alemania, Inglaterra, países que él creía cifra y compendio de la civilización posible. Al pronto, impresión pesimista: Francia era una gran tienda de modas, Alemania un vasto cuartel, Inglaterra un país de egoístas brutales y de

10

TOMO I

DANIEL CORTEZO Y C.^ª EDITORES

CALLE DE PALLARS.

BARCELONA

Biblioteca Nacional de España

hipócritas niños. Pero al regresar á España, al notar el dulce temblor que sólo las almas de cántaro pueden no sentir en el punto de hollar otra vez tierra patria, mudó de opinión sin saber por qué: echó de menos el oxigenado aire francés, y le pareció entrar en una casa venida á menos, en una comarca semi-salvaje, donde era postiza y exótica y prestada la exigua cultura, los adelantos y la forma del vivir moderno, donde el tren corría más triste y lánguido, donde la gente echaba de sí tufo de grosería y miseria... Al acercarse á Madrid y atravesar los páramos que lo rodean, al subir por la cuesta de Areneros, al ver las calles estrechas, torcidas, mal empedradas, el desanimado comercio, al oír el canturrear de los ciegos y el pregón de la lotería, pensó encontrarse en uno de esos prehistóricos poblachones de Castilla, fosilizados desde el tiempo de los moros... Madrid! Ese era Madrid... esa era España... la España santa de sus ensueños de adolescente!

Empezó á hablar, mejor dicho, á perorar donde quiera que encontraba auditorio, proponiendo una campaña activísima, especie de coalición de todos los elementos intelectuales del país, á fin de civilizarlo é impulsarlo hacia senderos donde no quería el muy remolón sentar el pie... Un día, en el Centro militar, al caer la tarde, Gabriel sorprendió un diálogo de sofá á butaca.

—¿Y el comandante Pardo?—preguntaba el sofá.—¿Le ha visto usted desde que ha llegado de su excursión por tierras de extrangis?

—Ayer me le encontré en la Carrera...—respondía la butaca.

—¿Y qué cuenta? ¿Viene entusiasmado?

—¿Entusiasmado? Decidido á que crucen por doquier caminos y canales. Siempre dije yo que se guillaba; pero ahora, me ratifico. Sonámbulo. Chifladísimo.

—De remate—confirmó el sofá,

No hizo falta más para que el gran reformador entrase á cuentas consigo mismo.—

¿Será cierto, Gabriel? ¿Serás tú un chiflado, un badulaque que se mete á arreglar lo que no entiende, que todo lo intenta y de todo se cansa, y que se acerca ya á la madurez sin encontrar ancla donde amarrar el bajel de la vida? Soldadito de papel, ¿cuántos caballos te han matado ya? Pero, ¿es culpa tuya si esos caballos no los montas frescos, sino rendidos y exánimes? ¿Has pedido tú tantas gollerías? Verbigracia: ¿qué le pediste al amor? Sinceridad y firmeza: qué diantre! tú ibas derecho al término de la pasión, que se sobrepone y debe sobreponerse á intereses mezquinos... Y á la filosofía, á la ciencia? Certidumbre: una regla moral para seguirla, un Dios en quien creer, á quien elevar el alma. Y al uniforme que vistes, y á la patria á quien sirves, y á las convicciones políticas que profesas? Un ideal á quien sacrificar todas las energías, todo el calor que te sobra... ¡Vive Dios! Que á cada cosa le pedías tú lo justo, lo que puede y debe contener, y nada más. ¿Es culpa tuya si el amor es distracción frívola, la ciencia

nombre pomposo que disfraza nuestra ignorancia trascendental y la política farsa más triste y vil que todas?

Al llegar á esta parte de sus recuerdos autobiográficos, alzó Gabriel la vista al cielo, como buscando huellas del poder augusto que rige nuestro destino terrestre. Y eso que él sabía que aquel gran espacio oscuro que le envolvía por todas partes no era más que el firmamento astronómico, con sus millares de millares de soles, de planetas, de mundos chicos y grandes...

¿Tendrán razón los que creen que andan las almas viajando por ahí?—pensaba, al acordarse de la muerte de su padre. Por cierto que no la había sentido con la misma fuerza que la de su hermana, porque Gabriel y don Manuel Pardo eran naturalezas que no simpatizaban: pertenecían á dos generaciones muy diversas, y en realidad no se entendían; con todo, vino el dolor natural y justo, pues siempre hace su oficio la sangre. Bastante abatido llegó Gabriel á Santiago... Y apenas

hubo puesto el pie en el caserón solariego —ya suyo,—de los envejecidos muebles, de los cuadros cuyo asunto tenía clavado en la memoria, de las cortinas de apagado color, de los rincones familiares, se alzó radiante, amorosa, poetizada por la muerte y la distancia, la imagen, no de su padre, sino de su hermana Marcelina, la *mamita*, la única mujer que con desinteresado amor le había querido; y aquellas lágrimas que un día lloró el alumno, el mancebo colegial, subieron ahora más que á los párpados, al corazón de Gabriel, derramándose en benéfico rocío. Recorrió toda la casa: buscaba en ella no sé qué; tal vez un fantasma—el del tiempo pasado! El caserón estaba solitario, triste, sin otros moradores que una criada antigua, cuyas perezosas chancletas, así como el hálito de un cascado reloj de pared, era lo único que pugnaba con el alto silencio de los salones y corredores vacíos. Ninguna de las tres hermanas que tenía vivas Gabriel había acudido allí para acompañarle: todas estaban ca-

sadas, la menor mal, con un estudiante de medicina, hoy médico de un partido; la otra con un hidalgo rico de la montaña; la mayor con un ingeniero andaluz, con quien residía en una provincia distante. Gabriel escudriñaba todas las habitaciones, tocaba con una especie de devoción y de pueril curiosidad los objetos que por allí andaban diseminados. En el que fué cuarto de su *mamita* encontró detrás del tocador horquillas, una caja de polvos, un alfiler grueso: lo manoseó todo: probablemente sería *de ella*. Sobre la cabecera del difunto don Manuel campeaba un ramo de pensamientos trabajado en pelo negro, encerrado en un marco de madera oscura: abajo decía en letrita cursiva y muy regarabateada: *Nucha á su querido papá*. Gabriel pegó los labios al cristal, besando religiosa y lentamente la reliquia. Después se dejó caer en una butaca que tenía los muelles rotos, vencidos del enorme peso de don Manuel Pardo de la Lage, y sus meditaciones tomaron un giro inusitado.

¿Cómo no se le habría ocurrido antes? ¿Por qué, hasta que circunstancias fortuitas le arrojaron al hogar viejo, no le cruzó por las mentes idea tan sencilla... perogrullada semejante? ¿Es posible que se pase un hombre la vida con la linterna de Diógenes en la mano, buscando sendas y probando derroteros, cuando la felicidad le está prevenida en el cumplimiento de la ley natural? La esposa, el hijo, la familia; arca santa donde se salva del diluvio toda fe; Jordán en que se regenera y purifica el alma.

Varias veces había notado don Gabriel la irresistible tendencia de su imaginación viva, ardorosa y plástica, á construir, con la vista de un objeto, sobre la base de una palabra, un poema entero, un sistema, una teoría vasta y universal, llegando siempre á las últimas y extremas consecuencias: propensión que le explicaba fácilmente los muchos desengaños sufridos y aquello que llamaba él *caérsele muertos los caballos*. Le sucedía también que la experiencia no le enseñaba

á cautelar, y cada nueva construcción la emprendía con igual lujo y derroche de ilusiones y esperanzas. En la vieja poltrona paterna, ante la cama de dorado copete donde tal vez había venido al mundo, comenzó á edificar un palacio conyugal, sintiendo el tiempo perdido y lamentando no haber caído antes en la cuenta de que todo sujeto válido, todo individuo sano é inteligente, con mediano caudal, buena carrera é hidalgo nombre, está muy obligado á *crear una familia*, ayudando á preparar así la nueva generación que ha de sustituir á ésta tan exhausta, tan sin conciencia ni generosos propósitos.

—Yo no soy un chiflado—pensaba don Gabriel, respirando sin percibirlo por la herida.—Yo soy víctima de mi época y del estado de mi nación, ni más ni menos. Y nuestro destino corre parejas. Los mismos desencantos hemos sufrido; iguales caminos hemos emprendido, y las mismas esperanzas quiméricas nos han agitado. ¿Fué estéril todo? ¿Hemos perdido malamente el tiempo? ¿Sen-

tenciados vivimos á no producir ni fundar cosa alguna? Cansados, sí, porque el cansancio sigue á la lucha; pero ¿no hemos aprendido, ni progresado nada? Yo, sin ir más lejos, ¿soy el mismo que cuando salí del colegio? ¿No ha ganado algo mi educación externa desde que frecuenté el gran mundo? El suceso de mis amoríos malogrados ¿no me curó y preservó de ilícitos y torpes devaneos? Aquellos libros que no me dieron la certeza, ¿por ventura no me cultivaron y ensancharon el entendimiento, no me hicieron más recto, más tolerante y más reflexivo? Mis sueños de gloria militar, mis rachas políticas, ¿no sirven, cuando menos, para probarme á mí mismo que aspiro á algo superior, que me intereso por mi raza y por mi patria, que siento y que vivo? No, Gabriel, lo que es de eso no hay por qué arrepentirse. Y á no ser por tus años de peregrinación y aprendizaje, ¿valdrías hoy para fundar casa, para contribuir en la medida de tus fuerzas á la regeneración de la sociedad y á la depura-

ción de las costumbres... para formar á tus hijos... ¡si Dios...!

Cuando el nombre divino surgía, ya que no de los labios, del espíritu del comandante, iba el crepúsculo lento de una tarde del mes de Mayo difumando los objetos y haciendo más melancólica la soledad del vacío dormitorio paternal. Sintió Gabriel que el corazón se le llenaba de ternura, y no sabiendo cómo desahogarla, llamó cariñosamente á la decrepita servidora, y en tono festivo, en voz casi humilde, pidióle que trajese luz.

Así que la bujía quedó colocada sobre la cómoda de su padre, fijáronse los ojos de Gabriel en el antiguo mueble, muy distinto de los que hoy se construyen. La cubierta hacía declive, y recordaba Gabriel que al abrirse formaba un escritorio, descubriendo una especie de templete con columnas, y múltiples cajoncitos adornados de raras herrajes, que ocultaban *secretos*. ¡Secretos! De niño, esta palabra le infundía curiosidad rabiosa y una especie de terror... ¡Secretos!

Sonrióse, sacó del bolsillo un llavero, probó varias llavecicas.... Una servía.... Cayó la cubierta, y los dedos impacientes de Gabriel empezaron á escudriñar los famosos *secretos* de la cómoda, cual si en ellos se encerrase algún escondido tesoro... Los buenos de los secretos no tenían mucho de tales, y cualquier ratero, por torpe que fuese, lograría como Gabriel hacer girar sobre su base las dos columnas del templete, y poner patente el hueco que existía detrás. Calle... pues había algo allí. Rollos de dinero.... Los deshizo: eran moneditas de premio, Carlos terceros y cuartos, guardados sin duda por su padre para evitarles la ignominia de la refundición... Y allá, en el fondo, muy en el fondo, un papel amarillento ya por las dobleces, atado con una sedita negra... Maquinalmente lo cogió, lo abrió, rompió la sedita. Cayó una sortija de oro con perlas menudas, y vió Gabriel, cuyo corazón literalmente brincaba contra la carne del pecho, que el papel era una carta, escrita con tinta

ya descolorida, y letra no muy suelta. Sus ojos, vidriados por un velo de humedad, leyeron casi de una ojeada:—«Querido papá, felicito á usted los días; sabe Dios quien vivirá el año que viene; hágame el favor, si me empeoro, de darle á mi hermano Gabriel la sortijita adjunta, y que mucho me acuerdo de él y le quiero; que si yo llego á faltar, ahí queda mi niña. Usted y él no dejarán de mirar por ella: moriré tranquila confiando en eso...» —Una lágrima, una verdadera lágrima, redonda y rápida en su curso, se precipitó sobre la firma—«Su amante hija, Marcelina Pardo.»

El comandante apoyó el papel contra los ojos al esconder la cara en las manos, y se reclinó en la cómoda, vencido por uno de esos terremotos del corazón que modifican las actitudes y las elevan á la altura trágica sin que lo advirtamos nosotros mismos... Pasados quince minutos, alzó la frente, con una firme resolución y una promesa.

La misma que repetía ahora á la majestuosa noche.

IX

Tan enamorado estaba Juncal de las buenas trazas y discreción de su huésped, que al día siguiente quiso entrarle en persona el chocolate, varios periódicos, un mazo de tolerables regalías y una calderetilla con agua caliente por si acostumbraba afeitarse. No le maravilló poco encontrar á don Gabriel ya en pie, calzado y vestido. ¡Qué madrugador! ¡Y en ayunas! ¿Qué tal el brazo? ¿Preferiría don Gabriel el chocolate en la huerta, debajo de los limoneros? Don Gabriel dijo que sí, que lo prefería.

Razón llevaba en ello, porque la mañanita

estaba fresca, el azahar trascendía á gloria, y sobre la rústica mesilla de piedra encandilaba los ojos y excitaba el paladar la vista de la bandeja con el pocillo de Caracas, la pella de manteca recién batida, que aún rezumaba suero, el vaso de agua serenada en el pozo, el pan de dorada corteza y las lengüetas rubias de los bizcochos finamente espolvoreados de azúcar.

—Su señora de usted es una gran ama de casa —observó jovialmente don Gabriel al sorber el último residuo del aromático chocolate.—Nos trata á cuerpo de rey. Es increíble el gusto con que se come en el campo, y qué bien sabe todo. Parece que se le quitan á uno diez años de encima.

Con efecto, fuese por obra del campo ó por otras causas, semejaba remozado el huésped de Juncal.

—¿Usted quiere ir esta tarde á casa del cura de Ulloa, sin falta? ¿No sería mejor descansar otro diita en mi choza?

—Me urge, amigo Juncal. Pero si usted por

esa ojeriza que profesa al clero no quiere acompañarme...—murmuró don Gabriel ri-sueño, limpiándose los bigotes con encarni-zamiento, á fuer de hombre pulcro.

—¿Quién? ¿yo? ¿á casa del cura de Ulloa? ¡Por vida del chápíro verde! Si todos fuesen como ese... me parece que acabaría por vol-verme beato.

—No todos pueden ser iguales, señor don Máximo, usted bien lo sabe.

—Mire usted, natural sería que el clero... Digo, creo que les tocaba dar ejemplo á los demás.

—El clero es el reflejo de la sociedad en que vivimos. No estamos ahora en los pri-meros siglos del cristianismo—replicó con cierta malicia discreta don Gabriel mirando á Juncal que echaba lumbres con un eslabón para darle mecha encendida, pues á causa del viento y de las caminatas, el médico ha-bía proscrito los fósforos.

—Ríase usted de cuentos... Bien gordos y repolludos andan los tales parroquetáceos—

refunfuñó Máximo empleando el vocabulario peculiar del *Motin*—á cuenta de nuestra bo-bería... Más tocino tiene el Arcipreste encima de su alma, que siete puercos cebados.

—Pues en realidad, la profesión es de las menos lucrativas que hoy se pueden seguir. ¿Por ambición, quién diablos va á hacerse clérigo? Amigo, seamos razonables. Antaño, decir canónigo era decir hombre de vida re-galona y riñón cubierto; hogaño el canónigo á quien le alcanza el sueldo para comer prin-cipio y llevar manteos decentes, se tiene por dichoso. Un cura de aldea es un pobre de solemnidad: cuando más, llegará á donde lle-gue un labriego acomodado: á tener la des-pensa regularmente abastecida; y eso, para un hombre que recibió cierta instrucción y tiene por consecuencia necesidades que no tiene el labriego.... ya usted ve.... Esto lo sabrá usted mejor que yo, porque hasta ahora mi carrera me mantuvo alejado de Galicia.

—¿Es usted artillero, señor don Gabriel?

—Para servir á usted.

—Por muchísimos años. ¿Grado?

—Comandante efectivo. Hoy excedente, á petición mía. Convéñzase usted: al clero no le podemos exigir tantas cosas.

—Pero usted también sabe de sobra... ¿porque usted habrá viajado? ¿eh?

—Sí, he estado algún tiempo en el extranjero.

—En otras partes, la ilustración, la moralidad...

—Moralidad... Sí... Pero el hombre es hombre en todas partes. El clero protestante, en Inglaterra por ejemplo, alardea de muy moral; sólo que un vicario protestante, en resumidas cuentas, es un hombre casado, un empleado con buen sueldo y respetadísimo; ¿qué ha de hacer? ¿Tendría usted disculpa si incurriese en algún desliz, amigo Juncal, con esa bella, complaciente y hacendosa mitad, y esta dorada medianía que goza? Y además toma usted un chocolate... ¡Cuántas veces habrá usted echado en cara á los frai-

les la afición á chocolatear! ¡Pues lo que es usted... no se descuida!

Dijo esto don Gabriel golpeando familiarmente en el hombro del médico, porque veía á éste colgado de su boca y oyéndole como á un oráculo, y no quería poner cátedra. Sucédiale á veces avergonzarse del calor que involuntariamente tenían sus palabras al discutir ó afirmar, y para disimularlo recurría á la ironía y á la broma. Juncal se extasiaba encontrando tanta sencillez y llaneza en aquel hombre cuya superioridad intelectual, social y hasta psíquica le había subyugado desde el primer instante.

—Vamos—pensaba para su capote,—que aunque fuese mi hermano no estaría más contento de tenerle aquí. Y todo cuanto dice me convence... No sé disputar con él, ¡qué rábano!—Echóse el sombrero atrás con un papirotazo del dedo cordial sobre la yema del pulgar, ademán muy suyo cuando quería explicar detenidamente alguna cosa, y añadió:—Mire usted, así que conozca al cura de

Ulloa y le compare con los demás... Se quita la camisa por dársela á los pobres: no alza los ojos del suelo: dicen que hasta trae cilicio... Apenas quiere cobrar á los feligreses ni oblata, ni derechos, ni nada, y su criado (porque ese no entiende de amas ni de bellaquerías) está que trina, como que les falta á veces hasta para arrimar el puchero á la lumbre.

—Bien, ese ya es un santo—repuso Gabriel.
—¡Si abundase tal género, qué mayor milagro! Pero en general, ¿qué va usted á exigirle, señor don Máximo, á una clase tan mal retribuída? ¿Que instrucción, dice usted? ¿Sabe usted lo que cuesta la carrera de un seminarista? Una futesa, porque si costase mucho, la Iglesia no podría sostenerlos... Instrucción! ¿Dónde se recluta la clase sacerdotal? Entre los labriegos ó los muchachos más pobres de las poblaciones. La clase media, que es la cantera de que se extraen hoy los sabios, buena gana tiene de enviar al seminario sus hijos.... Los manda á las universidades, y de allí, si puede, al Parla-

mento, caminito del Ministerio, ó al menos del destino pingüe..... En las clases altas, por milagro aparece una vocación al sacerdocio: ¡los tiempos no son de fe! La aristocracia es devota, mas no lo bastante para producir otro duque de Gandía. Y los pocos que se inclinan á la Iglesia, van á las órdenes, en particular á los jesuitas. Así y todo, nuestro episcopado, señor de Juncal, le aseguro á usted que compite con cualquiera de Europa, en luces y en piedad... Y nuestro clero parroquial, aunque algo atrasado y discolo, posee virtudes y cualidades que no son de despreciar.

—Es usted...—preguntó Juncal con la cara más afligida del mundo — es usted.... neocatólico, por lo visto.

—No, nada de eso — respondió apaciblemente Gabriel.—Soy, platónicamente hablando, avanzadísimo; tengo ideas mucho más disolventes que las de usted solamente... Pero ¡qué limoneros tan hermosos!

Tomó una rama y respiró con delicia los

cálices blancos, de pétalos duros como la cuajada cera.

—Estoy encantado con mi tierra, don Máximo... Es de los países más poéticos y hermosos que se pueden soñar. Yo no conocía ni esa parte de Vigo, tan pintoresca, tan amena, ni esto de aquí; y lo poco que ya he visto, me seduce... El suelo y el cielo, una delicia; el entresuelo... gente amable y cariñosa hasta lo sumo; las mujeres parece que le arrullan a uno en vez de hablarle.

—¿Mecha otra vez?

—Gracias, no fumo más. ¿Vamos a saludar a la señora? Aún no le hemos dado los buenos días.

—Catalina apreciará tanto... Pero a estas horas... *va en* el molino, de seguro. Así que alistó el chocolate, le faltó tiempo para recrearse con aquel barullo de dos mil diablos que arman las parroquianas...

Una mariposilla blanca, la vanesa de las coles que abundaban por allí, vino revoloteando a posarse en el sombrero de Juncal.

Don Gabriel tendió los dedos índice y pulgar entreabiertos, para asirla de las alas. La mariposa, como si olfatease aquellos amenazadores dedos, voló con gran rapidez, muy alto, entre la radiante serenidad matutina. Don Gabriel la siguió con los ojos estirando el pescuezo, y el médico reparó en lo bien cuidada (sin afeminación) que traía la barba el comandante. Cada pormenor acrecentaba la simpatía en el médico, que estancado en la cultura de los años universitarios, arrinconado en un poblachón, olvidado ya, a fuerza de bienestar material y de pereza mental, de sus antiguas lecturas científicas, y sus grandes teorías higiénicas, conservaba no obstante la facultad de respetar y admirar, en un grado casi supersticioso, cuando veía en alguien la plenitud de circulación y el oxígeno intelectual que él había ido perdiendo poco a poco. Además, ¡era tan cortés, resuelto, despejado y afable aquel señor!

Gabriel permanecía con los ojos medio guiñados, como cuando seguimos un objeto dis-

tante. Sin embargo, la mariposa había desaparecido hacía tiempo. El artillero se volvió de repente.

—Don Máximo, ¿me hará usted el favor de contestar francamente á varias preguntas que tengo que hacerle?

—Señor de Pardo, por Dios... Me manda y yo obedezco. En cuanto le pueda servir....

—Pensaba entenderme con el abad de Ulloa; pero por la descripción que usted me hace de él, temo... ¿cómo diré?... temo que sea uno de esos seres angelicales, pero inocentes y pacatos, que no le sacan á uno de dudas... y que además, por lo mismo que son buenos, conocen mal á la gente que les rodea. (A medida que hablaba don Gabriel, aprobaba más enérgicamente con la cabeza el médico, murmurando—por ahí—por ahí!) Usted es un hombre inteligente y honrado, Juncal...

Ruborizóse éste como se ruborizan los morenos, dorándosele la piel hasta por las sienes, y con algo atragantado en la nuez, murmuró :

—Honrado... eso sí... Me tengo por honrado, señor don Gabriel. Tanto como el que más.

—Pues yo fío en usted enteramente. Sepa que he venido aquí con objeto de casarme...

Abrió Juncal dos ojos tamaños como dos aros de servilleta.

—.... Con mi sobrina, la señorita de Moscoso.

—La señorita de Moscoso?—exclamó el médico apenas repuesto de la sorpresa.—¿Qué me dice, don Gabriel? La señorita Manolita? No sabía ni lo menos!

—Ya lo creo—repuso Gabriel soltando la risa.—Como que tampoco lo sabía yo mismo pocos días hace; ni lo sabe nadie aún. Es usted la primera persona á quien se lo cuento.

Juncal sintió dulce cosquilleo en la vanidad, y aturrullado de puro satisfecho, trató de formular varias preguntas, que Gabriel atajó adelantándose á ellas.

—Diré á usted, para que comprenda mi propósito, que la persona á quien más quise

yo en el mundo fué mi pobre hermana Marcelina, la que casó con don Pedro Moscoso; y si hay cielo—aquí le tembló un poco la voz á don Gabriel—allí debe estar pidiendo por mí, porque fué una... már... una santa. Al morir me dejó encargada su hija; no lo supe hasta que mi padre falleció. Yo me encuentro hoy libre, no muy viejo aún, sin compromisos ni lazos que me aten, con regular hacienda y deseoso del calor de una familia. Teniendo Manolita padre como tiene, un tío... no está autorizado para velar por ella. Un marido, es otra cosa. Si no le repugno á mi sobrina y quiere ser mi mujer... Estoy determinado á casarme cuanto antes.

Oía Juncal, y poniendo las manos en los hombros del artillero, respondió vagamente, cual si hablase consigo mismo:

—En efecto.... no hay duda que.... Realmente, ¿quién mejor? La verdad es...

Miró don Gabriel, sonriéndose de alegría, al médico. Su corazón se dilataba dulcemente con la confianza, y se le ocurría que por

la serena atmósfera revoloteaba un porvenir dichoso, columpiado en el espacio infinito, como la mariposilla blanca, que una superstición popular cree nuncio de dicha. Clavó sus ojos garzos en el médico: la luz del día hacía centellear en ellos filamentos de derretido oro. Se había guardado los quevedos en el bolsillo, y parpadeaba como suelen los miopes cuando la claridad les deslumbra.

—Francamente, Juncal, no conozco á mi sobrina Manuela ni sé.... ¿Cómo es?

—El retrato de su difunta madre, que esté en gloria—respondió muy cristianamente el tremendo cleróforo Juncal.

—¡De su madre!—repitió el artillero extasiado.

—Pero más buena moza, no despreciando á la pobre señorita... La madre era... algo bisoja y delgada... Esta mira derecho, y tiene unos ojazos como moras maduras.... Alta, carnes apretaditas, morena con tanto andar al sol... buenas trenzas de pelo negro... y bien constituida. No digamos que sea una chica

hermosísima, porque no tiene las *perfecciones* allá hechas á torno; pero puede campar en cualquier parte... Vaya si puede.

—Si se parece á Nucha, para mí ha de ser un serafín, don Máximo.

—Y á usted se parece también, no se ría, señor de Pardo... Ya sabe que á usted lo saqué yo ayer en el coche, por su hermana.

—Siempre hay eso que se llama aire de familia... Don Máximo, mire usted que aún no he empezado, como quien dice, á preguntar lo que quiero saber. Yo he sido franco con usted, ¿usted lo será conmigo?

—No faltaba más. Aunque me fuera la vida en responder.

—Diga usted. Mi cuñado...

X

Juncal terminó la semblanza y biografía de don Pedro Moscoso y Pardo de la Lage, conocido por marqués de Ulloa, con las siguientes filosóficas reflexiones:

—No todos sus defectos hay que imputárselos á él, sino (hablemos claro) á la crianza empecatada que le dieron... Sería mejor que se educase él solito ó con los perros y las liebres, que en poder de aquel tutor tan animal, Dios me perdone... y tan listo para sus conveniencias... Y se llamaba como usted, don Gabriel!

El comandante sonrió.

—Maldito lo que se parecen... Como iba di-

ciendo, yo, hace años, muchos años, que no pongo los pies en los Pazos de Ulloa; desde aquellas elecciones dichosas en que anduve contra don Pedro... porque lo primero de todo son las ideas y los principios, ¿verdad, don Gabriel?

—Sin duda, sobre todo cuando uno los ha pesado y examinado y está seguro de su bondad—respondió el artillero.

—Tiene usted razón... á veces se calienta la cabeza, y hace uno disparates... pero en fin, yo soy liberal desde que nací, y en vez de enfriar con los años, me exalto más.

—¿Dice usted que no va usted por allí? ¿Cómo anda de salud... mi cuñado?

—Regular... está muy grueso y padece bastante de la gota, como el difunto tío, por lo cual dicen que gasta muy mal humor, y que ha perdido la agilidad, de manera es que no puede salir á caza como antes.

—Y... acuérdesese usted de que me ha prometido ser franco! ¿Y... esa mujer que tiene en casa?

—Mire usted, como yo no voy por allí... con repetirle lo que se cuenta... y unos hablan de un modo y otros de otro; pero yo me atenderé á lo que dicen los más formales y los que acostumbran ir á los Pazos. Usted ya sabe que tal mujer estaba en la casa antes de casarse su señor cuñado; enredados los dos, por supuesto, y el padre siendo el verdadero mayordomo y en realidad el dueño de la casa, aunque por *plataforma* trajeron allí al infeliz del cura de Ulloa, que no sirve para el caso... Había un chiquillo precioso, y pasaba por hijo del marqués. Pero resultó que después de la boda de don Pedro, la muchacha por su parte se empeñó en casarse con un paisano de quien estaba enamoradísima, y á quien le colgó, ¿usted se entera? el milagro del rapaz. Este paisano, que ahora anda hecho un caballero, siempre de tiros largos, se llama el *Gallo* de apodo, y nadie le conoce sino por el apodo ó por el *Gaitero de Naya*, porque lo fué; y el remoquete de *Gallo* se lo pusieron sin duda por lo bien plantado

y arrogante mozo, que lo es, mejorando lo presente. Un poco antes mataron al padre de la muchacha...

—¿No le asesinaron por una cuestión electoral?

—Justo.... Según eso está usted en autos?

—Uno que venía conmigo en la berlina... el Arcipreste no... el otro...

—*Trampeta?*

—Pequeño, vivaracho, entrecano...

—El mismo. Pues le contó verdad. Al gran pillastre de Primitivo me lo despabilaron de un trabucazo, en venganza de que los había vendido á última hora, tanto que les hizo perder la elección (Juncal bajó la voz involuntariamente). Ve usted aquellas tapias, pasadas las primeras... donde asoman las ramas de un cerezo con fruta? Pues son las del huerto de Barbacana, el cacique más terrible que hubo en el país... Dicen que ese ordenó la ejecución, aunque el verdugo fué una especie de facineroso que anda siempre

á salto de mata, de aquí á Portugal y de Portugal aquí...

Gabriel meditaba, sepultando la quijada en el pecho. Luego se caló distraidamente los quevedos.

—Así somos, amigo Juncal... Un país imposible, en ese terreno sobre todo. Antes que aquí se formen costumbres en armonía con el constitucionalismo, tiene que ir una poca de agua á su molino de usted... Decía cierto hombre político que el sistema parlamentario era una cosa excelente, que nos había de hacer felices dentro de setecientos años... Yo entiendo que se quedó corto. Al caso; dígame todo lo concerniente á la historia...

—Hoy en día, á Barbacana ya lo llevan acorralado, y se cree que trata de levantar la casa é irse á morir en paz á Orense... Porque va viejo, y no le dejan respirar sus enemigos. El que vino con usted, *Trampeta*, con el aquel de protegido de Sagasta, es ahora quien sierra de arriba... En fin, todo ello para nuestro cuento importa un comino. Así

que mataron al padre, la muchacha se casó con su Gallo, y cuando se creía que el marqués los iba á echar con cajas destempladas, resulta que se quedan en la casa, ellos y el rapaz, y que está su señor cuñado contentísimo con tal muñeco... Esto fué antes, muy poco antes de morir la señorita su hermana...

Gabriel suspiró, juntando rápidamente el entrecejo.

—No había quedado nada fuerte desde el nacimiento de la niña: yo la asistí, y necesité echar mano de todos los recursos de la ciencia para que...

—¿Usted asistió á mi hermana?—exclamó el artillero, cuyos ojos destellaron simpatía, casi ternura, humedeciéndose con esa humedad que es como el primer vaho de una lágrima antes de subir á empañar la pupila.

—Entonces, sí señor; que después, como dije á usted, el marqués hizo punto en no volverme á llamar... La pobre señora se quedó, según dicen, como un pajarito; se le atravesaron unas flemas en la garganta...

Los ojos de Gabriel, ya secos, ardientes y escrutadores, se posaron en Juncal.

—Don Máximo, cree usted en su conciencia que mi hermana murió de muerte natural?—pronunció con tal acento, que el médico tartamudeaba al contestar:

—Sí señor... sí señor! sí señor! Puedo atestiguarlo con solo una vez que la ví en la feria de Vilamorta, donde estaba comprando no sé qué, allá unos seis meses antes de la desgracia. La fallé y dije (puede usted creerme como estamos aquí y Dios en el cielo):—No dura medio año esta señorita.—(Pasóse Gabriel la mano por la frente). Don Gabriel—prosiguió el médico,—¿qué le hemos de hacer? Su hermana era delicada; necesitaba algodones; encontró tojos y espinas... De todas las maneras, ella siempre fué poquita cosa... Volviendo á la niña, no digamos que su padre la maltrate, pero apenas le hace caso... Él contaba con un varón, y recuerdo que cuando nació la pequeña, ya renegó y echó por aquella boca una ristra de barbaridades... Al que

adora es al chiquillo de la Sabel. Si lo querrá, que hasta se ha empeñado en que estudie, y lo manda á Orense al Instituto, y piensa enviarlo á Santiago á concluir carrera... El muchacho anda lo mismo que un mayorazgo: su buen reloj de oro, su buena ropa de paño, la camisola fina, el bastoncito ó el látigo cuando va á las ferias... y yegua para montar, y dinero en el bolsillo...

Asió Juncal con misterio la solapa de la americana de don Gabriel, y arrimando la boca á su oído susurró:

—Dicen que le quiere dejar bajo cuerda casi todo cuanto tiene...

En vez de fruncir el ceño el artillero, despejóse su encapotada fisonomía, y contestó en voz serena:

—Ojalá. ¿Se admira usted de mi desinterés? Pues no hay de qué. Es cierto que considero obligación del hombre sostener la familia que crea al casarse; pero no soy de esos tipos que tanto les gustan á los autores dramáticos de ahora, que no se casan con

una mujer de quien están perdidamente enamorados, sólo porque es rica. En el caso presente me alegro, porque cuantas menos esperanzas de riqueza tenga mi sobrina, más fácilmente se avendrán á dármele, á mí que no he de exigir dote... Confieso que tenía yo mis miedos de que me diese calabazas mi señor cuñado. Verdad es que como no me las dé Manolita, soy abonado hasta para robarla... ni más ni menos que en las novelas de allá del tiempo del rey que rabió.

Miró Juncal la fisonomía del artillero, á ver si hablaba en broma ó en veras. Revelaba cierta juvenil intrepidez, y la resolución de poner por obra grandes hazañas, á pesar de los blancos hilos sembrados por la barba y el pelo que escaseaba en las sienes.

—Si ella no me quiere... y bien puede ser, que al fin soy viejo para ella... (Juncal hizo con manos y rostro furiosos signos negativos)... entonces... no habrá raptó. De todos modos, por cuestión de cuartos, no se ha de deshacer la boda: yo lo fío. Aparte de que,

siendo ese chico hijo del marqués, natural me parece que le toque algo de la fortuna paterna.

—¿Quién sabe de quién es el chico? Y es como un pino de oro.

—¿Más lindo que mi sobrina? Mire usted que voy á defender, sin haberla visto, como el ingenioso hidalgo, que es la más hermosa mujer de la tierra.

—De fea no tiene nada: pero de vestir, la traen... así... nada más que regular. Muchas veces no se diferencia de una costurerita de Cebre... Vamos, la pobre tuvo poca suerte hasta el día.

—A arreglar todo eso venimos—contestó Gabriel levantándose, como deseoso de echar á andar sin dilación en busca de su futura esposa. Su huésped le imitó.

—Entonces, ¿á qué hora de la tarde quiere usted salir para la rectoral de Ulloa?—preguntó muy solícito.

—He mudado de plan; ya no voy... Iré dentro de un par de días á saludar al señor cura.

Tengo por usted cuantos informes necesito, y puedo presentarme hoy mismo en los Pazos de Ulloa sin inconveniente alguno.

—¿Le corre tanta prisa?

—¿Qué quiere usted? Cuando uno está enamorado...

Juncal se rió, y volvió á mirar á su interlocutor, gozándose en verle tan animoso. El sol ascendía, la proyección de sombra de las tapias y el emparrado empezaba á acortarse. Por la puerta del huerto asomó una figura humana inundada de luz, de frescura y color: era una mujer, Catuxa, con el delantal recogido y levantado, lleno de aechaduras de trigo que arrojaba á puñados en torno suyo chillando agudamente:—Pitos, pitos, pitos..., pipí, pipí, pipí... Seguíanla los pollos nuevos, amarillos como canarios, con sus listos ojillos de azabache, con sus corpezuelos que aún conservaban la forma del cascarón, columpiados sobre las patitas endebles. Detrás venía la gallina, una gallina pedreña, grave y cacareadora, honrada ma-

dre de familia, llena de dignidad. A la nidad seguía una horda confusa de volátiles: pollos flacos y belicosos, gallinas jóvenes muy púdicas y modestas, muy sumisas al hermosísimo bajá, al gallo rojizo con cresta de fuego y ojos de ágata derretida, que las custodiaba y les señalaba con un cacareo lleno de deferencia el sustento esparcido, sin dignarse probarlo. Don Gabriel se detuvo muy interesado por aquel cuadro de bodegón, que rebosaba alegría. El gallo le recordó el mote del marido de Sabel y, por inevitable enlace de ideas, los Pazos de Ulloa. Y al pensar que estaría en ellos por la tarde y conocería á la que ya nombraba mentalmente *su novia*, la circulación se le paralizó un momento, y sintió que se le enfriaban las manos, como sucede en los instantes graves y decisivos.

—Fantasía, fantasía!—pensó.—Cuidadito... no empieces ya á hacer de las tuyas!

XI

Antes de salir de Cebre á caballo, rigiendo una yegua y una mulita, detuviéronse cortos momentos Juncal y don Gabriel en el *alpendre* ó cobertizo del patio del mesón donde remudaba tiro la diligencia. Yacían allí las víctimas del siniestro, una mula con una pata toda entablillada, y no lejos, sobre paja esparcida, cubierto con una manta, temblando aún de la bárbara cura que acababan de hacerle, el infeliz delantero, no menos entablillado que la mula. A su cabecera (llamémosle así) estaba el facultativo, que no era sino el famoso señor Antón, el algebrista de Boan. Máximo dió un codazo á don Ga-

bríel, advirtiéndole que reparase en la peregrina catadura del viejo, el cual no se turbó poco ni mucho al encontrarse cogido infraganti delito de usurpación de atribuciones; saludó, sacó de detrás de la oreja la colilla, y empezó á chuparla, á vueltas de inauditos esfuerzos de su barba, determinada á juntarse de una vez con la nariz.

Miró Gabriel al pobre mozo que gemía, con los ojos cerrados, la cabeza entrapajada y una pierna tiesa del terrible aparato que acababan de colocarle, y consistía en más de una docena de *talas* ó astillas de caña de cortas dimensiones, defensa de la bisma de pez hirviendo que le habían aplicado. La criada y el amo del mesón se limpiaban aún el sudor que les chorreaba por la frente, cansados de ayudar á la operación de la compostura tirando con toda su fuerza de la pierna rota hasta hacer estallar los huesos, á fin de *concertar* las articulaciones, mientras el paciente veía todos los planetas, incluso los telescópicos.

—Mire si tenía razón—murmuró Máximo.
—Estoy ahí á la puerta, y han preferido mandar llamar á éste de más de tres leguas... Es verdad que él ha curado de una vez al muchacho y á la mula, cosa que yo no haría.

Gabriel observaba al algebrista como se observa un tipo de cuadro de género, de los que trasladó al lienzo para admiración de las edades el pincel de Velázquez y Goya.

—Me gustaría darle pali que si no tuviésemos el tiempo tan tasado—indicó al médico.

—¡Bah! No tenga miedo, que al señor Antón se lo encontrará usted á cada paso por ahí... Raro es que pase un mes sin que dé una vuelta por los Pazos: como hay mucho ganado...

Antes de ponerse en camino, don Gabriel sacó de la petaca algunos cigarros, que tendió al atador. Tomólos éste con su flema y reposo habituales; y arrojando la ya apurada colilla, se tocó el ala del grotesco sombrero,

mientras con la izquierda cogía el vaso colmado de vino que le brindaba la mesonera.

Los jinetes refrenaron el primer ímpetu de sus cabalgaduras, á fin de no cansarlas ni cansarse, y adoptaron una ambladura pacífica. Era la tarde de esas del centro del año, que en los países templados suelen ostentar incomparable magnificencia y hermosura. Campesinos aromas de saúco venían á veces en alas de una ligerísima brisa, apenas perceptible. La yegua de Juncal, que montaba el comandante, no desmentía los encomios de su dueño. Regíala Gabriel con la diestra, y bien pudiera dejarle flotar las riendas sobre el pescuezo, pues aunque lucia y redondita de ancas, gracias al salvado de Catuxa, era la propia mansedumbre. Sólo se permitía de rato en rato el exceso de torcer el cuello, sacudir el hocico y rociar de baba y espuma los pantalones del jinete; pero aun esto mismo lo hacía con cierta docilidad afectuosa.

Gabriel se dejaba columpiar blandamente, penetrado de un bienestar intenso, de una

embriaguez espiritual, que ya conocía de antiguo, por haberla experimentado cuantas veces se divisaba en su vida un horizonte ó un camino nuevo. Era una especie de eretismo de la imaginación, que al caldearse desarrollaba, como en sucesión de cuadros disolventes, escenas de la existencia futura, realizadas con toques de poesía, entretejidas con lo mejor y más grato que esa existencia podía dar de sí, con su expresión más ideal. En la fantasía incorregible del artillero, los objetos y los sucesos representaban todo cuanto el novelista ó el autor dramático pudiese desear para la creación artística, y por lo mismo que no desahogaba esta ebullición en el papel, allá dentro seguía borbotando. Si la realidad no se arreglaba después conforme al modelo fantástico, Gabriel solía pedirle estrechas cuentas; de aquí sus reiteradas decepciones. Soñador tanto más temible cuanto que guardaba sepulcral silencio acerca de sus ensueños, y á nadie comunicaba sus fracasos — los *caballos muer-*

tos, que decía él para sí.—Conociéndose, solía proponerse mayor cautela, y echar el torno á la imaginación. Pero esta llevaba siempre la mejor parte.

Verbigracia, en el caso presente. ¿Pues no habíamos quedado en que el pedir la mano de su sobrina era el cumplimiento de un austero deber, un tributo pagado á la memoria de un sér querido, un acto sencillo y grave? ¿Bastarían dos ó tres frases de Juncal, el olor de las flores silvestres y el hervor de su propia mollera para edificar sobre la base de la obligación moral el castillo de naipes de la pasión? ¿Por qué pensaba en su sobrina incesantemente, y se la figuraba de mil maneras, y discurría, enlazando experiencias y recuerdos, cómo sorprenderla, interesarla y enamorarla, hablando pronto? ¿Por qué se deleitaba en imaginar la inocencia selvática de su sobrina, su carácter algo arisco, y el rendimiento y ternura con que, después de las primeras esquivaces, le caería sobre el corazón más blanda que una breva; y porqué

se veía disipando poco á poco su ignorancia, educándola, formándola, iniciándola en los goces y bienes de la civilización, y otras veces volvía la torta, y se veía á sí propio hecho un aldeano, y á Manolita, con los brazos arremangados como Catuxa, dando de comer á las gallinas, ó... ¡celestes visión, espectáculo inefable! arrimando al blanco y redondo pecho una criaturita medio en pelota, toda bañada de sol...

La naturaleza se asemeja á la música en esto de ajustarse á nuestros pensamientos y estados de ánimo. No le parecieron á Gabriel tristes y lúgubres ni los abruptos despeñaderos que se suspenden sobre el río Avieiro, ni los pinares negros cuya mancha limitaba el horizonte, ni los montes calvos ó poblados de aliaga, ni los caminos hondos, que cubría espesa bóveda de zarzal. Al contrario, miraba con interés los pormenores del paisaje, y al llegar al crucero de piedra y al copudo castaño que le formaba natural pabellón, exclamó con entusiasmo:

—Qué hermoso sitio! Ni ideado por un pintor escenógrafo de talento.

—Cerquita de aquí—advirtió Juncal—mataron al excomulgado de Primitivo, el mayordomo de los Pazos. Mire usted: debió ser por allí, donde blanquea aquel paredón... El chiquillo, el nieto, el Perucho, lo estuvo viendo muy agachadito detrás de las piedras... Se le ha de acordar cada vez que pase por aquí... si es que tiene valor de pasar.

Gabriel se volvió un poco sobre la silla española que vestía su yegua, y exclamó como el que pregunta algo de sumo interés que se le ha olvidado:

—¿Qué tal índole es la de ese chico? ¿Maltrata á mi sobrina? ¿La mortifica? ¿Le tiene envidia? ¿Hace por malquistarla con mi cuñado?

—Él maltratarla! A su sobrina! Pues si no ha habido en el mundo cariño más apretado que el de tales criaturas. Desde que nació la niña, Perucho se volvió chocho, lo que se llama chocho, por ella; la señora y el ama

no sabían cómo hacer para quitarse de encima al chiquillo, que no hacía sino llorar por la nené. Allí estaba siempre, como un perro faldero; ni por pegarle; le digo á usted que era mucho cuento tal afición. Y después de fallecer la señora, Dios nos libre! El niño de la señorita Manolita en realidad ha sido Perucho. Siempre juntos, correteando por ahí. ¡Pocas veces me los tengo encontrados por los sotos, haciendo *magostos*, por las viñas picando uvas, ó chapuzando por los pantanos! Y que no sé cómo no se mataron un millón de veces ó no rodaron por los despeñaderos al río. El chiquillo es fuerte como un toro ¡más sano y recio! Un hijo verdadero de la naturaleza. Sólo una enfermedad le conocí, y verá usted cuál. Cátate que se le pone en la cabeza al marqués, y otros dicen que al farolón del *Gallo*, enviar al rapaz á Orense para que estudie; y quién le dice á usted que el primer año, cuando tocaron á separarse, los dos chiquillos cayeron malos que sé yo de qué... de una cosa que aquí llamamos

saudades... ¿Usted comprende el término? porque usted lleva años de faltar de Galicia...

—Sí, ya sé qué quiere decir *saudades*. Los catalanes llaman á eso *anyoransa*. En castellano no hay modo tan expresivo de decirlo.

—Ajajá. Pues el chiquillo, el primer año, se desmejoró bastante y vino todo encogido, como los gatos cuando tienen *morrña*; pero así que volvieron á sus correrías, sanó y se puso otra vez alegre. Y á cada curso la misma función. Siempre triste y rabiando en Orense (parece que la cabeza no la tiene el chico allá para grandes sabidurías) y, apenas *pin-tan* las cerezas y toma las de Villadiego, otra vez más contento que un cuco, y á corretear con su...

Juncal dudó y vaciló al llegar aquí. Por vez primera acaso, se le vino á las mientes una idea muy rara, de esas que hacen signarse aun á los menos devotos murmurando—Ave María!—de esas que no se ocurren en mil años, y una circunstancia fortuita sugiere en un segundo...

Cruzáronse sus miradas con las de don Gabriel, que le parecieron reflejo de su propio pensamiento, reflejo tan exacto como el del cielo en el río; y entonces el artillero, sin reprimir una angustia que revelaba el empañado timbre de la voz, terminó el período:

—Con su hermana.

Calló Juncal. Lo que ambos cavilaban no era para dicho en alto.

Reinó un silencio abrumador, cargado de electricidad. Estaban en sitio desde el cual se divisaba ya perfectamente la mole cuadrangular de los Pazos de Ulloa, y el sendero escarpado que á ellos conducía. Juncal dió una sofrenada á su mula.

—Yo no paso de aquí, don Gabriel... Si lle-go hasta la puerta, extrañarán más que no éntre... y la verdad, como está uno así... político... no me da la gana de que piensen que aproveché la ocasión para meter las narices en casa de su señor cuñado. Mañana vendrá el criado mío á recoger la yegua...

Gabriel tendió la mano sana buscando la del médico.

—Me tendrá usted en Cebre cuando menos lo piense, á charlar, amigo Juncal... A usted y á su señora les debo un recibimiento y una hospitalidad de esas... que no se olvidan.

—Por Dios, don Gabriel... No avergüence á los pobres... Dispensar las faltas que hubiese. La buena voluntad no escaseaba: pero usted pasaría mil incomodidades, señor.

—Le digo á usted que no la olvidaré...

Y el rostro del artillero expresó gratitud afectuosa.

—Cuidar el brazo, no hacer nada con él!— gritaba Juncal desde lejos, volviéndose y apoyando la palma sobre el anca de la mula. Y diez minutos después aún repetía para sí: —¡Qué simpático... qué persona tan decente!... Qué instruido... qué modos finos!...

El médico, después de volver grupas, apuró lo posible á la mulita con ánimo de llegar pronto á su casa. Iba pesaroso y cabizbajo, porque ahora le venía el trasacuerdo de que

no había preguntado al comandante Pardo sus opiniones políticas y su dictamen acerca del porvenir de la regencia y posible advenimiento de la república.

—¿Cómo pensará este señor?— discurría Juncal, mientras el trote de la mula le zarrandeaba los intestinos.—¿Qué será? Liberal ó carcunda? Vamos, carcunda es imposible... Tan simpático... qué había de ser carcunda! Pues sea lo que quiera... debe de estar en lo cierto.

XII

Por delante de los Pazos cruzaba un moza-
llón conduciendo una pareja de bueyes suel-
tos, picándoles con la aguijada á fin de que
anduviesen más aprisa. Gabriel le preguntó,
para orientarse, pues ignoraba á cuál de las
puertas del vasto edificio tenía que llamar.
Ofrecióse el mozo á guiarle adonde estuviese
el marqués de Ulloa, que no sería en casa,
sino en la era, viendo recoger la cosecha del
centeno. Arrendando el artillero su dócil mon-
tura, echó detrás del mozo y de los bueyes.

Dieron vuelta casi completa á la cerca de
los Pazos, pues la era se encontraba situada

más allá del huerto, á espaldas del solariego
caserón. Gabriel aprovechó la coyuntura de
enterarse del edificio, en cuyas trazas conven-
tuales discernía rastros de aspecto bélico y
feudal, aire de fortaleza, por el grosor de los
muros, la angostura de las ventanas, remi-
niscencia de las antiguas saeteras, las rejas
que defendían la planta baja, las fuertes puer-
tas y los disimulados postigos, las torres que
estaban pidiendo almenas, y sobre todo, el
montés blasón, el pino, la puente y las san-
grientas cabezas de lobo.

Indicaba desde lejos la era la roja cruz del
hórreo; se oía el coro estridente de los ejes
de los carros, que salían vacíos para volver
cargados de cosecha. Era la hora en que los
bueyes, rociados con unto y aceite como pre-
servativo de las moscas, cumplen con buen
ánimo su pesada faena, y se dejan uncir man-
samente al yugo, mosqueando despacio el
ijar con las crinadas colas. Gabriel se trope-
zó con dos ó tres carros, y al emparejar con
ellos, pensó que su chirrido le rompiese el

tímpano. Delante de la era se apeó ayudado por su guía; entrególe las riendas, y entró.

Un enjambre de fornidos gañanes, vestidos solamente con grosera camisa y calzón de estopa, alguno con un rudimentario chaleco y una faja de lana, empezaban á elevar, al lado de una *meda* ó montículo enorme de mies, otro que prometía no ser más chico. Dirigía la faena un hombre de gallarda estatura, moreno y patilludo, de buena presencia, vestido á lo señor, con americana, cuello almidonado, leontina y bastón, y muy zafio y patán *en el aire*; Gabriel pensó que sería el mayordomo, el *Gallo*. Sentado en un banquillo hecho de *un tablón grueso*, cuyas patas eran cuatro leños que, espatarrándose, miraban hacia los cuatro puntos cardinales, estaba otro hombre más corpulento, más obeso, más entrado en edad ó más combatido por ella, con barba aborascada y ya canosa, y vientre potente, que resaltaba por la posición que le imponía la poca altura

del banco. A Gabriel le pasó por los ojos una niebla: creyó ver á su padre, don Manuel Pardo, tal cual era hacia unos quince ó veinte años; y con mayor cordialidad de la que traía premeditada, se fué derecho á saludar al marqués de Ulloa.

Este alzó la cabeza muy sorprendido; el Gallo, sin volverse, giró sus ojos redondos, de niña oscura y pupila aurífera, como los del sultán del corral, hacia el recién llegado; los mozos suspendieron la faena, y Gabriel, en medio del repentino silencio, notó en las plantas de los pies una sensación muelle y grata, parecida á la del que entra en un salón hollando tupidas alfombras. Eran los extendidos haces de centeno que pisaba.

El hidalgo de Ulloa se puso en pie, y se hizo con la mano una pantalla, porque los rayos del sol poniente daban de lleno en la cara de Gabriel, y no le permitían verla á su gusto. El comandante se acercó más á su cuñado, y alargó la diestra, diciendo:

—No me conocerás... Te diré quien soy...



Gabriel, Gabriel Pardo, el hermano de tu mujer.

—Gabriel Pardo?

Revelaba la exclamación de don Pedro Moscoso, no solamente sorpresa, sino hosco recelo, como el que infunden las cosas ó las personas cuya inesperada presencia resucita épocas de recuerdo ingrato. Viendo Gabriel que no le tomaban la mano que tendía, hizose un poco atrás, y murmuró serenamente:

—Vengo á verte y á pedirte posada unos cuantos días... ¿te parece mal la libertad que me tomo? ¿Me recibirás con gusto? Di la verdad; no quisiera contrariarte.

—Jesús... hombre!—prorrumpió el hidalgo esforzándose al fin por manifestar cordialidad y contento, pues no desconocía la virtud primitiva de la hospitalidad.—Seas muy bienvenido: estás en tu casa. Angel!—ordenó dirigiéndose al *Gallo*,—que recojan el caballo del señor, que le den cebada... Quieres refrescar, tomar algo? Vendrás molesto del viaje. Vamos á casa enseguida.

—No por cierto. De Cebre aquí á caballo, no es jornada para rendir á nadie. Siéntate donde estabas; si lo permites, me quedaré aquí; lo prefiero.

—Como tú dispongas; pero si estás cansado y... Ey, Angel!—gritó al individuo que ya se alejaba:—á tu mujer que prepare tostado y unos bizcochos. Vaya, hombre, vaya!—añadió volviéndose á Gabriel.—Tú por acá, por este país...

—He llegado ayer—contestó Gabriel comprendiendo que una vez más se le pedía cuenta de su presencia y razón plausible de su venida.—Estaba en la diligencia que volcó—y al decir así, señalaba su brazo replegado, sostenido aún por el pañuelo de seda de Catuxa.—Ha sido preciso descansar del batacazo.

—Hola, con que en la diligencia que volcó! Ey, tú, Sarnoso!—exclamó el hidalgo dirigiéndose á uno de los gañanes.—No dijiste tú que vieras entrar en Cebre ayer una mula y un delantero estropeados?

—Con perdón—respondió el Sarnoso tocán-

dose una pierna—llevaban esto *crebado*, dispensando usted.

—Sí, es verdad; hoy se les hizo la cura—confirmó Gabriel.

El vuelco de la diligencia empezó á dar mucho juego. El Sarnoso agregó detalles; Gabriel añadió otros; el marqués no se saciaba de preguntar, con esa curiosidad de los acontecimientos ínfimos propia de las personas que viven en soledad y sin distracción de ninguna clase. Gabriel le examinaba á hurtadillas. Para los cincuenta y pico en que debía frisar, parecía muy atropellado y desfigurado el marqués, tan barrigón, con la tez tan inyectada, con el pescuezo y nuca tan anchos y gruesos, con las manos tan nudosas por las falanges como suelen estar las de los labriegos que por espacio de medio siglo se han consagrado á beber el hálito de la tierra, y á rasgarle el seno diariamente. A modo de maleza que invade un muro abandonado, veía el artillero en el conducto auditivo, en las fosas nasales, en las cejas, en las muñecas de su cu-

ñado, que teñía de rojo el sol poniente, una vegetación, un musgo piloso, que acrecentaba su aspecto inculto y desapacible. El abandono de la persona, las incesantes fatigas de la caza, la absorción de humedad, de sol, de viento frío, la nutrición excesiva, la bebida destemplada, el sueño á pierna suelta, el exceso en suma de vida animal, habían arruinado rápidamente la torre de aquella un tiempo robustísima y arrogante persona, de distinta manera pero tan por completo como lo harían las excitaciones, las luchas morales y las emociones febriles de la vida cortesana. Tal vez parecía mayor la ruina por la falta de artificio en ocultarla y remediarla. Ceñido aquel mismo abdomen por una faja, bajo un pantalón negro hábilmente cortado; desmochada aquella misma cabeza por un diestro peluquero; raídas aquellas mejillas con afiladísima navaja, y suavizada aquella barba con brillantina; añadido á todo ello cierto aire entre galante y grave, que caracteriza á las personas respetables en un salón, es se-

guro que más de cuatro damas dirían, al ver pasar al marqués de Ulloa:—Qué bien conservado! Cuarenta años es lo más que representa.

Lo cierto es que Gabriel, al ver en su cuñado señales evidentes del peso de los años y del esfuerzo con que iba descendiendo ya el agrio repecho de la vida, sintió por él esa compasión involuntaria que inspiran á los corazones generosos las personas aborrecidas ó antipáticas, cuando se ve que caminan al desenlace de las humanas tribulaciones, flaquezas é iniquidades—la muerte.

—Yo que le tenía por un castillo!—pensó.—Pero también los castillos se desmoronan.

De su parte el marqués, lleno de curiosidad y suspicacia, estaba que daría el dedo meñique por saber qué viento traía á su cuñado. Pensaba en recriminaciones, en acusaciones, en cuentas del pasado ajustadas ahora por quien tenía derecho de ajustarlas, y pensaba también en cosa más inmediata y práctica, en

una discusión referente á las partijas que se hallaban incoadas y pendientes desde el fallecimiento del señor de la Lage. Por más que el aire abierto y franco que traía Gabriel decía á voces—no vengo aquí á ocuparme en cuestiones de intereses—el marqués de Ulloa se fijó en la última hipótesis, y la dió por segura, y empezó á tirar mentalmente sus líneas y á combinar su estrategia. Con los años, el marqués de Ulloa había contraído las aficiones de los labriegos viejos, para los cuales no hay plato más gustoso que una discusión de pertenencia, un litigio, un enredo cualquiera en que si no danza el papel sellado, esté por lo menos en ocasión de danzar.

Como anticipándose á indicar el verdadero objeto de su venida, Gabriel, habiéndose quitado su sombrero hongo de fieltro, que le dejaba una raya roja en la frente, y pasándose con movimiento juvenil la mano por el cabello para arreglarlo y calado mejor los quevedos, preguntó:

—Y... ¿qué tal mi sobrina Manuela? Estoy

deseando verla. Debe ser toda una mujer... ¿estará guapísima?

El marqués de Ulloa gruñó, creyendo que el gruñido era la mejor manera de contestar á lo que juzgaba cumplimiento. Al fin articuló:

—Ahora la verás... Milagro que no anda por aquí. Estarán ella y Perucho... como dos cabritos, triscando. Los pocos años, ya se ve... Cuando vamos viejos se acaba el humor... Más tengo corrido yo por esos vericuetos, que ningún muchacho de hoy en día... Pero á cada cerdo le llega su San Martín, como dicen... Todos vamos para allá—dijo apoyando su grueso mentón en el puño de su palo, y señalando con la cabeza á punto muy distante.

Gabriel se entretenía contemplando el espectáculo de la era, que le parecía, acaso por la gran plenitud de su corazón y el rosado vapor en que sabía bañar las cosas su fantasía incurable, henchida de soberana quietud y paz. La puesta del sol era de las más es-

pléndidas, y los últimos resplandores del astro inundaban de rubia claridad la cima de las *medas*, convertían en cinta de oro bruñido la atadura de los haces, daban toques clarísimos de esmeralda á la copa de los árboles, mientras las ramas bajas se oscurecían hasta llegar al completo negror. Se oían los últimos pitios de los pájaros, dispuestos ya á recogerse, el canto ritmado del pas-pa-llás! en el barbecho, el arrullo de las tórtolas, que se dejaban caer por bandadas en los sembrados, en busca del rezago de granos y espigas que allí había derramado la hoz, y la lamentación interminable del carro cargado, tan áspera de cerca como melodiosa de lejos. A trechos se escuchaba también otra queja prolongadísima, pero humana, un ala laaaa! de segadoras, y todo ello formaba una especie de sinfonía—porque Gabriel no discernía bien los ruidos, ni podía decir cuáles salían de laringe de pájaro y cuáles de femenina garganta—una sinfonía que inclinaba á la contemplación y en la cual sólo desafinaba la

voz enronquecida del marqués de Ulloa.

Incorporóse éste, haciendo segunda vez pantalla de la mano.

—¿No preguntabas por tu sobrina? Me parece que ahí la tienes. ¡Vela allí!

—¿En dónde?—preguntó Gabriel, que no veía nada ni oía más que un discordante quejido, que poco á poco iba convirtiéndose en insoportable estridor.

Entre el marco que dos higueras retorcidas, cargadas de fruto, formaban á la puerta de la era, desembocó entonces una yunta de amarillos y lucios bueyes, tirando de un carro atestado de gavillas de centeno. Reparó Gabriel con sorpresa la forma primitiva del carro, que mejor que instrumento de labranza parecía máquina de guerra: la llanta angosta, la rueda sin rayos, claveteada de clavos gruesos, el borde hecho con empalizada de agudas estacas, donde para sujetar la carga, descansa un tosco enrejado de mimbres, de quitaipón. Pero al alzar la vista de las ruedas, fijó su atención un objeto más curio-

so: un grupo que se destacaba en la cúspide del carro, un mancebo y una mocita, tendidos más que sentados en los haces de mies y hundido el cuerpo en su blando colchón; una mocita y un mancebo risueños, morenos, vertiendo vida y salud, con los semblantes coloreados por el purpúreo reflejo del Oeste donde se acumulaban esas franjas de arrebol que anuncian un día muy caluroso. Y venía tan íntima y arrimada la pareja, que más que carro de mies, parecía aquello el nido amoroso que la naturaleza brinda liberalmente, sea á la fiera entre la espinosa maleza del bosque, sea al ave en la copa del arbusto. Gabriel sintió de nuevo una extraña impresión; algo raro é inexplicable que le apretó la garganta y le nubló la vista.

XIII

Primero se bajó de un salto Perucho, y tendiendo los brazos, recibió á Manuela, á quien sostuvo por la cintura. Cayó la chica con las sayas en espiral, dejando ver hasta el tobillo su pie mal calzado con zapato grueso y media blanca. Al punto mismo de saltar vió al desconocido, y se detuvo como indecisa. Perucho también pegó un respingo de animal montés que encuentra impensadamente al cazador. Gabriel clavó en su rostro la mirada, impulsado por ansia secreta é indefinible de saber si merecía su fama de belleza física el que él llamaba entre sí, con asomos de humorismo, el bastardo de Moscoso.

Para el escultor y el anatómico, belleza era, y de las más perfectas y cumplidas, aquel cuerpo bien proporcionado y mórbido, en que ya, á pesar de la juventud, se diseñaban líneas viriles, bien señaladas paletillas, vigorosos hombros, corvas donde se advertía la firmeza de los tendones; y rasgo también de belleza clásica y pura, la poderosa nuca redondeada, formando casi línea recta con la cabeza y cubierta de un vello rojizo; el trazo de la frente que continuaba sin entrada alguna; la vara de la correcta nariz; los labios arqueados, carnosos y frescos como dos mitades de guinda; las mejillas ovales, sonrosadas, imberbes; la nariz y barba que ostentaban en el centro esa suave pero marcada meseta ó planicie que se nota en los bustos griegos, y que los artistas modernos no encuentran ya en sus modelos vulgares, y por último el monte de bucles, digno de una testa marmórea, de los cuales dos ó tres se emancipaban hasta flotar sobre las cejas y estorbar á los ojos.

Para Gabriel, más pensador é idealista que artista y pagano, y además hombre moderno en toda la extensión de la palabra, aficionado á la expresión, prendado sobre todo, en el sexo varonil, de las cabezas reflexivas, de las frentes anchas en que empieza á escasear el cabello, de las fisonomías que son una chispa, una llama, una idea hecha carne, que habla por los ojos y se imprime en cada facción y se acentúa enérgicamente en la ahorquillada ó puntiaguda barba, de los cuerpos en que la disposición atlética y la hermosura de los miembros se disimula hábilmente bajo la forma de la vestidura usual entre gente bien educada; para Gabriel, decimos, fuese por todas estas razones ó por alguna otra que ni él mismo entendía, no solamente resultó incomprensible la lindeza de Perucho, sino que á pesar de su predisposición á la simpatía, sobre todo hacia la gente de posición inferior á la suya, le pareció hasta antipática é irritante aquella cabeza de joven deidad olímpica, aquella frescura campesina

y tosca, aquella cara tallada en alabastro, pero encendida por una sangre moza y ardiente, savia vital grosera y propia de un labriego (así pensaba Gabriel); y sobre todo aquellos modales aldeanos, aquel vestir lugareño, aquella extracción evidentemente rústica, revelada hasta en el modo de andar y en el olor á campo que le había comunicado la mies.

En cambio—¡oh transacciones de la estética!—Gabriel se indignó de que alguien hubiese dudado de la hermosura de Manolita. ¡Manolita! Manolita sí que era guapa. Así como á Perucho se le estaba despegando la americana y el pantalón, y su musculatura pedía á voces el calzón de estopa de los gañanes que erigían la meda, á Manolita (seguía pensando Gabriel) no le cuadraba bien el pobre vestidillo de lana, y su fino talle y su airosa cabecita menuda reclamaban un traje de *cachemir* de corte elegante y sencillo, un sombrero *Rubens* con plumas negras — que lo llevaría divinamente.—

¿Parecido con su madre? Sí; mirándola bien, se parecía, se parecía mucho á la inolvidable *mamita*; los mismos ojazos negros, las mismas trenzas, la frente bombeada, el rostro larguito... pero animado, trigueño, con una vida exuberante que la pobre *mamita* no gozó nunca. Y además, serena é intrépida y despegada y arisca. Al decirle su padre:—Este señor es tu tío Gabriel Pardo, el hermano de tu mamá,—la montañesa apuntó á boca de jarro las pupilas, y murmuró con desdeñosa gravedad:

—Tenga usted buenas tardes.

Sin más conversación, volvió la espalda, deslizándose tras de la meda. Gabriel se quedó algo sorprendido de semejante conducta por parte de su sobrina. Entre los números del programa trazado por su imaginación, se contaba el del recibimiento. Con el candor idílico que guardan en el fondo del alma los muy ensoñadores, durante el camino se había imaginado una escena digna del buril de un grabador inglés: una doncella candorosa aun-

que algo brava y asustadiza, que se ruborizase al verle, que le hiciese muy confusa y bajando los ojos varios saludos y reverencias, que luego consultase con tímida mirada á su padre, y autorizada por una seña de éste, saliese precipitadamente, volviendo á poco rato con una bandeja de frutas y refrescos que brindar al forastero... Sí, buenos refrescos te dé Dios! Maldito el caso que le hacía Manolita; y su padre, en vez de mostrar que extrañaba semejante comportamiento, ni lo notaba y seguía conversando con Gabriel, informándose asiduamente de ¿cómo había encontrado los asuntos de su padre, al hacerse cargo de ellos? ¿Cómo andaba el partido H y los foros X? El artillero contestaba; pero de soslayo observaba atentamente lo que acontecía en la era. A su sobrina no la veía entonces; sí á Perucho, que en mangas de camisa, habiendo echado la americana sobre el yugo de los bueyes, ayudaba á descargar el carro, mostrando deleitarse en la actividad muscular, que esparcía su sangre y la envia-

ba en olas á enrojecer su pescüezo y su frente blanca y lisa. Así que la carga del carro estuvo por tierra, llegóse á la meda empezada, en cuya cima vió Gabriel alzarse, como estatua en su pedestal, á Manolita. Cruzáronse entre los dos muchachos frases, risas y una especie de gracioso reto; y empuñando Perucho con resolución una horquilla de palo, dió principio al juego de levantar con ella un haz y arrojárselo á la chica, que lo recibía en las manos como hubiera podido recibir una pelota de goma, sin titubear, y se lo pasaba al punto á un gañán encaramado también sobre la meseta de la meda, el cual lo sentaba y colocaba, espiga adentro, *medando* hábil y rápidamente.

Gabriel no tenía ojos ni oídos más que para el juego. Su cuñado seguía habla que te hablarás, en el tono llano y cansado del hombre para quien pasó la edad de los retozos y no cree que ya le importen á nadie. Y Gabriel se consumía, contestando cortésmente, pero distraído, con el alma á cien leguas de

la plática. Al fin no pudo contenerse, y se levantó.

—¿Tú querrás descansar? ¿Tomas algo? ¿Cenas?...—interrogó obsequiosamente el marqués, dando muestras de querer llevarse á su huésped hacia casa.

—No... Sí... Quisiera...—murmuró Gabriel un tanto confuso, porque al verse de pie le pareció ridículo decir:—Lo que estoy deseando, á pesar de mi brazo vendado, es ponerme también á echar haces á la *meda*...—Y no atreviéndose á confesar el capricho, se dejó guiar resignado hacia la gran mole de la casa solariega. Al salir siguió escuchando durante algunos segundos las risas de la pareja, el jeem! triunfal que dilataba la cavidad pulmonar de Perucho al lanzar los haces, y el impaciente—venga otro!—de Manolita cuando tardaban.

XIV

Al entrar en los Pazos experimentó Gabriel la impresión melancólica que sentimos al acercarnos á la sepultura de una persona querida, y la emoción profunda que nos causa ver con los ojos sitios que desde hace mucho tiempo visita nuestra imaginación. En sus años de colegio, Gabriel se representaba la casa de su hermana como una tacita de plata, elegante, espaciosa, cómoda; después sus ideas variaron bastante; pero nunca pudo figurársela tan ceñuda y destartalada como era en realidad.

A la escalera salieron á hacerle los honores

el Gallo y su esposa, la ex-bella fregatriz Sabel, causa de tantos disturbios, pecados y tristezas. Quien la hubiese visto cosa de diez y ocho años antes, cuando quería hacer prevaricar á los capellanes de la casa, no la conocería ahora. Las aldeanas, aunque no se dediquen á labrar la tierra, no conservan, pasados los treinta, atractivo alguno, y en general se ajan y marchitan desde los veinticinco. Sus extremidades se deforman, su piel se curte, la osatura se les marca, el pelo se les vuelve áspero como cola de buey, el seno se esparce y abulta feamente, los labios se secan, en los ojos se descubre, en vez de la chispa de juguetona travesura propia de la mocedad, la codicia y el servilismo juntos, sello de la máscara labriega. Si la aldeana permanece soltera, la lozanía de los primeros años dura algo más; pero si se casa, es segura la ruina inmediata de su hermosura. Campesinas mozas vemos que tienen la balsámica frescura de las hierbas puestas á serenar la víspera de San Juan, y al año de consorcio no es posible co-

nocerlas ni creer que son las mismas, y su tez lleva ya arrugas, las arrugas aldeanas, que parecen grietas del terruño. Todo el peso del hogar les cae encima, y adiós risa alegre y labios colorados. Las coplas populares gallegas no celebran jamás la belleza en la mujer después de casada y madre: sus requiebros y ternezas son siempre para las *rapazas*, las *nenas bunitas*.

Sabel no desmentía la regla. A los cuarenta y tantos años, era lastimoso andrajo de lo que algún día fué la mejor moza diez leguas en contorno. El azul de sus pupilas, antes tan claro y puro, amarilleaba; su tez de albérchigo era piel de manzana que en el madurero se va secando; y los pómulos sobresalientes y la frente baja y la forma achatada del cráneo se marcaban ahora con energía, completando una de esas cabezas de aldeana de las cuales dice cualquiera: «Mas fácil sería convencer á una mula que á esta mujer, cuando se empeñe en algo.»

Con todo, su marido Angel de Naya, por

remoquete *Gallo*, la tenía no sólo convencida, sino subyugada y vencida por completo, desde los tiempos ya lejanos en que anhelaba dejar por él su puesto y corte de sultana favorita en los Pazos, é irse á cavar la tierra. Era una devoción fanática, una sumisión de la carne que rayaba en embrutecimiento, y una simpatía general de epidermis grosera y alma burda, que hacían de aquel matrimonio el más dichoso del mundo. El varón, no obstante, calzaba más puntos que la hembra en inteligencia, en carácter, y hasta en ventajas físicas. Ajada y lacia ella, él conservaba su tipo de majo á la gallega y su triunfadora guapeza de sultán de corral: el andar engallado, el ojo claro, redondeado y vivo, las rizosas patillas y la *fachenda* en vestir y el empeño de presentarse con cierta dignidad harto cómica. Es de saber que el Gallo, sin madurar los vastos y mefistofélicos planes de su antecesor y suegro el terrible Primitivo, no era ajeno á miras de engrandecimiento personal, que delataban indicios evidentes. El Gallo

vestía de *señor*, lo que se dice de *señor*; encargaba á Orense camisolos, corbatas, pañuelos, capa, reloj, botitos, y por nada del mundo se volvería á poner su pintoresco traje de terciopelo de rizo azul, con botones de filigrana de plata, y la montera con plumas de pavo real, ni á oprimir bajo el sobaco el *fol* de la gaita á cuyo sonido habían danzado tantas veces las mozas. Paisano trasplantado á una capa superior, todo el afán del Gallo era subir más, más aún, en la escala social. Nadie le obligaría á coger una horquilla ó una azada: dirigía la faena agrícola, nunca tomaba parte activa en ella, porque soñaba con tener las manos blancas y no *esclavas*, como él decía. Otra de sus pretensiones era leer óptimamente y escribir con perfección. Como todos los labriegos que aprenden á leer y escribir de chiquillos, su iniciación en esta maravillosa clave de los conocimientos humanos era muy relativa: saber leer y escribir no es conocer los signos alfabéticos, nombrarlos, trazarlos; es sobre todo poseer las ideas que despiertan

esos signos. Por eso hay quien se ríe oyendo que para civilizar al pueblo conviene que todos sepan escritura y lectura; pues el pueblo no sabe leer ni escribir jamás, aunque lo aprenda. En resolución, el Gallo se despepitaba por alardear de lector y pendolista y acostumbraba por las noches, antes de acostarse, leerle á su mujer, en alta voz, el periódico político á que estaba suscrito y que proporcionaba una satisfacción profunda á su vanidad, al imprimir en la faja—Sr. D. Angel Barbeito—Santiago—Cebre.—Por supuesto que leía de tal manera, que no sólo al caletre algo obtuso de Sabel, sino al más despierto y agudo, le sería difícil sacar nada en limpio; porque suprimía radicalmente puntos y comas, se comía preposiciones y conjunciones, se merendaba pronombres y verbos, casaba sin dispensa palabras y repetía cuatro y seis veces sílabas difíciles, siendo de ver lo que se volvían en labios suyos las noticias referentes, verbigracia, al *Mahdi*, á los *nihilistas*, al rey Luís de Baviera ó á los *senianos* y *liga agraria*.

Y todos estos sucesos, batallas, asolamientos y fieros males, cuanto más lejanos y más inaccesibles, razonablemente hablando, á su comprensión, más le deleitaban, interesaban y conmovían; y era curioso oírseles explicar, en tono dogmático, á otros labriegos menos enterados que él de la política exterior europea en cierta tertulia que solía juntarse en la cocina de los Pazos. Respecto á sus pretensiones de pendolista, había empezado á satisfacerlas del modo siguiente: encargando á Orense una resmilla de papel de cartas bien lustroso, de canto dorado, y mandando plantificar en mitad de cada hoja un A. B. cruzado, tamaño como la circunferencia de un duro; y ya provisto de papel tan elegante y de escribanía y cabos de pluma en armonía con él, dió en escribir, para ejercitar la letra, cartas y más cartas á todo bicho viviente, tomando por pretexto, ya el felicitar los días, ya cualquier motivo análogo. También era para él gran preocupación el hablar, pues se esforzaba á que sus labios olvidasen el dialecto á que es-

taban avezados desde la niñez, y no pronunciaban sino un castellano que sería muy correcto si salvásemos las innumerables *jeadas*, contracciones, diptongos, barbarismos y otros lunarillos de su parla selecta. Y cuanto más se empeñaba en sacudirse de los labios, de las manos, de los pies, el terruño nativo, la oscura capa de la madre tierra, más reaparecía, en sus dedos de uñas córneas, en sus patillas cerdosas y encrespadas, en sus muñecas huesudas y en sus anchos pies, la extracción, la extracción indeleble, que le retenía en su primitiva esfera social! Si él lo comprendiese sería muy infeliz. Por fortuna suya creía todo lo contrario.

Incapaz de los vastos cálculos de Primitivo, había dedicado á comprar tierras todo el dinero heredado de su difunto suegro, que no era poco y andaba esparcido por el país en préstamos á un rédito usurario. El Gallo amaba las fincas rústicas á fuer de labriego de raza. Instalado en los Pazos de Ulloa, la casa más importante del distrito, vió desde

luego lo ventajoso de su situación para *pape-lonear*; y como el Gallo antes pecaba de pró-digo que de mezquino, condición frecuente en los gallegos, dígase lo que se quiera, su sueño dorado fué subir como la espuma, no tanto en caudal cuanto en posición y decoro; y se propuso, ya casado con Sabel, convertirse en *señor* y á ella en *señora*, y á Perucho en señorito verdadero... Aquí conviene aclarar un delicado punto. Era de tal índole la vanidad del buen Gallo, que dejándose tratar de *papá* por Perucho y sin razón alguna para regatearle el título de hijo, la idea de que por las venas del mozo pudiese circular más hidalga sangre, le ponía tan esponjado, tan hueco, tan fuera de sí de orgullo, que no había anchura bastante para él en toda el área de los Pazos. Lo pasado, el ayer de Sabel en aquella casa, lejos de indignarle ó disgustarle, era el verdadero atractivo que aún poseía á sus ojos una mujer marchita y cuadragenaria.

El matrimonio salió á esperar al hués-

ped en la meseta de la escalera, deshaciéndose en obsequiosos ofrecimientos al «señorito». Parecían los verdaderos dueños de la casa. Aunque Sabel no guisaba ya, ¡pues no faltaría otra cosa! se enteró minuciosamente de lo que el huésped podía apetecer para su cena. ¿Una ensaladita? Tortilla? Lonjas de carne? Chocolate? Gabriel repetía que cualquier cosa, que él comía de todo; y en esta porfía me lo iban llevando de habitación en habitación, á cual más destartada, y sin muebles. En el comedor dieron fondo, y según la costumbre del país, sentáronse ante la mesa libre de manteles, presenciando cómo la *cubrian* . Gabriel, al comprender que se trataba de cenar, buscó con los ojos algo que no parecía por el comedor. Y al fin no pudo contenerse.

—¿Y Manolita?—preguntó.—Y Manolita? No cena?

—La chiquilla?... Busca! Quién cuenta con ella?—respondió el marqués de Ulloa, como si dijese la cosa más natural y corrien-

te del mundo.—¿ En tiempo de siega? Echarle un galgo. Ahora se juntarán en la era todas las segadoras, y armarán un bailoteo de cuatrocientos mil demonios, y pandereta arriba y pandereta abajo, y copla va y copla viene, y habiendo una luna hermosa como hay, tenemos broma hasta cerca de las diez.

No replicó palabra Gabriel, por lo mismo que se le ocurrían infinidad de objeciones: pero no era ocasión de soltar la sin hueso allí delante de la criada que entraba y salía llevando platos, vasos y servilletas. Su impulso era decir:—Pues mira, vámonos á la era, y luego cenaremos juntos,—pero se contuvo: todo le parecía prematuro, indelicado y fuera de sazón mientras no tuviese con su cuñado una entrevista, lo que se llama una entrevista formal.

Trató de entretenerse observando. Le parecía poético aquel comedor tan distinto de los que se ven en todas partes, sin aparadores, sin platitos japoneses ó de Manises colgados por la muralla, sin cortinas ni chimenea;

por todo adorno, barrocas pinturas al fresco, desconchadas y empalidecidas, representando pájaros, racimos, panecillos, ratones que subían á comérselos, y otros caprichos de la fantasía del pintor; y en el centro, frente á la vasta mesa de roble y á los bancos duros, de abacial respaldo, el péndulo solemne. También la mesa se le antojó que tenía *carácter* ó *cachet*, ese no sé qué de arcaico que enamora á las cansadas imaginaciones modernas, y se confirmó en ello al fijarse en el plato que le pusieron delante, en cuyo fondo campeaban emblemas curiosísimos, que le trajeron á la memoria su edad infantil, pues en su casa siendo niño había visto loza idéntica. Era en efecto resto de dos docenas de platos traídos por doña Micaela, la madre del marqués, que debían formar parte de alguna soberbia vajilla hecha para un Pardo virrey ó magnate: tenía en el centro el escudo de los Pardos de la Lage dividido en dos cuarteles; en el de la derecha se encabritaban dos leones rampantes en campo de gules, y en el de la izquier-

da otro león y cuatro cruces de Malta en campo de oro. Un casco con una cruz de Caravaca por cimera remataba el escudo: sobre él se leía en una banderola la divisa: *Fortis in fide et regi fidelis*; bajo el escudo, en otra banderola, *Per cruces ad triumphos*. ¡Resto de algo glorioso, esculpida y dorada proa que recuerda al buque náufrago! Distrajo á Gabriel de la contemplación del plato, su cuñado que con inmenso cucharón de plata le servía una sopa de pan humeante, grasienta y doradita. La sopa cubrió en un momento los lemas heroicos y los fieros leones, y no quedó ni señal de la pluma flotante del casco, ni de los airosos picos en que se bifurcaban al extremo las gallardas banderolas de las divisas.

Si Gabriel pudiese recordar otras épocas de los Pazos, notaría, no sólo en aquella exhibición de vajilla blasonada, sino en mil detalles más, que allí reinaba cierta suntuosidad desconocida cosa de veinte años antes. Y no era que don Pedro Moscoso se hubiese pulido y civilizado algo; al revés: con la mengua

de sus fuerzas físicas, con el paso de la vida nómada de cazador á la más sedentaria de hidalgo que cultiva sus tierras, con el terror de la gota, de la vejez y de la muerte, terror que se iba escribiendo en su huraño semblante, le había entrado mayor indiferencia que nunca por las finuras y elegancias: en cambio la materia le dominaba, cogiéndole por el flaco de la gula, y como todos los gotosos, apetecía justamente los platos y vinos que más daño podían causarle. El ramo de pompas y vanidades corría de cuenta del insigne Gallo, en quien latía la inclinación más irresistible al fausto y esplendor, y que procuraba deslumbrar al huésped con la vajilla y con cuanto pudiese.

Cuando después de reposar la cena fumando un par de cigarrillos, pedía Gabriel á don Pedro una entrevista confidencial para el día siguiente, retirábase el Gallo á sus habitaciones en compañía de su mujer, la cual acababa de disponer todo lo necesario al alojamiento del huésped. Nada menos que

á sus habitaciones que eran en la planta baja, muy apañadas y cucas, con divisiones nuevecitas de barrotillo y enlucido de yeso. Todo lo que antes fué madriguera del zorro Primitivo, lo había convertido el presuntuoso Gallo en corral digno de sus espolones y fachenda. Y cuanto tenían de destartalados y tristes los aposentos de arriba, que habitaba el señor, otro tanto de cómodos y alegres los de abajo, el nido que se labraba el mayordomo. Llenitas como un huevo, nada faltaba en ellas: ni los cómodos armarios recién pintados, ni las útiles perchas, ni las sillas y sofá de *yute*, ni el espejo grande en la salita, ni las fotografías harto ridículas, en sus marcos dorados, ni cromos de frailes y majas, ni muñequitos de porcelana tocando el violín, ni calendario americano, ni, en suma, ninguno de los objetos que componen el falso bienestar y el lujo de similar que hoy penetra hasta en las aldeas. La cama de matrimonio era negra *maqueada*, es decir, con unos pecaminosos medallones dorados y unas ini-

cuas guirnaldas de rosas; á cada viaje que el Gallo hacía á Orense, se le acrecentaba el deseo de trocarla por una dorada enteramente, lo cual era á sus ojos el colmo de la ostentación y sibaritismo humano; pero un vago recelo de lo que podría decir la gente envidiosa y chismosa, le contenía siempre, reduciendo su vehemente capricho al estado de sueño, de aspiración imposible, y por lo mismo más seductora.

Las pollitas, ó sean las hijas del Gallo, de siete y nueve años de edad, dormían ya como sardina en banasta en una misma cama, la una en posición natural, la otra con los pies hacia la cabecera; dormían con los ojos colorados y los carrillos hechos un tomate de tanto becerrear y llorar, porque querían ir á la era, á oír tocar la pandereta y cantar la *encomienda*; pero su padre, que profesaba las más severas ideas respecto al decoro de las *señoritas*, no se lo había permitido. Sabel empezaba á soltarse los cordones de las innumerables sayas que vestía según la costum-

bre aldeana: y el Gallo, sentado en una butaca, al lado de una mesa que sustentaba la lámpara de petróleo (una lámpara nada menos que de imitación de porcelana japonesa) tomó el periódico que á la sazón recibía, y era si no mienten las crónicas *El Globo*, y comenzó á chapucear sueltos, asombrándose mucho del calor que hacía en Nueva York, y exclamando:

— Ave María de gracia!... Dice que están á noventa... y cin... y cin... co *farengues*... (95° Fahrenheit se cree que sería), y trin... trienta y ci... cinco y ciento gra... dos!... (35° centígrados, supongo que rezaría la hoja.) Mujer... qué pasmo!

Sabel, que se acostaba entonces, respondió con una especie de complaciente gruñido, estirándose gustosa entre las sábanas, pues sin saber cuántos *farengues* de calor se gastaban por allí, sabía que había sudado el quilo el día entero. Y con ese género de gruñidos salía del apuro siempre que su consorte se empeñaba en enseñarle el santito, el gra-

bado, ó mejor dicho el borrosísimo cliché del periódico, para hacerle admirar cuatro chafarrinones y media docena de rayas en que una fantasía ardiente podía reconocer, ya una *Aldea rusa á orillas del Volga*, ya la *Vista de Constantinopla tomada desde el Bósforo*, con otros primores artísticos de la misma laya. Aquella noche, después de pagar el imprescindible tributo á la política exterior y al movimiento europeo, ambos cónyuges, después de apagar el quinqué soplando fuertemente en la boca del tubo, entre el silencio y la oscuridad y el bienestar del lecho, que refuerza muchísimo la potencia discursiva, se echaron á indagar, comunicándose sus reflexiones, qué demonios sería aquella venida del señorito don Gabriel.

XV

La primer noche de los Pazos fué para Gabriel Pardo noche de fiebre. Fiebre de impaciencia, fiebre de cólera, fiebre de recuerdos, de esperanzas, de curiosidad, de indefinible y hondo temor, y además... por qué negarlo? por qué dudarle? fiebre amorosa!

Amorosa! Una niña á quien había visto un cuarto de hora, que le había dicho *buenas tardes* por junto y enseguida á recoger gavillas de centeno sin mirarle más á la cara! Una niña cuyos rasgos fisiognómicos le sería imposible recordar con exactitud!

—No soy yo quien se enamora, es mi ima-

ginación condenada—pensaba el comandante.—Parezco un cadete. Pero es que en esa chiquilla he cifrado yo muchas cosas. La familia pasada y la futura, mi *mamita* y mi hogar, mis ya casi desvanecidas memorias de cariño y mis justas aspiraciones á los afectos santos que todo hombre tiene derecho á poseer... Por eso me ha entrado así, tan fuerte.

Cabalmente le habían dado el cuarto de su *mamita*—el cuarto en que había muerto! Él no lo sabía. Por una especie de convenio tácito consigo mismo, y á fuer de persona recata, le repugnaba hacer ninguna pregunta hostil ó desagradable en una casa adonde venía en són de paz; así es que no había querido ni enterarse de *cuál era el cuarto*. Se lo dieron porque, arreglado poco antes de la boda, se encontraba más presentable que el resto de la desmantelada huronera, tan invadida por las aficiones agrícolas del dueño, que en algún salón la cosecha de maíz sobrante se amontonaba á ambos lados en rimeros de oro.—Allí la cama barroca, con su dorado copete

figurando el sol; allí el biombo con inverosímiles pinturas de casas y árboles; allí todavía el canapé de estilo Imperio en que se reclinaba la enferma, la honda ventana junto á la cual se sentaba á leer en un sillón de guta-percha ya descascarado; sobre la cabecera estampas de su devoción, un rosario de azabache con engarce de plata... todo había sido conservado allí, no por respeto ni por ternura, sino por la indiferencia de la vida campesina, por el tamaño del gran caserón, donde se pasaba un año sin que fuesen visitados algunos aposentos.

Gabriel velaba revolviéndose en la cama, escuchando el silencio, ese silencio campesino en que vibran siempre ladridos de canes vigilantes, murmullos de agua y brisa, coros de ranas, y antes de la aurora, gemir de carros, y á la aurora, dianas de gallos de sangre ligera. Calculaba qué línea de conducta le convendría adoptar al día siguiente; al fin optó por la más leal. Hablaría con el hidalgo francamente, se lo diría todo, obraría de

acuerdo con él y previo su consentimiento. Y si le negaba autorización para hacerse querer de la niña... bien, entonces le asistiría el derecho de tomársela.

Llegó al cabo el amanecer y sucedióle á Gabriel lo que á todos los que se pasan la noche en blanco suspirando por el día: que se quedó profunda é invenciblemente dormido. El marqués de Ulloa, inveterado madrugador gracias á sus hábitos de caza y siesta, vino con impertinente celo á despertar á su cuñado, aguijoneándole ya la curiosidad de saber el objeto de la venida del comandante. Gabriel fué llamado al mundo real cuando más á su sabor se encontraba en el de las quimeras. Propuso el marqués, á guisa de armisticio, que la conversaci6n fuese de cama á bucata, pero Gabriel rechazó las sábanas, y empezó á vestirse y lavarse en un aguamanil tan chico como incómodo, con dos tohallas no mayores que pañuelos de narices. Convinieron en que la entrevista se celebraría dentro de media hora en el despacho y

archivo del marqués de Ulloa — archivo que ya volvía á encontrarse punto más punto menos, en su pristino estado, antes de arreglarlo cierto capellán.

El artillero acudió puntualmente, y sin saber cómo, el diálogo que Gabriel se había propuesto que fuese sumamente correcto y formal, tomó en seguida giro humorístico, descarado y hostil por ambas partes. — Me dejas pasmado. — No sé por qué. — Pero, vamos claros: tú tienes gana de broma? — Nada de eso: con nadie, y menos contigo. — ¿En qué quedamos; me pides ó no á Manolita? — No te la pido; lo que hago es advertirte que voy á intentar tomarla, porque me parece desleal proceder de otra manera: al fin eres su padre. — ¿Tomarla? Cómo se entiende eso de tomarla? — ¿Cómo se entiende? No como lo entiendes tú, sino de otro modo: y para explicártelo mejor, voy á ver si logro que la chica me quiera, y entonces... entonces sí que te la pido. — Sólo faltaba que tampoco me la pidieras entonces. — Pues bien mirado, si ella

quiere darse, es cuando menos falta me hace que me la des tú; pero... yo soy así. — Tú eres por lo visto una buena pieza. — Nada de eso; al contrario; por sencillez y por honradez te cuento á ti todo esto. — Pero... ¿estará decente que andes tú por ahí acompañando á la chica, después de saber que tienes tales proyectos? — Mis proyectos son muy honestos, y no parece sino que tu hija anda muy recogida y pierniquebrada. — Hombre... hombre! — La has criado como un marimacho, sin recato ninguno, ¿sabes? Y muy mal, por no decir infernalmente. — Y á ti ¿quién te da vela?... — Poca cosa: como que intento ser su marido, y como que soy el hermano de su madre. — Manolita es una chiquilla, y además... no anda sola. — No, ya sé que la acompaña... el hijo del mayordomo. — (Aquí los ojos de ambos cuñados cruzaron una mirada singular, y don Pedro acabó por bajarlos). — Siempre anduvieron juntos ella y ese rapaz desde pequeñitos. — Bonita razón! En fin, al grano; ¿me permites, sí ó no, que pruebe á agradar

á Manolita?—¿Y si no te lo permito?—Lo haré sin tu permiso; sólo que lo haré desde fuera de tu casa, porque no me parecerá regular venir á meterme en ella para obrar contra tu gusto.—Y si te doy permiso y le agradas ¿te casarás con ella?— Hombre! ese es mi propósito: pero y si tratada, no me gusta? No puedo empeñarte mi palabra.— Me estás proponiendo cosas raras.— Aún voy á proponerte otra más rara que todas las demás. Si se arregla la boda, no le des un céntimo á tu hija de presente, y dispón tu testamento como te dé la gana y á favor de quien se te antoje.—Eh.... Ni un cént.... Quieto, quieto; mi hija no está en la calle; por de pronto tiene... la legítima materna.— (Por ahí te duele, pensó Gabriel cuando oyó esto).—La legítima materna de Manolita te la cederé: yo le señalaré de mi patrimonio, en carta dotal, otro tanto como le corresponda por herencia de su madre.—Yo... en realidad de verdad... así Dios me salve...—He dicho que ni un céntimo de presente, ¿cómo se dicen las

cosas?... Y el día de mañana... lo que te dicte tu conciencia... y nada más.— (La cara del marqués se dilataba, su barba gris temblaba de placer).—Vaya, vaya con don Gabriel Pardo! ¿Y cómo ha sido ese repentón de gustarte la chica?— Tres meses hace que me gusta.—Sin verla?—¡Se entiende! Casi no la he visto aún á estas horas. A ti, ¿qué te importa eso? Es cuenta de ella y mía. No se te pide sino la aquiescencia y nada más.— Pues... por mí... trato hecho.—Trato hecho... Acabáramos!

—Ya tengo—pensó Gabriel al volver á su cuarto—campo libre y carta blanca. Pasábase el cepillo por la cabeza á fin de alisar y distribuir mejor sus cabellos finos y escasos, cuando el corazón le dió un brinco absurdo, inverosímil: unos dedos menudos herían aprisa la puerta, una voz que le era imposible confundir ya con otra alguna, preguntaba:

—¿Hay permiso?

Manolita entró. Venía vestida con algún más esmero que el día anterior, y su traje de

percal color garbanzo salpicado de cabecitas de perros, látigos y gorras de jockey, revelaba pretensiones de *seguir la moda* y procedencia orensana ó pontevedresa. El peinado también indicaba más larga elaboración que la víspera, y había un lazo azul de raso al extremo de las trenzas. La muchacha se adelantó sin cortedad alguna por el cuarto de su tío, y con cierta sequedad le dijo, de carretilla y en tono uniforme, á manera de chico que recita la lección:

—Buenos días. ¿Cómo ha descansado usted? Yo... bien. Dice papá que le lleve á ver el huerto y la casa toda.

—Gracias, niña... Y para venir conmigo te has compuesto así?

—Mandó papá que me pusiese el vestido nuevo para acompañarle á usted.

—¿Te sería igual tutearme... ó te parezco demasiado viejo? Di—añadió con unos visos de melancolía.

—Algo viejo es... y me da vergüenza.

Gabriel se quedó encantado de la contes-

tación. «Ella me tuteará»—pensó para sí;—y añadió en voz alta:

—Pues cuando tengamos más confianza. Ahora, vámonos por ahí, al huerto... Tengo más ganas de aire libre que de ver la casa. ¿quieres mi brazo?

—Brazo! Ay qué chiste! Tengo los dos que Dios me dió. Puede que...

—¿Qué?

—Que si fuésemos por ahí... por montes... le tuviese yo que dar la mano.

—Pues mira... Justamente quería pedirte ese favor. Que me enseñases paseos largos, sitios bonitos... Tú que conoces todo este país como tu propio cuarto.

—Sí; pero á esta horita—notó la muchacha castañeteando los dedos—quién se atreve á pasar más allá del bosque? No se aguantará la calor, y usted que no tiene costumbre...

—Pues al bosque ahora, y á la tarde... me llevarás á donde gustes, chiquilla.

Volvióse la muchacha con un movimiento de malhumor y aspereza, que ya dos veces

había observado en ella Gabriel; y este síntoma infalible de detestable educación, en vez de desalentar al artillero, le atrajo más. —Es un terreno inculto, virgen, lleno de espinos, ortigas, zarzales... ¡Pobre huérfana, y pobre hermana mía! Si viviese... A falta suya, yo desbrozaré esa maleza, á fuerza de paciencia y de cariño.

La montañesa echó delante, ágil y airosa como una cabrita montés, y su tío la seguía, rumiando aquello del terreno virgen, y observando con gran placer que era aplicable así á lo moral como á lo físico de la muchacha. La cintura de Manolita, en vez de ser de forma cilíndrica, tenía las dos planicies delante y detrás, que suelen delatar la inocencia del cuerpo; su nuca (descubierta por la raya que dividía las trenzas colgantes), su nuca, esa parte del cuerpo femenino que el arte moderno ha rehabilitado devolviéndole tódo su valor expresivo, era de las más tranquilizadoras, por su delgadez y pureza, y lo raro y lacio del pelo corto que la sombreaba; su

andar era andar de cervatilla, sin languidez alguna, y sus sienes rameadas de venas azules y su frente convexa la hacían semejante á las santas mártires ó extáticas que se ven en los museos.

—Cuánto tengo aquí que enmendar, que enseñar, que formar!— reflexionaba Gabriel, muy encariñado ya con su oficio de preceptor.—Pero hay terreno, hay sujeto... ¡La han descuidado tanto! Lo que exista aquí de bueno ha de ser bueno de ley, por deberse exclusivamente á la fuerza é influjo del natural, á la rectitud del instinto. Más facil es habérselas con esta niña, entregada á sí misma desde que nació, que con esas chicas criadas en una atmósfera artificial, y á quienes la solicitud y los sabios... ó hipócritas consejos de las mamás, tías, y amiguitas, han cubierto de un barniz tan espeso y compacto, que el demonio que sepa lo que hay debajo de él.—¿Con que á dónde me llevas? al bosque? Pero qué modo de correr!—exclamó en voz alta, viendo que Manolita atravesaba velozmente

las habitaciones de la casa, bajaba las escaleras de cuatro saltos, y sin aflojar el paso se metía por el huerto.

—Corra también—respondió la niña casi sin volver la cara:—todo esto de la casa y la huerta es más cargante! Ya iremos despacio por el soto... Allí da gusto.

Realmente el huerto parecía un horno. El día amenazaba ser del todo canicular, y en la superficie del estanque, los mismos *escribanos de agua* tenían pereza de echar complicadas firmas con sus largos zancos, y adormecidos sobre las verdosas plantas palúdicas se entregaban al goce de beber sol. Los átomos del aire vibraban, prontos á inflamarse cuando el astro ascendiese á su zénit; innumerables insectos zumbaban entre la hierba; gorjeaban con viveza y regocijo los pájaros, seguros de que con aquel día tropical la espiga se abriría sola y los surcos se llenarían de derramada simiente; de cuando en cuando, una bandada de mariposas ejecutaba en el ambiente de fuego una figura de rigodón,

y luego se desvanecía. Gabriel, sofocado, se había quitado el hongo, y abanicábase con él. Sin pararse, de soslayo la chica lo vió.

—Va á pillar un *soleado*... Ave María Purísima! Coja una hoja de berza y métala en el sombrero, que sino... mañana á estas horas está en la cama con un mal.

Obedeció el sabio consejo el artillero, y colocó dentro de su hongo una hoja de col bien aplicada.

—¿Y tú?—exclamó en seguida.—¿Por qué no coges un *soleado* tú? No llevas nada en la cabeza.

—Uy! Yo! Yo ya tengo confianza con el sol.

A lo lejos, más allá de los frutales del huerto, que apenas daban sombra, destacábase el soto, como una promesa de frescura y bienestar; el soto de castaños floridos, donde los rayos del sol no tenían acceso. Pero Gabriel, fuese por detenerse un minuto, ó porque realmente el paseo convidaba á refrescar la boca, se detuvo al pie de un ciruelo cargado de fruta, y llamó á su sobrina.

—Manuela?

Ella se volvió, asaz impaciente.

—Sabes que de buena gana comería un par de ciruelas?

—Pues cómalas, y buen provecho—respondió la chica encogiéndose de hombros.

—Escógemelas; ten compasión de un pobre cortesano ignorante.

—*Seque* no diferencia las verdes de las maduras?

—No... Sé un poco amable. Ayúdame.

Con el ceño fruncido, el ademán entre hosco y burlón, la chica alargó los dedos, bajó una rama, fué tentando ciruelas... y en un abrir y cerrar de ojos, dejó caer una docena, como la pura miel, amarillas por la cara que miraba al sol y reventadas ya de tan dulces, en el pañuelo limpio, marcado con elegante cifra, que Gabriel tenía cogido por las puntas.

—Mil gracias... Ahora...

—¿Ahora qué?

—Cómete tú una primero, para que me sepan mejor las demás.

—No me da la gana... Estoy harta de ciruelas.

—Pues dispensa... Una más ó menos, no te produciría indigestión, y al comerla, cumplirías un deber.

—¿*De qué?*—preguntó ella fijando con dureza en Gabriel sus ojos ariscos.

—El deber de las señoritas, que es hacerse agradables y simpáticas á todo el mundo, y con mayor razón á los huéspedes que tienen en casa, y todavía más si son sus tíos y vienen á verlas.

Una ojeada más fiera que las anteriores fué la respuesta de Manolita, que echó á andar apretando el paso, tanto que á Gabriel le costaba trabajo seguirla.

—Chica, chica.....—gritó.—Mira que he trepado por los vericuetos de las Provincias, pero tú eres un gamo..... Aguarda un poco.

Paróse la muchacha, y agarrándose al tronco de un peral, y estribando en la pierna izquierda, con la punta del pie derecho descri-

bia semicírculos sobre la hierba. Al alcanzarla su tío, no dijo palabra; suspiró con resignación, y siguió andando con menos ímpetu, pero sin hacer caso del forastero.

Dejado atrás el huerto, pisaron la linde del bosque, alfombrada por las panojas amarillentas de la flor del castaño, que empezaba á desprenderse aquellos días y había impregnado el aire de un olorcillo que sin ser embriagador perfume, tiene algo de silvestre, de fresco, de forestal, de húmedo y refrigerante, por decirlo así, encantador para los que han nacido ó vivido largo tiempo en la región gallega. No pecaba el soto de intrincado; como más próximo á la casa, había sido plantado con cierto orden y simetría, y los troncos de sus magníficos árboles formaban calles en todas direcciones, aunque los obstruyese la maleza, dejando sólo relativamente limpia la del centro, atajo que solían tomar los peatones que descendían de la montaña, para llegar á los Pazos más pronto. El ramaje era tan tupido y formaba tan espesa bóveda,

que sólo casualmente le atravesaba la claridad solar, engalanándolo con una estrella de oro de visos irisados, trémula sobre la cortina verde. Manolita andaba y andaba, pero más despacio ya, con el involuntario recogimiento que produce la frescura y la oscuridad de un bosque. Gabriel emparejó con ella, y señalándole el repuesto y solitario lugar y la mullida hierba, le dijo:

—¿Vamos á sentarnos un poco? Esto está envidiable.

—Bien—contestó lacónicamente la muchacha, siempre con la misma agrazón en el acento y el gesto; y se tumbó como de mala gana en el blando tapiz.

XVI

—Cortezuda es la pobrecilla!—pensaba Gabriel mientras su sobrina callaba arrancando uno tras otro los pétalos de una flor silvestre. La flor, que era una margarita, le contestó —mucho—pero la muchacha, que nada tenía de romántica, no le había preguntado cosa alguna.

—Manuela (esto ya iba dicho en voz alta y con dulzura y ansiedad)—dispénsame que te haga una pregunta. ¿Estás así, incomodada y de mal humor, por culpa mía, por tener que acompañarme? Mira, dímelo francamente, porque... no tendrá nada de particular, sabes?

Lo que se dice nada. Un pariente forastero que llega ayer, llovido del cielo; á quien tú no has visto jamás ni probablemente oído nombrar dos veces en toda tu vida; que no conoce tus gustos y costumbres, ni tú las de él... más viejo... mucho más viejo que tú; y que va tu padre y te manda que... lo acompañes, no es eso? Hija, comprendo, comprendo perfectamente que reniegues de mí.

Manuela bajó los ojos, que tenía clavados en el ondeante pabellón de las ramas, y miró á su tío primero con cierta sorpresa, después con atención. Gabriel, habiéndose quitado los quevedos, concentraba en sus expresivas pupilas toda la vida de su espíritu.

—Como lo comprendo, no pienses que me he de enfadar contigo... Lo que te dije antes, cuando te pedí que comieses las ciruelas, fué pura broma. Yo no me enfado por sentimientos naturales y cosas propias de la edad; además, nada que venga de ti puede enfadarme, niña. Tú puedes hacer de mí lo que quieras.

—¿Por qué?—preguntó la montañesa, cuya negra pupila se dilató de asombro.

—Porque eres un ángel, y los ángeles no ofenden á nadie... y porque aunque fueses un diablillo, yo... te querría, sabes? Lo mismo que te quiero... con toda el alma... con toda el alma!

Fué dicha la frase con tan sabrosa mezcla de calor y galantería, de ternura paternal y fuego profano, que Manuela se sintió poco á poco enrojecer desde la punta de la barbilla hasta la raíz del cabello, y su infalible instinto femenino le dijo que había allí *algo* inusitado, algo distinto de lo que podía decir un tío á una sobrina en el fondo de un bosque. Y otra vez se juntaron sus cejas, y su boca de finos labios adquirió expresión severísima.

—Tu madre—añadió Gabriel como para atemperar el encendimiento de sus palabras—fué mi hermana del corazón, y he conservado de ella tal memoria, que sólo por ser tú hija suya, besaría la tierra que pisas... ¿te

ries, chiquilla? Pues verás como lo hago, ahora mismo.

Y sin más preliminares, Gabriel, que estaba recostado un poco más bajo que la niña, se volvió, llegó el rostro á las yerbas en que el pie de ésta reposaba, y aplicóles un sonoro beso.

La gravedad de la montañesa se disipó como el humo. Ver á aquel señor, tan elegante, tan fino, tan formal, que aunque no era precisamente viejo, parecía «persona de respeto,» y que sin más ni más besuqueaba el suelo delante de ella, le arrancó una viva y sonora carcajada. Gabriel le hizo coro.

—Gracias á Dios que te veo reir!—dijo al disiparse el primer alborozo.—Gracias á Dios! Todo lo que sea no estar con aquella cara de juez de antes, me gusta. Á tu edad se debe reir... es lo natural. ¡Qué contento me da verte así! Sobrina mía... te declaro solemnemente que eres muy bonita cuando te ries. (Ya lo sabía la niña, y aunque montañesa, no ignoraba que al reir se le ahondaba un

par de graciosos hoyos en las mejillas y se lucían sus dientes, que en lo blancos y parejos afrentaban á los piñones). Por lo demás —siguió Gabriel— á mí, como te quiero, me pareces siempre muy linda... Sí, sobrinita. Antes de verte ya me gustabas...

—¿ Antes de verme? —interrogó la chiquilla con serenidad burlona, enjugándose con las yemas de los dedos lágrimas de risa.

—Antes. ¿ De qué te pasmas? ¿ Te acuerdas tú de tu mamá?

—No... ¡ Era yo tan *cativa* cuando se murió la pobre!

—¿ Y cómo te la figuras tú? Fea ó bonita?

—Qué pregunta! Ya se sabe que bonita.

—Pues... lo mismo me pasaba á mí contigo antes de verte. Ea: ¿ están hechas las paces? ¿ Somos amigos?

—Sí señor—respondió Manuela entornando los párpados.

—¿ No estás disgustada por tener que acompañarme?

—No señor...

—Sí señor, no señor... Ay, ay, ay! Qué sonsonete! Mira que si me enfado... te hago reír otra vez. Ya que no quieres tutearme... al menos, no me digas *señor*: díme *Gabriel*, que es mi nombre.

—Tío Gabriel?

—Bueno, *tío Gabriel*, si así te parece que te podrás ir acostumbrando á llamarme *Gabriel* á secas. Y ahora, que ya estamos con más confianza (Gabriel apoyó el codo sano en el suelo y se reclinó cómodamente), vamos, díme por qué estabas de mal humor conmigo esta mañana.

—Porque...—Manuela iba sin duda á soltar un secreto formidable; pero de pronto sus labios se cerraron, sus ojos vagaron por el suelo, y murmuró enérgicamente.—Por nada.

—¿ Por nada?

—Por... porque hablando francamente, era mejor que papá lo acompañase; yo no soy quien para entretenerlo ni darle conversación. Bonita diversión la que saca de estar

conmigo. ¿De qué le he de hablar? Por eso me dió rabia que papá discurriese mandarme á papar moscas con usted.

—Montañesita, eso que vas diciendo sí que es una chiquillada. No sólo me distrae tu compañía, sino que la he solicitado. ¿De dónde sacas tú que no tenemos de qué hablar? ¡Miren la muñeca! Vaya si tenemos: y tanto, que no se nos acabará en muchísimo tiempo la conversación. Podremos estar charlando una semana, y otra, y otra, y tener siempre cosas nuevas de qué tratar.

Enarcó Manuela las cejas, entreabrió los labios, redondeó los ojos, y se quedó como asombrada mirando al artillero.

—¿No lo crees?—dijo éste, que iba cortando con mucho primor, de una uñada, tallos de gramíneas, y reuniéndolos, sin duda con ánimo de formar un ramillete.

—No señor... tío Gabriel. Porque... yo soy una infeliz que me he criado aquí, entre los tojos, como quien dice, y usted anduvo mucho mundo y corrió muchos pueblos y sabe

todo... Conmigo se tiene que aburrir, eh? aunque por darme jarabe diga eso. Otra le queda.

—¡Ay, chiquilla! Te engañas de medio á medio. Pues si justamente te necesito; si me haces muchísima falta para explicarme, y enterarme, y ponerme al corriente de un sinnúmero de cosas importantísimas, en que eres tú maestra y yo no sé ni el a, b, c...

—Vaya, vaya, vaya—canturreó la niña con su marcado acento del país.

—No hay vaya, vaya, que valga—murmuró Gabriel remedándola tan jovialmente, que no había modo de enojarse por la parodia.—Sí señora. Se lo digo á usted formalmente, con toda la formalidad que cabe en un comandante de artillería. Mira, hijita, por lo visto tú eres como Santo Tomás: ver y creer. Así es que te diré cuáles son esas cosas en que eres una sabia y yo un borrico. Son... las cosas de por aquí, del campo.

—¿Del campo?

—Cabales... Atiéndeme... Yo me he criado

en un pueblo, he estudiado en otro, he vivido en varios, y no he estado en lo que se llama *campo*, sino en el *campamento*, que es muy diferente... Allí mira uno la tierra desde el punto de vista de cómo podrá, abierta en trincheras, servir para resguardarse del enemigo... y las montañas que yo he visto y recorrido, ¿sabes lo que buscaba en ellas? Un punto estratégico en que situar una batería... para santiguar desde allí á cañonazos á los carlistas.

Inclinóse la montañesa hacia su tío, revelando en sus ojos brillantes, en su respiración agitada, el interés con que infaliblemente escucha la mujer toda historia en que juega el valor masculino.

—¿Estuvo en muchas batallas?—preguntó mostrando gran curiosidad.

—En unas pocas... pero no batallas campales y en grande, hija mía, como esas que tú habrás visto pintadas ó te habrás representado en la imaginación; fueron encuentros parciales, tomas de fortines, asaltos de trinche-

ras, escaramuzas, tiroteos de avanzadas...

—¿Y muere gente en eso como en lo otro?

—Ah! Morir, sí, lo mismo; en proporción, quizá sea más peligroso... Allí ve uno muy de cerca el brillo de las bayonetas y los machetes, y la boca de los revólvers.

—¿Y á usted... lo hirieron? ¿Le hicieron daño?

—Sí, á veces... Rasguños.

—¿En dónde? ¿Aquí?—exclamó la chiquilla alargando su dedito moreno hasta rozar con él la mejilla de su tío, el cual se estremeció dulcemente, como si le hiciese cosquillas una de las delicadas gramíneas que cortaba.

—No...—dijo sin ocultar el estremecimiento...—Esto fué la explosión de un poco de pólvora que se me quedó embutida debajo de la piel...

—Ay! me ha de contar cómo fué. No..., pero antes las batallas.

Gabriel se incorporó quedándose sentado en la hierba, con las piernas estiradas y el

haz de gramíneas en la mano. Habíalas verdaderamente airosas y elegantes, montadas en tallos como hilos; sus menudas simientes pajizas temblaban, bailaban, oscilaban, se encrespaban y bullían como burbujas de aire moreno, como gotas de agua enlodada; algunas semejaban bichitos, chinchas; otras, como la *agrostis*, tenían la vaporosa tenuidad de esas vegetaciones que la fina punta del pincel de los acuarelistas toca con trazos casi aéreos, allá al extremo de los países de abanico: una bruma vegetal, un racimo de menudísimas gotas de rocío cuajadas. Con aquel fino puñado de hierba, Gabriel acarició la cabeza trigueña de su sobrina, diciendo con una explosión de alegría casi infantil:

—Ah, pícara... pícara! Ves cómo tenemos de qué hablar... y nos sobra. Lo ves, lo ves? Yo te cuento guerras ó catástrofes como esta de la pólvora que se me metió entre cuero y carne, y muchas cosas más que me han pasado; y tú...

—Bah! No haga burla, no haga burla... Ya

se sabe que yo no puedo contar nada que valga dos nueces.

—Que sí, mujer... Más que yo; doscientas veces más. Tú eres una doctora y yo un ignorantón.

—Con tanto como estudió?

—En los colegios, hija mía, nos enseñan cosas muy raras y estrafalarias, que andan en libros... y mira tú, lo bueno es que allí se quedan, porque luego, en la vida, no se las vuelve uno á encontrar ni por casualidad una sola vez. Pues sí... tú vas á reírte de mí cuando veas lo tonto que soy! No diferencio el trigo del centeno...

La montañesa soltó una carcajada fresquísimas.

—No he visto nunca moler un molino... El único en que estuve lo tomamos á cañonazos: era un molino en que se habían hecho fuertes las gentes del cabecilla Radica... Ya te figurarás que no molía entonces...

Redobló la carcajada de Manuela.

—Tampoco he visto segar... Ayer me ente-

rè de que hacéis unas cosas que se llaman *medas*, que son como una pirámide de haces de mies... y eso porque te ví encaramada encima como un loro en su percha...

Ya no era risa; era convulsión lo que agitaba á Manuela, obligándola á echarse atrás, á recostarse en el tronco del castaño para no caer... Con una mano, á la usanza aldeana, se comprimía la ingle, y con otra se tapaba la boca y la nariz, pero entre sus dedos rezumaban y salpicaban chorros de risa que, por decirlo así, caían sobre el rostro del artillero.

—Ay... ay... que me muero... que no puedo más... —decía la chiquilla.—Ay... por Dios... no diga tontadas así...

Sonreíase él, contento del efecto producido, y haciendo girar entre pulgar é índice el fino tallo de una gramínea, que por el volteo apresurado parecía una rueda de dorada niebla. Paróse, al ver un insecto semejante á una media bola de coral pulido, con pintas de esmalte negro, que le había caído sobre

el dorso de la mano y allí permanecía inmóvil.

—Ahí tienes—murmuró dirigiéndose á su sobrina, que pasado el espasmo se había quedado como aturdida, con dos lágrimas que le asomaban al canto de los lagrimales—mira si es verdad lo que tanto te hace reír, que ahora me veo en el apuro de ignorar qué fiera es esta que se me ha domiciliado en la mano.

—Esa?—balbució la niña como saliendo de un letargo—es una *mariquita de Dios*.

—Y por qué se está tan quieto este bicho divino?

—Quiere que vuele? Yo la haré volar enseñada.

—Pinchándola? No. Mira que yo, aquí donde me ves con estas barbas, no puedo sufrir que se lastime á ningún animal.

—Piensa que yo soy un verdugo? Verá cómo vuela solo con hablarle.

Y la niña, acercándose tanto á la mano de su tío que éste sintió el húmedo calor y la

frescura de su sano aliento, murmuró misteriosamente:

—*Mariquiña, voa, voa, que ch' ei de dar pan é ceboa.*

A las primeras sílabas del conjuro el insecto se bullió; á las segundas removiò sus patas, que parecían hechas de cabitos cortos de seda negra; á las terceras entreabrió las alas de coral, descubriendo debajo otras de gasa, de sombría irisación, que tenía replegadas como las alas membranosas del murciélago; y antes de que la fórmula cabalística terminase, alzó el vuelo rápidamente y se perdió en el aire.

—No he visto en los días de la vida animal más bien mandado—observó Gabriel un tanto sorprendido.—¿Obedecen así los demás bicharracos?

—Los demás? Buena gana! Si fuese una avispa y le clavase el aguijón... ya vería si obedecen ó no.

—De modo que los bichos más dañinos son las avispas?

—Uy! otros son peores. Hay los de cuatro patas... Raposos y lobos; allá en lo más alto de la sierra, jabalíes; la marta, que se come las gallinas; el *miñato*, que mata las palomas... Pero á mí esos animales fieros no me dan cuidado ninguno; me gustaría ir con los cazadores cuando dan la batida á los lobos, que debe ser precioso; pero á lo que tengo miedo es á... los perros rabiosos, en este tiempo del año. Dice que cuando muerden, para que uno no se muera, hay que quemarle con un hierro ardiendo el sitio donde dejan la baba... ih, ih, ihhh! (Manolita se estremeció, subiendo los hombros como si tuviese frío).

—Qué nerviosa es!—pensó para sí Gabriel, el cual, en medio de la embriaguez que le producía el ver á la niña tan domesticada ya y entretenida en tan familiar y afectuosa plática, no dejaba de estudiarla, recordando que tenía que hacer con ella oficio de padre, de maestro, y aun quizás de médico; tierno protectorado, acaso lo más dulce y atractivo

de la obra de caridad que su corazón emprendía.—Al mismo tiempo—calculó mirando la coloración trigueña, encendida y melada del rostro de su sobrina—hay sangre, generosa, rica y roja... Me gusta que tenga nervios: por el camino de los nervios se puede conseguir tanto de la mujer!

Aún charlaron algo más antes de volver á los Pazos á la hora de la comida. Al atravesar el bosque, pudo ver el comandante que los nervios de su sobrina se estaban quietos en ocasiones que alborotarían los de una señorita cortesana. Allá, en lo más oscuro y enmarañado del bosque, notó Gabriel un roce entre las hojas, algo parecido al cimbrear de una vara verde; y al punto mismo vió pasar á dos dedos de sí, con el espinazo arqueado y enhiesto, arrastrado el pecho, la plana cabeza erguida, una gruesa culebra, distinguiendo la blancura azulada de su vientre. Sería como la muñeca de un niño, y mediría de largo vara y media. Gabriel se quedó fascinado, sintiendo el frío que causa la presen-

cia de los reptiles. Manolita en cambio se bajó, y escudriñando entre las hojas caídas y la maleza, blandió triunfalmente un objeto amarillento, larguirucho, diáfano, que parecía hecho de papel de seda untado con aceite, por encima imbricado de escamas, por debajo plegado en pliegues horizontales; un andrajo orgánico, que aún parecía conservar la flexible curvatura del tronco que momentos antes revestía.

—La camisa de la culebra!—gritaba entusiasmada Manola.—¡La ha soltado ahí la bribonaza! ¡Vestido nuevo, que estamos en tiempo de feria! Ah maldita! Si yo tuviese una piedra con que *esmagarte* los sesos!... Mire, mire, mire—exclamó metiéndosela á Gabriel casi por los ojos:—mire la hechura de cabeza, mire la boca, mire los ojos... como se conocen los ojos!

—La llevas?—preguntó Gabriel viendo que se la enrollaba á la muñeca.

—Toma! Para enseñársela á Perucho.

XVII

Después de comer, transcurrida la hora sagrada de la siesta, Gabriel sintió otra vez llamar á su puerta, no con los nudillos y desdenosamente como por la mañana, sino con el batir imperioso de una manecita que manifiesta cierta cordialidad y deseo de ver pronto á la persona que busca. Saltó el comandante del canapé en que se había recostado, más á leer que á dormir. Como todo hombre de hábitos intelectuales, Gabriel, al llegar á los Pazos, había buscado algún alimento del alma, alguna lectura: el obsequioso Gallo le había ofrecido sus periódicos (el

señor los leía también al día siguiente); pero Gabriel, recordando haber visto por la mañana en el archivo un armario-estantería donde encima de las oscuras encuadernaciones de antiguos libros relucía algún filete de oro, se fué allá terminada la comida. Al abrir las hojas forradas, en vez de vidrios, de rejilla de alambre, salió una tufarada de moho, de polvo, de humedad; cenicientas polillas huyeron despavoridas de su refugio predilecto. No se arredró: fué sacando volúmenes. Cada libro que abría era un depósito de larvas, una red de túneles abiertos por el diente del insecto bibliófilo: y el cadáver del siglo XVIII se alzaba de su sepulcro, todo comido de gusanos: allí estaban, calados y alicatados por la polilla con mil pintorescos dibujos, *La Enriqueida*, *El Contrato Social*, *la Moral universal*, *las Confesiones*, *la Nueva Heloisa*: y también las novelas del género sentimental interminable: *Clara Harlowe*, *Pamela Andrews*, á las cuales las ratas, por no ser menos que los bichos, habían roído los cantos y

puesto como una sierra el borde de las hojas. Lo único que encontró Gabriel en mediano estado fueron las obras de Feijóo y Sarmiento, unos tomos del *Viajero universal* y un ejemplar de los *Nombres de Cristo*, así como la traducción del *Cantar de los cantares*, también del Maestro León. Llevóse para su cuarto lo más aceptable, y recordando sus aficiones filosóficas, se hundió en las luminosas simas platónicas de los *Nombres*. Pero entre su vista y la hoja de grueso papel en que el tiempo había derramado un baño de ámbar, se interponían dos ojos serenos y ariscos, ojos de novilla virgen, que miraban con despego primero y con pensativa curiosidad después. ¡Qué aprisa soltó el libro al oír llamar!

—Está cansado? Si no, es hora de ir saliendo.

—Adónde?

—Por ahí. ¿No dijo que quería...?

—Sí, chiquilla; contigo, al fin del mundo.

Ella se encogió de hombros, respuesta que tenía preparada para cuanto le sonaba á ga-

lante broma: pero ya sin el enfado rabiosillo de por la mañana.

Al salir á campo abierto, sobrecogió á Gabriel el ardor sofocante del día. El aire era fuego, fuego fluido que envolvía el cuerpo, penetraba en el cerebro, derretía los sesos y causaba la sensación de hallarse metido en una zanja, rodeado de hogueras. La naturaleza, abrumada por aquella temperatura canicular, yacía inmóvil: no corría brisa alguna. Manuela sin embargo andaba ligera, en términos que á su tío siempre le costaba trabajo seguirla. Tomaron un sendero oculto días antes por el movable mar de oro del trigo: pero ya la vega había ido despojándose del manto de seda amarilla, y la vista no se recreaba al contemplar, desde los oteros, las anchas alfombras, tan alegres, que parecían un pedazo de luz solar: ahora se veía la desnudez de la tierra, la negrura de los surcos, invadidos por el estéril helecho, y sobre los cuales yacían los haces en desorden como muertos después de la batalla; entre las cortadas es-

pigas doblaban la cabeza moribundas las amapolas de tafetán con corazón de terciopelo negro, las nevadas mejoranas, los cardos, las alfalfas y tréboles, toda la flora que se cobija á la sombra de la mies y vive por ella sola. Aún queda otra cosecha, en verano, otra planta tierna y verde que esparce su polen fecundante por el aire encendido: es el maíz, el maíz susurrón y melancólico, nunca saciado de agua; la cosecha del otoño gallego. Manuela fijó los ojos en la *cortina* segada.

—Después de que siegan ya parece que se escapa el verano—pronunció con cierta pesadumbre, pensando en alto, pues el verano era para ella la época suspirada, la época en que su compañero, su amigo de toda la vida, regresaba de Orense, y corrían y se solazaban juntos. Gabriel no comprendió el pesar de la montañesa: creyó que pensaba en el trigo no más, y miró á su vez los surcos. Empezaba á considerar con simpatía, aunque por reflejo, aquella cosa vasta y vaga, *el campo*, mas no se le ocultaba que la veía al través de

Manuela, con ese interés que inspiran las cosas que son el ambiente y el marco de la persona querida.

—Se puede saber á dónde me lleva su alteza la infanta?—preguntó cuando cruzaron el barbecho y fueron bajando á una pequeña hondonada en que crecían hasta una docena de olmos muy bajos.

—Vamos á la represa del molino... le enseñaré cómo muele... porque si subiese por la montaña, se moriría con el calor que hace...

—No, mujer... por quién me tomas? tú crees que yo soy una damita... Verás cómo no me canso, por muy largo que paseemos y por mucho que sea el calor.

Lo cierto es que el artillero pensaba ahogarse. Desde los tiempos en que andaba á la greña con los carlistas, no había pasado sofocón por el estilo, y el andar rápido de la muchacha le ponía á prueba. Pero antes mártir que confesor. No quería darse por vencido ante un poco de sol, y, como todos

los enamorados, quería alardear de vigor y salud.

—Vaya, vaya—dijo con graciosa roncería su sobrina—que si yo lo llevase allí (y señaló una cumbre no muy distante, que herida por el sol brillaba con resplandores micáceos), ya veríamos si podía volver por su pie.

—Niña... pero tú te imaginas que nunca he escalado montes? Caramba, hija! Y con la batería, que es un poco más peliagudo. ¿Cómo se llama esa altura?

—Pico-Medelo. Otro día iremos allá, ya que se hace de tan valiente, á ver quien saca la lengua primero; pero hay que salir por la fresquita de la mañana y entonces se ve desde allí una vista tan preciosa, que no sé: dicen que hasta se ve algo de Portugal. Es preciso que sea un día que sople vendabal, porque con él se ve más lejos que con el *nordés*. Y allí hay unas piedras viejísimas que dice que fueron de un castillo del tiempo...

La montañesa reflexionó, llamando en su ayuda todo su caudal de erudición.

—Del tiempo de los moros—exclamó al fin muy formal.

Viendo en el rostro de Gabriel una media sonrisa cariñosísima, añadió:

—Bah! Me hace burla. Pues no le vuelvo á contar nada. ¡Cuidado ahí! Que se puede resbalar en las hierbas, y pataplum!

Seguían orillando el diminuto barranco, en cuyo fondo iba cautivo un riachuelo que después se tendía encharcándose, antes de llegar al molino, invisible aún. La proximidad del agua y la sombra de los olmos, en tal momento, hacían del barranco un oasis. Entapizaban la superficie de la charca esas plantas acuáticas, esas menudísimas ovas que parecen lentejuelas verdegay, y engañan la vista representando una continuación del prado: Manuela avisó al artillero, cogiéndole del brazo, para que no metiese la bota entera y verdadera en el río. Al borde de la charca se arrastraban rojizas babosas y limazas negras de una cuarta de largo: daba grima pisarlas por la resistencia elástica que oponía su cuer-

po. Espadañas, gladiolos y juncos elevaban sus lanzas airosas al borde del agua. El terreno estaba empapado, y la suela de la bota de Gabriel, al posarse en la hierba, dejaba un ligero charco, borrado al punto. Oíase, misterioso y grave, el ruido del agua en la presa. Manuela se volvió de pronto.

—Sabe pescar?—dijo á su tío.

—En qué aprieto me pones! Jamás he cogido una caña, ni una red, ni...

—Qué lástima! Si Perucho viniese, esta noche de seguro que cenábamos una anguila tan gorda como mi brazo (y ceñía la manga de su traje para que se viese bien el grosor de la anguila.) Las hay hermosas en la presa. Entre el mismo barro las pescan con un pincho... Hay que remangarse...

—Vea usted—pensaba para sí el artillero.—De qué me sirven aquí filosofías ni matemáticas? Me convendría mucho, para conquistar á esta criatura, pescar anguilas. Yo aquí soy un sér inútil.

Rota la cortina de olmos, apareció el es-

tanque de la presa, del cual emergían los escobones de las poas y las flores rosas de la salvia: el agua se precipitaba espumante, pero Manuela vió con sorpresa paradas las paletas del molino.

—Hoy no muele—dijo meneando la cabeza.

—Ya me figuro por qué será; pero venga, que preguntamos.

Desandó lo andado, y volviendo á meterse por entre los olmos, torció á la derecha por un maizal, y pararon ante una era mucho más chica que la de los Pazos, cerrada por humilde tapia. Un perro de amarillento pelaje, atado á una cuerda al pie del hórreo, saltó ladrando como una fiera y arrojándose á morder; pero á la puerta de una casuca asomó una mujer anciana, y amansó al fiel vigilante con un—¡Quieto, can!—que en sus labios sonaba como regaño de persona cortés al criado que recibe mal una visita.

—Entren, entren, mi ama y la compañía—suplicaba obsequiosamente la vieja, riéndose con desdentada boca. Gabriel miró á la mu-

jer y la encontró típica. Representaba unos sesenta años: el sol había curtido su piel, que en los sitios donde sobresalen los huesos tenía el bruñido y la lisura de la piel de los arneses cuando el uso la avellana. Sus ojos grises, incoloros, hacían un guiño entre malicioso y humilde; su pescuezo colgaba en pellejos negruzcos, confundiéndose su color y la sombra del arranque del pelo, única parte que descubría el pañuelo atado á la usanza campesina, con una punta colgando sobre la espalda y dos cruzadas encima de la frente, á modo de orejas de liebre. Llevaba pendientes de prehistórica forma, parecidos á los que tal vez se encuentran en alguna sepultura; y el cruce de otro pañuelo sobre su pecho dejaba adivinar senos flojos de hembra cansada de criar numerosa prole. Remangadas las mangas de la camisa, se ostentaba su brazo—un poema de laboriosidad, un brazo en que las finas venas azules, que al escotarse las damas atraen la vista como el jaspeado de un rico mármol, eran gruesos troncos ne-

gruzcos, cuyas raíces se destacaban en relieve sobre la carne terrosa, parecida á barro groseramente cocido.—El semblante de la vieja respiraba satisfacción y amabilidad, y guiaba á los visitantes hacia su casa como si les fuese á hacer los honores de un palacio.

A la puerta estaba un rapazuelo como de dos años, de esos que se ven jugar ante todas las casucas de labrador gallego: cabeza grande, pelo casi blanco de puro rubio, muy lacio y que cae hasta la nariz, barriguilla hidrópica, fruto de la alimentación vegetal, sayo que respinga por delante, pies zambos, magníficos ojos negros que se clavan fascinados de terror en el que llega, el índice metido en la boca, y suspensa la respiración. El rapaz lucía un sombrero de paja con cinta negra, en el estado más lastimoso. La abuela, al entrar precediendo á Manolita y Gabriel, le dió un pequeño lapo para que se apartase, y en dialecto explicó, repitiendo cada cosa cien veces y con las mismas palabras, que los chiquillos

eran unos demonios, que á éste y á su hermana los había tenido que encerrar en el sobrado para poder cocer con sosiego, que hacía más de dos horas que pedían *bola*, aun antes de estar amasada la harina y caliente el horno, y que si no le bastaba haber cuidado tantos hijos, ahora le caían encima los nietos.

—Son los chiquillos del molinero—dijo Manolita alzando al muñeco panzudo y besándolo en la faz, sin asco del amasijo de tierra y algo peor que le cubría nariz y boca.—¿Y... por qué no está hoy su hijo en el molino, señora Andrea?—preguntó á la vieja.

—Ay mi ama... palomiña querida!—exclamó lastimosamente ésta, levantando al cielo las manos, como para tomarlo por testigo de alguna gran iniquidad.—¿Y no sabe que estos días, con el cuento de la siega... de la maja... no sabe cómo andan, paloma?

Al entrar en la casa, lo primero que vió Gabriel fueron las cabezas de dos hermosos bueyes de labor, que asomaban casi á flor de

suelo, saliendo de un establo excavado más hondo. A un lado y otro, haces de hierba. A izquierda, la subida al sobrado, donde estaban las mejores habitaciones de la casa: una escalera endiablada y pina, por donde treparon todos, y tras ellos, á gatas, el chicuelo. Arriba encontraron á su hermanilla, morena de cuatro años, hosca, ojinegra, redondita de facciones; cuando le alabaron su hermosura tío y sobrina, respondiòles la vieja con afable sonrisa:

—De hoy en un año andaré por ahí con la cuerda de la vaca...

Gabriel sintió un estremecimiento humanitario. ¡Con la vaca, aquella criaturita poco más alta que un abanico cerrado, aquel sér lindo y frágil, aquellas mejillas que pedían besos; una cuerda gruesa, áspera, enrollada á aquella muñequita débil! En dos minutos la incorregible fantasía le sugirió mil disparates, entre ellos adoptar á la niña; todo paró en echar mano al bolsillo para darle una moneda de plata; pero se había dejado en los

Pazos el portamonedas, y sólo encontró el pañuelo. Este era de los más elegantes para viaje y campo, de finísimo fular blanco, y las iniciales bordadas con seda negra. Se lo ató al cuello á la chiquilla, que bajaba los ojos asombrada y dudosa entre reir ó llorar.

—¿Cómo se dice? Se dice gracias, Dios se lo pague—gritó la abuela con mucha severidad; por lo cual la niña, volviendo la cabeza, optó por hacer un puchero de llanto. Vieron el sobrado en dos minutos: había el *leito* ó cajón matrimonial, y la cama de la vieja, un brazado de paja fresca sobre una tarima desde que se le había muerto su *difuntiño*, no podía dormir sino allí, porque tenía miedo en el antiguo *leito*. Los chiquillos dormirían... sabe Dios dónde: abajo, al calor del establo de los bueyes, ó tal vez en el horno. Dos ó tres gatos cachorros correteaban por allí, magros, mohínos, atacados de esa neurosis que en el país les curan radicalmente cercenándoles de un hachazo la punta del rabo. Otro gatazo lucio y hermosísimo salió

á recibir á la gente que bajaba del sobrado: era de los que llaman *malteses*, fondo blanco, manchas anaranjadas y negras distribuidas con la graciosa disimetría que embellece la piel del tigre. Manuela se inquietó al ver al pequeñuelo rubio descender solito por la escalera sin balaústre: la abuela se encogió de hombros: bah! á los chiquillos los guarda el diablo: pues no se había quedado un día colgado del primer escalón, sosteniéndose con las uñas y berreando hasta que lo fueron á coger? Esa clase de hierba nunca muere... Que pasasen, que verían su bolla... Entraron en la cocina, que cogía á la derecha tanto trecho como los establos y el sobrado: recibía luz por la puerta de la división de tablas, que comunicaba con el corredor, y una poca más se colaba libremente por el techado á tejavana; es verdad que también la iluminaban los hilos de brasa de unos *tallos* ó troncos menudos que ardían en el hogar. Encendió la vieja un fósforo, y enseñó orgullosamente un magnífico pan, una soberbia torta de *brona*,

color de castaña madura, bien redonda, bien cocida, bien combada hacia el medio, bien cruzada de rayas formando un enrejado romboidal. Alumbró después con su fósforo las profundidades del horno, cuya boca guarnecían ascuas inflamadas, y allá en el fondo se vieron tres ó cuatro torterones enormes, que acababan de cocerse. En el hogar resonaba un coro de grillos, muy bien afinado; un concierto misterioso, que sin lastimar el oído, vencía la tristeza del silencio. La vieja partió la torta, y alargó un pedazo á Gabriel y otro á Manolita, rogándoles que *no la despreciasen*, que probasen *su pobreza*. Hincaron el diente en el pan, de bonísima gana: al partirse el cortezón, descubría una masa amarilla, caliente y sabrosa, que Manuela alabó mucho.

—Pero, señora Andrea, qué le echa á la brona? Por fuerza esta mujer es *meiga*, y tiene algún secreto... Si parece bizcocho de Vilamorta.

—Ay mi ama, paloma! Ni siquiera *mistura* llevó, que se nos acabó el centeno y está el

nuevo por majar aún... Cuando lo haya, entonces me ha de venir á probar mi *bola*...

—Pues está mucho mejor hecha que la de casa; vaya si está... Le gusta, tío Gabriel?

—Riquísima..... La mejor prueba es que he despachado la mía ya..... Me das de la tuya?

—Tome, tome, señor—murmuró la paisana ofreciendo otro trozo: pero al ver, á la luz del fósforo, el rostro de Gabriel vuelto hacia su sobrina implorando el pedazo que la niña mordía aún, con la rápida intuición y la astuta sagacidad de las gentes del campo, bajó lentamente el brazo y no insistió en el ofrecimiento. Cuando salieron, llamó la atención de Gabriel, enseñándole las puertas de su casa, todas carcomidas.

—Señor—dijo en tono quejumbroso—¿y no le ha de decir al señor marqués ó al señor Angel que nos ponga unas puertas nuevas? Estamos sin defensa, señor, sin defensa para el invierno... ¿Si entra gente mala y nos roban nuestra pobreza toda, señor?... Mi ama

¿no lo ha de decir en casa, por el alma de quien la parió, paloma?

—Calle, calle—respondía Manuela;—que si les hiciesen caso, estaría siempre el carpintero amañándoles algo.

—Pero mire, santa, mire...—Y la vieja arrancaba con los dedos astillas del podrido maderamen para demostrar la justicia de su pretensión. Los chiquillos, domesticados ya, venían á enredarse entre las piernas: Gabriel hubiera dado dos duros por tener allí uno, en pesetas, y repartirlas á aquella tropa.

—Os he de traer una cosa...—les dijo besándolos con tanta resolución como su sobrina. El rapaz continuaba con su *pucho* encasquetado; la abuela se lo derribó, advirtiéndole con la misma severidad de antes:

—¿No se dice *besustélamano*? ¿Ó cómo se dice?—Y arrancando la cobertera de la cabeza de su nieto, la mostró á Gabriel metiendo los cinco dedos por otros tantos agujeros fenomenales: podían creerle que era un sombrero nuevecito, comprado en la última feria

de Cebre; pero al enemigo del rapaz, qué se le había ocurrido hacer? pues con la hoz de segar la yerba, lo había segado, perdonando ustedes... y así estaba ahora, que parecía un Antruejo (*Antroido*). Con esto, la buena de la vieja acompañó á las visitas hasta el límite de su era, á fin de librarlos del colmilludo mastín, y los despidió con un ¡vayan muy dichosos! que ahogaron los ladridos del vigilante.

—Vaya, ¿se divirtió?—preguntó Manuela muy risueña al salir.

—No sabes cuánto, hija. No doy lo que acabo de ver por las más pintadas distracciones que puede ofrecer un pueblo. Chiquilla, no sólo me divierte, sino que me interesa... pero no sabes cómo. ¿No te parece á ti que daría gusto ir entrando así en todas las casas de estas pobres gentes, una por una, y enterarse de lo que necesitan, de lo que quieren, de lo que piensan...?

—¡Ay! son tantas cosas las que necesitan... Á mí y á Perucho nos rompen siempre los

oídos pidiendo... Que una *chaminé* porque los mata el humo; que rebaja del arriendo porque la cosecha fué mala; que perdón de la renta de castañas porque no se cogieron... El diablo y su madre. Si uno pudiera... Pero mi padre y Angel no hacen caso maldito... Son muy pedigüeños; lo que es éso es la pura verdad. Yo... dar... les doy lo que tengo: toda mi ropa vieja... pero es poquita.

Gabriel Pardo, olvidando ideas humanitarias y fantasías sociológicas, sintió al oír estas frases, que dijo Manolita con acente alegre é indiferente, tiernísima compasión por su sobrina; y la miró de tal manera, que la montañesa volvió el rostro y cogió una rama del espliego que formaba el seto del huerto de la señora Andrea. Gabriel se alegró de la turbación de la niña. Le parecía imposible haberla amansado tanto en tan corto tiempo: indiferente del todo hacía pocas horas en la era, áspera por la mañana, se había ablandado, conversaba familiar é íntimamente con él, se pasaba el día acompañándolo, sin dar

muestras de cansancio ni de fastidio; más aún: sentía involuntariamente el poder de aquel afecto nuevo, no se enojaba por miradas claras y expresivas ni por palabras ó movimientos afectuosos; era en suma una cera virgen, y Gabriel presentía enagenado los deliciosos relieves que un hombre como él sabría imprimirle. Resolvió no espantar á la cierva, no insinuarse más por no perder las conseguidas ventajas; seguir aprovechándolas, haciéndose simpático, adquiriendo cierto ascendiente sobre Manuela y aguardar un momento favorable.

Bajaron hacia el fondo del valle, donde debía estar terminándose la faena de la siega. De repente, recordó algo el artillero:

—Tengo que ver al señor cura... ¿Me llevas allá?

—Bien... justamente estamos cerquita de la iglesia y de la casa.

XVIII

La rectoral de Ulloa, en poder de su actual párroco, era la mansión más apacible y sosegada. El cura vivía con un criado, y no pisaba los aposentos otro pie femenino sino el de las mozuelas que en Pascua florida venían á traer las acostumbradas cestas de huevos, los quesos y los pollos—en cantidad bien escasa, pues el señor abad no exigía, y los labriegos se aprovechaban, contentándole con poco y malo.

El criado era uno de esos fámulos eclesiásticos que sólo pueden compararse con los asistentes de militares, porque además de

una lealtad canina, son seres universales y andróginos, que reúnen todas las buenas cualidades del varón y de la hembra. El del cura de Ulloa podía servir de modelo. Lo poseía por herencia de otro cura del arciprestazgo, á quien Goros — que así se llamaba el sirviente—había cuidado y asistido hasta el último instante en una enfermedad larga y cruel, con tanto esmero como la enfermera más solícita. Al encontrar á Goros, el cura de Ulloa resolvió el problema que él juzgaba más arduo: arreglar la vida práctica sin admitir en casa mujeres. Goros tenía cuidado de levantarse por la mañana muy temprano, y de despertar á su amo, pues según decía él en dialecto, demostrando su pericia en asuntos de la vida eclesiástica, *el clérigo y el zorro, si pierden la mañana, lo pierden todo*; y cuando el párroco volvía de misar, le aguardaba ya un chocolate hecho al modo conventual, con una onza de cacao mitad caracas y mitad guayaquil, macho y sin espuma, confortativo como él solo. Mientras su amo

rezaba, leía ó asentaba alguna partida en el registro parroquial, Goros se dedicaba á guisar la comida, no sin haber entregado á medio día la llave de la iglesia al sacristán, para que tocase á las Ave-Marías. A la una, contada por el sol, único reloj de que se servía Goros para averiguar la hora que estaba *al caer*, llamaba á su amo y le servía con diligencia la apetitosa aunque frugal refacción: la taza de caldo de patatas ó verdura con jamón, tocino y alubias de cosecha, el cocido con cerdo y garbanzos, el estofado de carne con cebollas, la fruta en el verano, el queso en invierno, el vinillo clarete, con olor á silvestre viola. El cura comía parcamente, distraído, pero así y todo, Goros notaba sus inconscientes golosinas, sus instintivas preferencias, y no se olvidaba jamás de acercarle la tartera cuando el guisote le había agradado, ni de dorarle la sopa de pan, porque sabía que le gustaba así. Por la tarde, cuando el cura dormía su breve siesta ó recorría el huerto con las manos á la espalda embelesándose en

notar lo que había crecido desde el año pasado un arbusto, ó se iba á visitar á algún feligrés enfermo ó á cuidar del ornato de la iglesia y el cementerio, lidiaba el bueno de Goros con la hortaliza, cavaba las patatas, plantaba coles, enviaba al pasto con un zagal de pocos años el ganado vacuno y la yegua, y luego bajaba al río, y con sus propias manos, cual otra Nausicaa, lavaba toda la ropa blanca, que lo hacía primorosamente, así como aplancharla y estirarla, sirviéndose de una de esas planchas antiguas, en forma de corazón, que ya no se ven sino arrumbadas en los desvanes. No eran estas las únicas habilidades femeniles de Goros. Había que verle por las noches, á la luz de una candileja de petróleo, provisto de un dedal perforado por arriba y abajo, de los que usan las labradoras, bizcando del esfuerzo que hacía para concentrar el rayo visual y enhebrar una aguja, apretando entre las rudas yemas de sus dedos el hilo que antes había retorcido y humedecido para

aguzarlo; y cumplida la ardua faena de enhebrar, y encerando la hebra con un cabo de cera, dedicarse á pegar botones á los calzoncillos, echar remiendos á las camisas, poner bolsillos nuevos á los pantalones y aun zurcir las punteras de los calcetines del cura; todo lo cual no iría curioso, pero sí muy firme, como los cosidos del diablo. Qué más? En las largas veladas de invierno, junto á la lumbre de sarmientos que chisporroteaba, acurrucado en el banco, Gorós, con sus manos cansadas de labrar la tierra todo el día, aquellas manos peludas por el dorso, callosas por la palma y los pulpejos, zarandeaba cuatro agujones de hacer calceta, y á eso se debían las buenas medias de lana gorda con que abrigaba pies y pantorrillas el señor cura.

Si por hogar se entiende, no la asociación de seres humanos unidos por los lazos de la sangre ó para la propagación y conservación de la especie, sino el techo bajo el cual viven en paz y en gracia de Dios y con cierta afec-

tuosa comunicación de intereses y servicios, el cura de Ulloa había reconstruido con Goros el hogar que perdiera al fallecer su madre. Y en cierto modo, hasta donde puede aplicarse la frase á dos individuos del mismo sexo, Goros y él se completaban. El criado era para el cura, para el místico que apenas sentaba en la vida práctica la suela del zapato, quien le impedía desmayarse de necesidad ó perecer transido de frío en invierno. Por Goros tenía tejas en el tejado, leña que quemar en la leñera, huevos frescos para cenar y buen chocolate para el desayuno, y por Goros cubría sus carnes con ropa limpia y de abrigo; por Goros le quedaban unos reales para traer de Cebré candela, lienzo, aceite, sal, fósforos y loza; por Goros no faltaba nada en aquella rectoral de aldea, humilde como la que más, y como ninguna aseada y abastecida de lo indispensable.

Cuando Goros entró á servir al cura, hacía dos años que éste había perdido á su madre y despabilado las economías de la difunta



entre caridades, préstamos sin interés á feligreses pobres, ropa para la iglesia, ornato del cementerio, y otros gastos superfluos. En el gobierno de la casa se habían sucedido dos viejas brujas, á cual más holgazana, ávida é impudente, porque el cura de Ulloa, al tomarlas, no les exigió más requisito que pasar de los sesenta y estar hechas unas láminas por lo arrugadas y horrorosas. En ese terreno el abad era intransigente, y sentía que no bastaba ser bueno, que era preciso también parecerlo y que, añadía suspirando, aun con las mejores intenciones se da á veces pasto á la calumnia. Las dos Parcas dejaron la rectoral desmantelada, y Goros tropezó con dificultades inmensas al principio de su misión restauradora. El cura casi no le daba un ochavo para sus gobiernos, y el fámulo no sabía á qué santo encomendarse. Poco á poco fué tomando confianza con su amo, y aun adquiriendo cierto imperio sobre él: y entonces siguió la pista al dinero del cura, á las dádivas impremeditadas, á los

feligreses morosos en el pago de derechos, á los préstamos sin interés, al chorrear continuo de limosnitas pequeñas que absorbían lo mejor de la paga, sin que literalmente quedase en el presbiterio con qué arrimar el puchero á la lumbre. Y sin que el cura lo notase, ni pudiese evitarlo, Goros empezó á luchar por la existencia, defendiendo al pastor contra las ovejas que amenazaban tragárselo, como la tierra caída de la montaña iba tragándose la pobre iglesia de Ulloa. Goros se hizo recaudador, y á veces, con el instinto de rapacidad que caracteriza al aldeano, exactor y usurero. Reclamó y cobró algunas cantidades prestadas, é introdujo severo orden en los gastos equilibrándolos con los ingresos. Llegó el momento en que el cura, por no pensar en la moneda, entregó al criado la llave de la cómoda, diciéndole: —Mira si hay cuartos... dime si tenemos para esto ó para lo otro.—Cabalmente era lo que Goros deseaba. Hecho intendente ya, equilibró el presupuesto, realizando varias

combinaciones que traía entre ceja y ceja desde su llegada á casa del cura. El primer dinero que pudo ahorrar, lo empleó en ganado, que dió á parcería; fué en persona á las ferias, hizo tratos ventajosos, y trajo á la casa del cura un bienestar modesto. Así se estableció el debido equilibrio entre las potestades, dándose á Dios lo que es de Dios, y al César lo que es del César; el cura era el espíritu, Goros vino á hacer el oficio del cuerpo, de la realidad sensible, factor del cual no es posible prescindir acá abajo; y para que la similitud fuese completa, cuerpo y espíritu andaban siempre pleiteando, queriéndose llevar cada uno la mejor parte, pues el cura no hacía sino sonsacarle á su criado metálico y especies para satisfacer, como decía Goros, el vicio de dar á todo Dios que llegaba por la puerta, y Goros por su parte no recelaba mentirle al cura y á ocultarle dinero á fin de que no lo derrochase sin ton ni son.

Cuando no estaba su amo presente, Goros

soltaba la rienda á dos inclinaciones invencibles suyas: decir irreverencias, y murmurar de los curas y las amas. Cuantas chanzonetas agudas ó sátiras desolladoras ha creado la musa popular y la irrespetuosa imaginación de los labriegos contra las compañeras del celibato eclesiástico, cuantas anécdotas saladas, coplas verdes, chascarrillos que levantan ampolla, y dicharachos que arden en un candil, corren y se repiten en molinos, *fiadas* y *deshojas*, al amor de la lumbre, por este pueblo gallego que posee el instinto de la sátira obscena y del contraste humorístico entre las profesiones consagradas al ideal y las caídas y extravíos de la naturaleza, todas las sabía Goros de memoria; y apenas se reunía con gentes de su misma laya, bien en el atrio de una iglesia, á la salida de misa, bien á la mesa de una taberna, en las ferias donde chalaneaba y negociaba sus ganados, bien á lo largo de las *corredoiras*, cuando regresan juntos cuatro compadres semi-chispos, tan dispuestos á alumbrarse un garro-

tazo como á reirse mutuamente las gracias, vaciaba el saco y daba gusto á la lengua, y soltaba todo su repertorio de irreverencias y verdores, todas las coplas sobre el clérigo y el ama, saliendo de aquella boca sapos y culebras, como de la de los energúmenos al alzarse la hostia.

¿Quién será capaz de resolver si en el alma de Goros sería aquello chispa de la santa indignación que inflamó á tantos Padres de la Iglesia contra las mujeres que hacen prevaticar á los ordenados y contra el sexo femenino en general? Porque Goros, aparte de semejantes desahogos verbales, era en su conducta el mejor cristiano del mundo; cristiano viejo, rancio, con aquella piedad desahogada y sólida, que ya no se encuentra á dos por tres. No perdía la misa un solo día festivo; confesábase dos ó tres veces al año; sus costumbres eran morigeradas; no fumaba, no bebía, no comía con gula; pecaba sí de lenguaraz y aun de propenso á la codicia y á la tacañería; pero hombre de bien á carta cabal

é incapaz de robar una hilacha á su amo. Y en cuanto á su continencia, más que virtud, semejaba manía de misógino; todo el mal que no hacía, se daba á suponerlo en los demás, siempre echando la culpa á las hembras; y no sólo las huía por cuenta propia, sino que no serviría por todos los tesoros del mundo á un cura mujeriego. El exterior de Goros tenía algo de extraño, muy en armonía con todas estas prendas de carácter; recordaba el de un puerco espín, y las cerdas del erizadísimo cabello, la barba recia, descañonada á un dedo de la piel, pues Goros andaba mal afeitado según la usanza de los eclesiásticos, contribuían á la semejanza.

En presencia de su amo, los labios de Goros eran más limpios que si los hubiese purificado el ascua encendida del profeta; bien se guardaría de repetir la menor de sus desvergüenzas y pullas. Y no influía en este modo de proceder el miedo á ser reprendido ó despedido, sino un respeto misterioso que le infundía el rostro del cura de Ulloa: le cortaba

—decía él—la palabra en la boca. Era un rostro mortificado, de esos que se ven en pinturas viejas, donde la sangre ha desaparecido y la carne se ha fundido, ahondándose las concavidades todas, yéndose los ojos, al parecer, en busca del cerebro y sumiéndose la boca que remata en dos líneas severas, jamás modificadas por la sonrisa. Goros abrigaba la convicción de que su amo era un santo y á ratos un simple. Algunos hábitos y prácticas del cura le infundían temor vago; porque Goros era supersticioso, y á pesar de sus irreverentes bravatas, tenía miedo cervical á los muertos y á los aparecidos. ¿Qué manía la del señor abad, de pasarse horas y horas en el cementerio, y volver de allí con los ojos más hundidos y la boca más contraída que nunca?

Al salir el abad para su misa, solían pasar entre amo y criado diálogos por el estilo del siguiente:

—Señor, ¿y ha de volver pronto para el chocolate?—preguntaba Goros partiendo as-

tillas de leña menuda contra el hueso de la tibia derecha—(es de advertir que el fámulo tenía carne de perro). ¿Parará mucho en el Camposanto hoy?

Un levisimo matiz sonrosado aparecía en los desecados pómulos del cura, que contestaba haciéndose el distraído:

—Tú prepara el chocolate... y si se enfria... lo arrimas un poquito á la lumbre...

—Se echará de *pierda*—contestaba Goros que solía tratar con notable desenfado á la lengua castellana.

—No, hombre... siempre está bueno á cualquier hora.

No se atrevía el criado á porfiar. Aquella suavidad y mansedumbre le imponían silencio y obediencia, mejor que ningún regaño. Batía su chocolate con resignación y aguardaba.

También por las tardes solía el cura entretenerse más de la cuenta en el dichoso cementerio, y Goros, después de la puesta del sol no dejaba de recelar que le sucediese al-

go; no sabía explicar qué, pues ningún riesgo concreto había en el breve camino de la iglesia á la rectoral. La inquietud le obligaba á situarse de centinela junto á la puerta del huerto por donde solía entrar su amo. Allí se lo encontraron las dos visitas inesperadas que fueron á turbar el sosiego de la vida ascética del abad de Ulloa.

La montañesa y su tío pusieron el pie en el huerto del cura cuando ya el sol declinaba. Una gran melancolía inundaba el huerto, cuya puerta abrió Goros de par en par, deshaciéndose en muestras de cortesía debidas á la presencia de Gabriel, pues á Manolita no era novedad verla por allí de tarde en tarde, y se la recibía como niña á quien el cura había tenido mil veces en brazos de chiquita, pero las trazas del comandante impusieron respeto al tosco fámulo.

—De contadito llega el señor *abade*...—murmuraba éste. —Entren, pasen, siéntense.... ¿Ven? ya viene por allá...

Sobre la zona encendida del poniente,

en el camino hondo, vieron tío y sobrina moverse y aproximarse una figura negra, y conforme se aproximaba, distinguía Gabriel sus contornos angulosos, acusados por la raída sotanuela, y su cabeza pálida, exangüe, en que dibujaban dos agujeros de sombra las concavidades de los ojos.

—¡Don Julián, don Julián!—gritó Manuela.

El cura apretó el paso, y al tenerlo cerca, Gabriel reparó atónito en el carácter de su fisonomía, en el rostro demacrado, tan semejante á esas caras de frailes penitentes que surgen de un fondo de betún sobre las paredes de refectorios y sacristías antiguas; en los ojos cavos, de párpado delgadísimo, que dejaba transparentar el globo de la órbita; en el pliegue de la boca, semejante á un candaño que cerrase las puertas del alma. No parecía muy viejo el cura de Ulloa; pero se veía en él la anulación del cuerpo. En aquella espléndida tarde de verano, impregnada de calor, de vida, de fecundidad y regocijo, Gabriel sintió, al ver al abad, repentino frío en

la espalda, y el recuerdo de su hermana muerta cayó sobre él como el velo negro sobre la cabeza del sentenciado.

Adelantóse no obstante, y con el mayor respeto tomó la mano del abad y aplicó á ella los labios. De puro sorprendido, no retiró la diestra Julián; pero á sus macerados pómulos afluyó un poco de sangre... y balbuceó, clavando los ojos en tierra:

—Señor... señor...

—Para servir á usted, Gabriel Pardo de la Lage, el hermano de Marcelina...

La ola de sangre subió á la frente del cura, bajó á las orejas, al cogote y pescuezo; un temblor agitó la cabeza y la mano que el artillero no había soltado aún. De repente, el cura se echó hacia atrás, desprendió la mano, y la llevó á la frente, al mismo tiempo que se apoyaba en la tapia del huerto. Ya se acercaba el artillero para sostenerle; pero recobrando su continente absorto y como fantasmagórico, al cual contribuían los ojos siempre bajos, el abad murmuró:

—Por muchos años... Servidor de usted... Sea usted muy bien venido... Pase, suba; en la sala estará más cómodo que aquí.

—Yo no soy nadie, don Julián?—preguntó Manuela ofendida de que el cura no hubiese contestado á su saludo.

—Qué tal, Manolita?—exclamó Julián, y alzando los ojos, miró á la niña con indulgencia, aunque sin calor. Pero fué obra de un minuto. La cortina de los párpados volvió á caer, y el cura echó á andar, señalando á sus visitas el camino de la sala. Gabriel protestó: prefería quedarse en el huerto; y se sentaron en un banco de piedra, frente á unas coles. La conversación languidecía. El cura preguntaba acerca del viaje y del vuelco, y después de oída la respuesta, transcurría un minuto de silencio. No sabía el artillero qué decir: todo cuanto hablaba, y hasta el sonido de su voz, le parecía extraño y fuera de sazón, y sentía ese recelo, esa cautela y esa especie de sordina en el acénto, en los movimientos y

hasta en la mirada que procuran adoptar los profanos cuando visitan. ¡Extraña sensación! Nada de cuanto diga yo — pensaba Gabriel — puede interesar á este santo: estamos en dos mundos diferentes: á él le parece extraño mi lenguaje, y no me entiende; y lo que es yo, tampoco le entiendo á él. ¡Un creyente á puño cerrado!—Y miraba con atención el rostro ascético y los ojos bajos.—Un hombre que tiene fe... Qué le importa lo que á mí me preocupa? ¿Cómo haré para marcharme pronto, sin que parezca descortésia?

Su sobrina le dió el pretexto. Era tarde; había que estar en los Pazos para la cena. Y se despidieron, siempre con la misma amabilidad triste y forzada por parte del abad, y el mismo inexplicable recelo por la de Gabriel. Caminaron en silencio al salir de la rectoral: parecía que algo les pesaba sobre el corazón. Al acercarse á los Pazos, oyeron el alegre vocerío de segadores y segadoras, y Gabriel, divisando á su cuñado que

presidía la faena, tomó hacia el campo donde segaban. Sobre el fondo oscuro de la tierra vió blanquear las camisas y sayas, las fajas rojas y los pañuelos azules de labriegos y labriegas; contra un matorral descansaba un jarro de barro, y la cuadrilla, entonando su inevitable ay... lé lé! se daba prisa á atar los haces, sirviéndose de las rodillas para apretar la mies. El olor embriagador de los tallos cortados embalsamaba el aire, y el artillero sintió una ráfaga de alegría y contempló embelesado el cuadro.

Mientras tanto, Manolita, andando despacio y pensativa, tomaba el senderito que conducía á la linde del bosque. Parecía, por su frecuente volver la cabeza hacia todos lados, como si buscase ó aguardase impaciente alguna cosa. Atravesó el soto: una neblina ligera, producida por el gran calor de todo el día, se alzaba del suelo, y los dardos de oro del sol no atravesaban ya el follaje. Al salir de la espesura, un hombre se irguió de repente ante la montañesa. El chillido que

acudía á la garganta de Manuela se convirtió en risa alegre, conociendo á Perucho; mas la risa se apagó al ver la cara demudada del muchacho, sus ojos que despedían fuego, su actitud de dolor sombrío, nueva en él. Manuela le miró ansiosa, y el mancebo, después de considerarla fijamente algunos segundos, le volvió la espalda, encogiéndose de hombros. La niña sintió en el corazón dolor agudo.

—Pedro!—gritó. Muy rara vez le había llamado así.

Él se alejaba despacio. De repente dió la vuelta, y corriendo, tomó en sus brazos á la montañesa, la alzó del suelo con ímpetu sobrehumano, y la estrujó contra su cuerpo, oprimiéndole las costillas é interceptándole la respiración. Y pegando la boca á su oreja, tartamudeó:

—Mañana sales conmigo, conmigo nada más.

La niña jadeaba con dulcísima fatiga, y la voz de Perucho, sonando en el hueco de su

oído, le parecía sorda y atronadora como el ruido del Avieiro al saltar en las rocas. Un frío sutil corría por sus venas, y una felicidad sin nombre ni medida la agobiaba. Con la cabeza dijo *que sí*.

—Conmigo? todo el día? me das palabra?

—Sí—balbució ella, incapaz de articular otra frase.

—Pues á las seis sales por el corral. Allí estoy yo esperando. Adiós!

Perdiendo casi el sentido, Manuela notó que de nuevo la estrechaban, y luego la dejaban suavemente en tierra. Abrió los ojos á tiempo que Perucho corría ya en dirección de los Pazos.

FIN DEL TOMO PRIMERO



BIBLIOTECA DE NOVELISTAS ESPAÑOLES

TOMOS PUBLICADOS

Emilia Pardo Bazán: Los Pazos de Ulloa
(Dos tomos.)

José Ortega Munilla: Idilio lúgubre.

Antonio de Trueba: Leyendas genealógicas
de España (Dos tomos.)

Carlos Frontaura: Miedo al hombre.

Enrique Gaspar: Castigo de Dios.

Emilia Pardo Bazán: La Madre Naturaleza
(Tomo I).

EN PRENSA:

Emilia Pardo Bazán: La Madre Naturaleza
(Tomo II).



CONDICIONES DE ESTA PUBLICACIÓN

La BIBLIOTECA de NOVELISTAS ESPAÑOLES CONTEMPORÁNEOS se publica formando tomos en 8.º de unas 300 páginas, en buen papel, esmerada impresión y encuadernados en rústica.

Se repartirá un tomo cada mes.

El precio de suscripción por cada tomo será de **DIEZ REALES**.

Comenzada la publicación, si alguna persona desea adquirir los tomos con los beneficios de precio que tienen los Sres. suscriptores, deberá considerarse como tal, tomando todos los volúmenes publicados. En caso contrario el precio de cada tomo será el de **DOCE REALES**.

PUNTOS DE SUSCRIPCIÓN:

BARCELONA: En casa de los editores DANIEL CORTEZO y C.ª, calle de Pallars (Salón de S. Juan) y principales librerías y centros de suscripción.

PROVINCIAS Y ULTRAMAR: En casa de los señores corresponsales de los mismos.

Representante en Madrid: D. Juan E. de Bona, Preciados, 33.

BIBLIOTECA NACIONAL DE ESPAÑA



1103686032